



LAS RUINAS DE PALMIRA

por el Conde de Volney

INDICE

Invocación

01 - El Viaje

02 - La Meditación

03 - El Fantasma

04 - La Exposición

05 - Condición del Hombre en el Universo

06 - Estado original del Hombre

- 07 - Principios de las sociedades
- 08 - Origen de los males en las sociedades
- 09 - Origen de los gobiernos y las leyes
- 10 - Causas generales de la prosperidad de los estados antiguos
- 11 - Causas generales de las revoluciones y de la ruina de los estados antiguos
- 12 - Lecciones de los tiempos pasados repetidas en los tiempos presentes
- 13 - ¿Se mejorará la especie humana?
- 14 - Grande obstáculo para la perfección
- 15 - El siglo nuevo
- 16 - Un pueblo libre y legislador
- 17 - Base universal de todo derecho y de toda ley
- 18 - Espanto y conspiración de los tiranos
- 19 - Asamblea general de los pueblos
- 20 - Investigación de la verdad
- 21 - Problema de las contradicciones religiosas
- 22 - Origen y filiación de las ideas religiosas
- 23 - Identidad del fin de las religiones
- 24 - Solución del problema de las contradicciones

LAS RUINAS DE PALMIRA

Por el Conde de Volney

INVOCACION

¡Salve, ruinas solitarias, sepulcros sacrosantos, muros silenciosos! ¡Yo os invoco! ¡a vosotros dirijo mis plegarias! ¡Sí! ¡al paso que vuestro aspecto rechaza con terror secreto las miradas del vulgo, mi corazón encuentra al contemplaros, el encanto de los sentimientos profundos y de las ideas elevadas! ¡Cuántas útiles lecciones, cuántas reflexiones patéticas o enérgicas ofrecéis al espíritu que os sabe consultar! ¡Cuando la tierra entera esclavizada

enmudecía delante de los tiranos, vosotros proclamabais ya las verdades que detestan; y confundiendo las reliquias de los reyes con las del último esclavo, atestiguabais el santo dogma de la IGUALDAD! En vuestro tétrico recinto es donde yo, amante solitario de la LIBERTAD, he visto aparecer su genio, no tal como se le representa el vulgo insensato, armado de antorchas y puñales, sino con el aspecto augusto de la justicia, teniendo en sus manos la balanza sagrada en que se pesan las acciones de los mortales en las puertas de la eternidad.

¡Oh tumbas! ¡cuántas virtudes poseéis! ¡vosotras, epantáis a los tiranos; vosotras, emponzáñáis con un terror oculto sus placeres impíos; ellos huyen de vuestro aspecto incorruptible, y cobardes, alejan de vosotras el orgullo de sus palacios! Vosotras castigáis al opresor poderoso; arrebatáis el oro al miserable avaro y vengáis al débil despojado por su rapacidad; vosotras recompensáis las privaciones del pobre, llenando de zozobras el fausto del rico; vosotras consoláis al desdichado ofreciéndole el último asilo; vosotras en fin, dais al alma aquel justo equilibrio de fuerza y sensibilidad que constituye la sabiduría y la ciencia de la vida. Al considerar que es preciso restituíroslo todo, el hombre reflexivo evita sobrecargarse de vanas ostentaciones y de inútiles riquezas; contiene su corazón en los límites de la equidad; y como es preciso que llene su destino, emplea los instantes de su vida, y usa de los bienes que se le han concedido. De este modo, ¡oh tumbas respetadas! Ponéis un freno saludable sobre la vehemencia impetuosa de los apetitos. Vosotras calmáis el ardor febril de los placeres que perturban los sentidos, haceéis descansar el alma de la lucha fatigosa de las pasiones sobreponiéndola a los viles intereses que atormentan a la multitud; y puesto sobre vosotras, y abracando la escena de los pueblos y de los tiempos, no se despliega el espíritu sino a grandes afectos, y no concibe más que ideas sólidas de gloria y de virtud. ¡Ah! Cuando el sueño de la vida se termine, ¿de qué habrán servido sus agitaciones, si no dejan vestigios de alguna utilidad?

¡Oh ruinas! ¡volveré a visitaros para tomar vuestras lecciones; me colocaré en la paz de vuestras soledades; y allí, alejado del espectáculo penoso de las pasiones, amaré a los hombres por mis gratas memorias; me ocuparé en su felicidad, y la mía consistirá en la idea de habérsela anticipado!

CAPÍTULO I

EL VIAJE

El año undécimo del reinado de Abd-ul-Hamid, hijo de Ahmedo, emperador de los turcos <1>; cuando los rusos victoriosos se apoderaron de Crimea y plantaron sus banderas en frente de Constantinopla, viajaba yo por el imperio de los otomanos, y recorría las provincias que en otro tiempo formaron los reinos de Egipto y de Siria.

Fijando toda mi atención en lo que concierne a la felicidad de los hombres en el estado social, entraba en los pueblos, y estudiaba las costumbres de sus habitantes; penetraba en los palacios, y observaba la conducta de los que gobiernan; me dirigía a los campos, y examinaba la condición de los hombres que los cultivan: y no viendo en todas partes más que iniquidades y destrozos,

miseria y tiranía, sentíase mi corazón oprimido de tristeza y de indignación.

Todos los días encontraba en mi camino campos abandonados, pueblos desiertos y ciudades en ruinas. Con mucha frecuencia encontraba también monumentos antiquísimos y reliquias de templos, de palacios y de fortalezas, de columnas, de acueductos y de mausoleos; y este espectáculo excitó mi espíritu a meditar sobre los tiempos pasados, y trajo a mi mente pensamientos graves y profundos.

Así llegué a la población de Hems, sobre las riberas del Oronto; y hallándome cerca de Palmira, situada en el desierto, resolví reconocer por mí mismo sus ponderados monumentos: al cabo de tres días de marcha en las soledades más áridas, habiendo atravesado un valle lleno de grutas y de sepulturas, observé repentinamente, al salir de este valle, una inmensa llanura con la escena más asombrosa de ruinas colosales; era una multitud innumerable de soberbias columnas derechas, que, como las alamedas de nuestros jardines, extendíanse hasta perderse de vista en filas simétricas y hermosas. Entre estas columnas había grandes edificios, los unos enteros, los otros medio destruidos. Por todas partes estaba el terreno cubierto de cornisas, de capiteles, de fustes, de pilastras todo de mármol blanco, y de un trabajo exquisito. Después de tres cuartos de hora de camino sobre estas ruinas, entré en el recinto de un vasto edificio, que fue antiguamente un templo dedicado al Sol; admití la hospitalidad de unos pobres campesinos árabes, que habían establecido sus chozas sobre el pavimento mismo del templo y resolví detenerme allí algún tiempo, para considerar atentamente la belleza de tantas y tan suntuosas obras.

Todos los días salía a visitar alguno de los monumentos que cubrían la llanura; y una tarde, que, ocupado mi espíritu en serias reflexiones, me había adelantado hasta el *Valle de los Sepulcros*, subí a las alturas que le rodean y desde las cuales a un mismo tiempo domina la vista la totalidad de las ruinas y la inmensidad del desierto... Acababa de ponerse el sol, y una zona rojiza marcaba todavía su curso en el horizonte lejano de los montes de Siria; la luna llena se levantaba por el oriente, sobre un fondo azulado, en las riberas planas del Eufrates; el cielo estaba despejado, el aire en calma; la luz moribunda del día aminoraba el horror de las tinieblas; la frescura de la noche calmaba el fuego de la abrasada tierra, y los pastores habían retirado sus camellos; la vista no percibía ya movimiento alguno sobre la llanura monótona y sombría; un silencio profundo reinaba en el desierto, y sólo a intervalos remotos oíanse los lúgubres acentos de algunos pájaros nocturnos y de algunos chacales <2>... Las sombras se aumentaban y ya no distinguían mis ojos en los crepúsculos más que la blancura de las columnas y de los muros... Estos lugares solitarios, esta noche apacible, esta escena majestuosa, imprimieron en mi ánimo un recogimiento religioso. El aspecto de una gran ciudad desierta, la memoria de los pasados tiempos, la comparación del estado actual, todo elevó mi mente a las más sublimes reflexiones. Sentado sobre el fuste de una columna, apoyando el codo sobre mi rodilla, sostenida la cabeza con la mano y dirigiendo mis miradas alternativamente al desierto y a las ruinas, me entregué a una profunda meditación.

CAPÍTULO II

LA MEDITACIÓN

Aquí, me dije, aquí se alzó en otro tiempo una ciudad opulenta; aquí existió un imperio poderoso. Sí, estos mismos lugares, ahora desiertos, una multitud de vivientes los animaba en otros días; un gentío inmenso circulaba entonces por estos mismos caminos hoy tan tristes y solitarios. En estos muros, donde reina un silencio tan tétrico, habrá resonado el eco de las artes y los gritos alegres de las festividades públicas; estos mármoles amontonados, formaban sólidos palacios; estas columnas caídas, adornaban la majestad de los templos; estas galerías destruidas, rodeaban las plazas públicas. Aquí concurría un pueblo numeroso a llenar los deberes respetable de su culto y a atender a los cuidados importantes de su subsistencia. Allí una industria creadora de las comodidades, atraía las riquezas de todos los climas y se veían cambiar la púrpura de Tiro por el precioso hilo de la Siria <3>, los tejidos delicados de *Cachemira* <4> por los tapices fastuosos de la *Lidia*, el ámbar del *Báltico* por las perlas y los perfumes árabes, y el oro de *Ofir* por el estaño de *Tule*.

Pero ahora, he aquí lo que resta de una ciudad tan poderosa, ¡un lúgubre esqueleto!. He aquí lo que queda de una vasta dominación, ¡un recuerdo confuso y vago!. Al concurso estrepitoso que se reunía bajo estos pórticos, ha sucedido la soledad de la muerte. El silencio de las tumbas reemplaza ahora el bullicio de las plazas públicas. La opulencia de una ciudad mercantil, se ha cambiado en una miseria horrorosa. Los palacios de los reyes, se han convertido en guaridas de fieras; los ganados, se acogen en el umbral de los templos y los reptiles inmundos habitan los santuarios de los Dioses... ¡Ah! ¡cómo se ha eclipsado tanta gloria!... ¡Cómo se han perdido tantos afanes!... ¡Así perecen las obras de los hombres! ¡Así sucumben los imperios y las naciones!.

Y la historia de los tiempos pasados representándose al vivo en mi mente, me recordé aquellos siglos antiguos en que veinte pueblos famosos existían en estos parajes: me figuré al *Asirio* en las riberas del *Tigris*: al *Caldeo* en las del *Eufrates* y al *Persa* reinando desde el *Indo* al *Mediterráneo*. Conté los reinos de *Damasco*, de *Indumea*, de *Jerusalén*, de *Samaria*, los estados belicosos de los *Filisteos* y las repúblicas comerciales de la *Fenicia*. Esta *Siria*, decía yo, hoy día casi despoblada, contaba entonces con cien ciudades poderosas. Sus campos estaban cubiertos de villas, lugares y aldeas <5>. Por todas partes veíanse tierras cultivadas, caminos concurridos y habitantes diligentes. ¡Ah! ¿dónde están esas épocas de abundancia y de vida? ¿Cuál es la suerte de esas brillantes creaciones de la mano del hombre? ¿Dónde existen aquellos baluartes de *Nínive*, aquellos muros de *Babilonia*, aquellos palacios de *Persépolis*, aquellos templos de *Balbek* y de *Jerusalén*? ¿Dónde están las flotas de *Tiro*, los astilleros de *Arad*, los talleres de *Sidón* y aquella multitud de marineros, de pilotos, de mercaderes y soldados? Y aquellos labradores, y aquellas cosechas, y aquellos rebaños, y toda aquella creación inmensa de seres animados, de que se envanecía la superficie de la tierra, ¿dónde están?... ¡Ah! ¡Yo he recorrido esta tierra devastada!... Yo he visitado los lugares que fueron el teatro de tantas grandezas y sólo he visto en ellos desolación y soledad... He buscado los antiguos pueblos y sus obras magníficas y sólo he visto rastros parecidos a los que deja el pie del caminante sobre el polvo movedizo: los templos cayeron, los palacios se desmoronaron, los puertos desaparecieron los pueblos no existen, y la tierra, desnuda de habitantes, no es más que un espacio desolado cubierto de sepulcros... ¡Gran Dios! ¿De dónde vienen tan funestos trastornos? ¿Por qué causas se ha mudado tanto la suerte de estas regiones? ¿Por qué han desaparecido tantas ciudades? ¿Por qué no se ha reproducido y conservado su

antigua e inmensa población?

Así, entregado a mis meditaciones, se presentaban incesantemente a mi espíritu pensamientos nuevos. Todo, continuaba yo, extravía mi raciocinio y aflige mi corazón con turbaciones e incertidumbres. Cuando estas comarcas disfrutaban de lo que constituye la gloria y la felicidad de los hombres, eran pueblos infieles los que las habitaban; eran los *Fenicios*, sacrificadores homicidas de *Molok*, que reunían en estos muros las riquezas de todos los climas; eran los *Caldeos*, posternados delante de una *serpiente* <6>, que subyugaban ciudades opulentas y despojaban los palacios de los reyes y los templos de los dioses; eran los *Persas*, adoradores del *fuego*, que recogían los tributos de cien naciones; eran los habitantes de esta misma ciudad adoradores del *sol* y de los *astros*, los que elevaban tantos monumentos de prosperidad y de lujo... Ganados numerosos, campos fértiles, cosechas abundantes; todo cuanto debiera ser el precio justo de la *piedad*, se hallaba en poder de estos *idólatras*; y ahora que los pueblos *creyentes* y *santos* ocupan estos sitios, todo se ha convertido en desierto y esterilidad. La tierra sólo produce abrojos y espinas bajo estas manos benditas. El hombre siembra con afanes, y sólo cosecha inquietudes y lágrimas; la guerra, el hambre y la peste, le acometen por todas partes. Y sin embargo, ¿no son éstos los hijos de los profetas? Este *Musulmán*, este *Cristiano*, este *Judío*, no son por ventura los pueblos elegidos del cielo, colmados de gracias y milagros? ¿Por qué, pues, no gozan de los mismos favores estas castas privilegiadas? ¿Por qué estas tierras, santificadas con la sangre de los mártires, se ven ahora privadas de los beneficios precedentes? ¿Por qué han sido expelidos y como transportados a otras naciones y a otros países, tantos siglos hace?

Y al hacerme estas consideraciones, siguiendo mi espíritu el curso de las vicisitudes que han transmitido alternativamente el cetro del mundo a pueblos tan diversos en cultos y costumbres, desde los del Asia antigua hasta los más modernos de *Europa*, este nombre de tierra natal despertó en mí el sentimiento de la *patria*; y volviendo mis ojos hacia ella, fijé todas mis ideas en la situación en que la había dejado <7>.

Me acordé de sus campos tan pródigamente cultivados, de sus caminos tan suntuosamente contruidos, de sus ciudades habitadas por un inmenso pueblo, de sus escuadras por todos los mares, de sus puertos cubiertos de los tributos de una y otra India; y comparando con la extensión de su comercio, con la actividad de su navegación, con la riqueza de sus monumenos, con las artes y la industria de sus habitantes, todo lo que el Egipto y la Siria pudieron poseer en otro tiempo, me complacía en encontrar el esplendor pasado del Asia en la Europa moderna; pero muy pronto se vio disipado el placer sentido ante el último término de mis comparaciones. Reflexionando cuál había sido en otros tiempos la actividad de los lugares que yo contemplaba, ¿quién sabe, dije, si no será también igual dentro de algunos años el abandono de nuestras comarcas? ¿Quién sabe si a las orillas del *Sena*, del *Támesis* y del *Zwiderzee*, donde actualmente no bastan el corazón y los ojos para sentir y ver el torbellino de tantos placeres; quién sabe, digo, si un viajero como yo no se sentará algún día sobre las ruinas silenciosas y llorará solitario sobre las cenizas de esos pueblos y la memoria de su presente grandeza?

A estas palabras se inundaron mis ojos de lágrimas; y cubriendo mi cabeza con el extremo de mi capa, me entregué a meditaciones tristes sobre las cosas humanas. ¡Ah! idesgraciado del hombre!, exclamé con profundo dolor. Una fatalidad ciega se burla de su suerte, una necesidad funesta rige a la ventura el destino de los mortales. Pero, no, no; son los decretos que se cumplen de una

justicia divina; un Dios misterioso ejerce sus juicios incomprensibles. Sin duda él mismo ha lanzado contra esta tierra un anatema secreto; en venganza de las generaciones pasadas, ha descargado su maldición terrible sobre las generaciones presentes. ¡Oh! ¿quién se atreverá a escudriñar los arcanos del Altísimo? <8>.

Y en esta situación me quedé inmóvil y absorto, abismado en profundísima melancolía.

CAPÍTULO III

EL FANTASMA

De pronto hirió mis oídos un ruido semejante al del movimiento de un ropaje flotante y de una marcha pausada sobre hierbas secas. Inquieto, levanté mi capa y mirando a todas partes con espanto, creí distinguir sobre mi izquierda, en la confusión del claroscuro de la luna y por entre las columnas y ruinas de un templo inmediato, un fantasma blanquecino, envuelto en un grandioso manto y semejante a los espectros que se representan saliendo de las tumbas. Temblé de horror y mientras mi alma vacilaba entre el deseo de huir y el de saber lo que aquéllo era, los graves acentos de una voz profunda me hicieron oír este discurso:

"¿Hasta cuando importunará el hombre a los Cielos con sus injustas quejas? ¿Hasta cuando, por medio de sus clamores vanos, acusará a la suerte de ser la causa de sus infortunios? ¿Estarán siempre sus ojos cerrados a la luz y su corazón a las impresiones de la verdad y la justicia? Por todas partes se presenta a su vista la verdad luminosa y no quiere distinguirla; el grito de la razón hiere sus oídos y obstinado no le escucha. ¡Hombre injusto!, si puedes por un instante suspender la ilusión que fascina tus sentidos, si tu corazón es capaz de comprender el idioma del raciocinio, interroga esas ruinas, lee en ellas las lecciones que te presentan. Y vosotros, testigos de veinte siglos diversos, templos santos, sepulcros venerados, muros antes gloriosos, compareced ante el tribunal de la *naturaleza misma*; venid al juicio de un entendimiento recto a deponer contra una acusación injusta: venid a confundir las declamaciones de una falsa sabiduría o de una piedad hipócrita y vengad a los cielos y a la tierra del hombre que los calumnia.

¿Quién es esa *ciega fatalidad* que sin *regla* y sin *leyes* se *burla* de la suerte de los mortales? ¿Quién esa necesidad injusta que confunde el éxito de las acciones, el de la prudencia y el de la locura? ¿Qué vienen a ser esos anatemas celestiales lanzados sobre estas regiones? ¿Dónde está esa maldición *divina* que perpetúa la desolación de estos campos? ¡Hablad, monumentos de los tiempos pasados!, ¿han variados acaso los cielos sus leyes, o la tierra el curso de sus operaciones? ¿El sol ha extinguido, por ventura, los fuegos que vivifican el orbe? ¿Los mares no elevan del mismo modo las nubes? ¿Las lluvias y los rocíos se quedan por ventura detenidos en el aire? ¿Las montañas retienen sus manantiales? ¿Los riachuelos no siguen su curso? ¿Y las plantas están privadas de semillas y de frutos? ¡Responded, raza de mentira y de iniquidad! ¿ha turbado Dios aquel orden primitivo y constante que designó él mismo a la naturaleza? ¿Ha negado el cielo a la tierra, o la tierra a sus habitantes, los bienes que antes le concedieran? Si nada ha variado en la creación, si los

mismos medios que existieron siempre subsisten todavía, ¿en qué consiste que las generaciones presentes no son lo que las antiguas fueron? ¡Ah! ¡Cuán injustamente acusáis a la suerte y a la divinidad! Es una sinrazón atribuir a Dios la causa de vuestros infortunios. ¡Decid, raza perversa e hipócrita, si estos lugares están desolados y si estas ciudades poderosas se han convertido en soledades, es acaso Dios el que ha motivado su ruina? ¿Es su mano la que ha destruido estas murallas, derribado estos templos y mutilado estas columnas, o bien es la mano del hombre? ¿Es el brazo de Dios el que ha llevado el acero a los pueblos, el fuego a los campos, el que ha asesinado al pueblo, incendiado las mieses, arrancado los árboles y talado los campos, o es el brazo del hombre furibundo?... Cuando después de la devastación de las cosechas ha sobrevenido el hambre, ¿es la venganza de Dios la que la ha producido o el furor insensato de los hombres? Cuando al sentir hambre se ha mantenido el pueblo con alimentos inmundos, si la peste se ha desarrollado, ¿es la cólera de Dios la que la envió o la imprudencia del hombre? Cuando la guerra, el hambre y la peste han arrebatado los habitantes, si la tierra ha quedado desierta, ¿es Dios también el que la ha despoblado? ¿Es su codicia la que roba al labrador, desola la tierra productiva y aniquila sus frutos, o la codicia de los que gobiernan? ¿Es su orgullo el que suscita las guerras homicidas, o el orgullo de sus reyes y de sus ministros? ¿Es la vanidad de sus resoluciones la que trastorna la suerte de las familias, o la corrupción de las leyes? ¿Son, en fin, sus pasiones las que bajo mil formas diversas atormentan a los individuos y a los pueblos, o son las pasiones de los mismos hombres? Y si en las angustias de sus males no encuentran éstos los remedios, ¿es la ignorancia de Dios la responsable o la suya? Cesad, pues, oh mortales, de acusar a la fatalidad del destino y a los juicios de la Divinidad. Si Dios es bueno, ¿podrá ser el autor de vuestro suplicio? Si es justo, ¿será cómplice de vuestras iniquidades? No, no; la fatalidad de que el hombre se queja, no es la fatalidad del destino; la oscuridad en que su razón se extravía, no es la oscuridad de Dios; el origen de sus calamidades no está en los cielos; está muy cerca de él, está sobre la tierra; no se oculta en el seno de la Divinidad, sino que reside en el hombre mismo y lo lleva en su propio corazón.

Tú murmuras, y dices: ¿cómo es posible que pueblos infieles hayan gozado de los beneficios de los cielos y de la tierra? ¿Y cómo lo es que unas generaciones santas sean menos felices que los pueblos impíos? ¡Hombre obcecado! ¿dónde está la contradicción que te escandaliza? ¿dónde el enigma que atribuyes a la justicia de los cielos? Yo te entrego a ti mismo la balanza del premio y del castigo, de las causas y de los efectos. Dime: cuando estos infieles observaban las leyes del cielo y de la tierra; cuando ellos arreglaban sus labores oportunamente según el orden de las estaciones y el curso de los astros, ¿debía Dios trastornar el equilibrio del mundo para burlarse de su cuerdo y prudente proceder? Cuando sus manos cultivaban estos campos con esmero y fatigas, ¿debía negarles las lluvias y el rocío fecundante y hacer crecer en ellos sólo espinas? Cuando, para fertilizar este árido suelo, su industria construía acueductos, formaba canales y traía, atravesando los desiertos, las aguas más distantes, ¿debía secar las fuentes de las montañas? ¿Debía arrancar las mieses que el arte hacía nacer, devastar los campos que la paz poblaba, destruir las ciudades que el trabajo engrandecía y turbar, en fin, el orden establecido por la sabiduría del hombre? ¿Qué *infidelidad* es esa que fundó los imperios por la prudencia, los defendió por el valor, los afirmó por la justicia: que levantó ciudades poderosas, formó puertos profundos, desecó marismas pestilentes, cubrió la mar de naves, la tierra de habitantes; y semejante al espíritu creador esparció el movimiento y la vida sobre el mundo? Si tal es la *impiedad*, ¿qué será la *verdadera creencia*? ¿La santidad consiste acaso en destruir? El Dios que puebla el aire de aves, la tierra de animales, las ondas de reptiles; el Dios

que anima la naturaleza entera, ¿es un Dios de sepulcros y de ruinas? ¿Fue la devastación por homenaje y por sacrificio los incendios? ¿Quiere recibir gemidos por himnos, homicidas por adoradores y por templo un mundo desierto y solado? ¡He aquí, sin embargo, *razas santas y fieles*, cuáles son vuestras obras; he aquí los frutos de vuestra decantada *piedad*! Vosotros habéis asesinado los pueblos, quemado las ciudades, destruido las mieses, convertido la tierra en soledad, ¡y pedís ahora el premio de vuestras obras! ¡Será preciso sin duda ofreceros milagros! ¡forzoso resucitar los labradores que habéis degollado, levantar los muros que habéis destruido, reproducir las mieses que habéis solado, reunir las aguas que habéis esparcido, y contrariar, en fin, todas las leyes de los cielos y la tierra, leyes establecidas por Dios mismo para demostración de su magnificencia y de su grandeza! Leyes eternas anteriores a todos los códigos y a todos los profetas; leyes inmutables que no pueden alterar ni las pasiones ni la ignorancia del hombre; pero la *pasión* que las desconoce, la ignorancia que no observa las causas, que no prevé los efectos, han dicho en la necesidad de su corazón: *Todo viene del acaso, una ciega fatalidad derrama el bien y el mal sobre la tierra, sin que la prudencia o el saber puedan estorbarlo. O bien adoptando un lenguaje hipócrita, han dicho: Todo viene de Dios, que se complace en engañar a la sabiduría, o en confundir a la razón*; y la ignorancia entonces ha podido aplaudirse en su malignidad. Así, ha dicho ésta, *yo me igualaré a la sabiduría que me ofende; yo haré inútil la prudencia que me importuna*; y la codicia añade: *Así, oprimiré yo al débil, devoraré el fruto de sus trabajos y podré decir: Dios es el que lo ha decretado, la suerte así lo ha querido*. Mas yo juro por las leyes del cielo y de la tierra y por las que rigen el corazón humano, que el hipócrita no podrá lograr su iniquidad ni el justo su feroz intento. Antes cambiará el sol su curso que la necesidad prevalezca sobre la inteligencia y el saber, y que la ceguedad pueda más que la prudencia en el arte delicado y profundo de proporcionar al hombre sus placeres verdaderos y de sentar su felicidad sobre sólidas bases".

CAPÍTULO IV

LA EXPOSICIÓN

Así habló el fantasma y sobrecogido con este discursos y agitado el corazón por diferentes sensaciones, permanecí largo rato silencioso. Al fin, atreviéndome a hablar, dije lo siguiente: "¡Oh, Genio de las tumbas y de las ruinas!, tu presencia y tu severidad han turbado mis sentidos; pero la exactitud de tu discurso penetra mi alma de la mayor confianza: perdona mi ignorancia. ¡Ah! Si el hombre es ciego, ¿será posible que lo que causa su tormento constituya todavía su delito? Yo he podido desconocer la voz de la razón, pero no la he despreciado después de haberla conocido. ¡Ah! Si lees en mi corazón, tú sabes cuánto deseo y amo la verdad!; tú sabes que la solicito con ansia... ¿Y no es por cierto en busca de ella por lo que me ves en estos sitios solitarios? ¡Ay de mí! Yo he recorrido la tierra, yo he visitado los campos y los pueblos; y viendo en todas partes la miseria y la desolación, el sentimiento de los males que atormentan a mis semejantes ha desconsolado profundamente mi alma. Yo me he preguntado a mí mismo suspirando: ¿el hombre ha sido criado únicamente para las angustias y el dolor?, y he dirigido mi espíritu a la meditación de nuestros males para descubrir sus remedios. Yo me separaré, he dicho, de las sociedades corrompidas; yo me alejaré de los palacios en que el alma se deprava por el hastío de los deleites, y de la cabaña donde se envilece por las privaciones de la miseria. Iré a vivir en el desierto entre las ruinas, e

interrogaré los monumentos antiguos sobre la sabiduría de los tiempos pasados; invocaré del seno de las tumbas el espíritu que formó en otro tiempo el esplendor de los estados y la gloria de los pueblos del Asia. Preguntaré a las cenizas de los legisladores, por qué móviles se elevan y se derrumban los imperios; de qué causa nacen la prosperidad y las desgracias de las naciones; y en fin, sobre qué principios ha de establecerse la paz de las sociedades y la felicidad de los hombres".

Callé, y bajando los ojos, oí la respuesta que sigue del Genio: "La paz, dijo, y la felicidad, descienden sobre aquél que practica la justicia. ¡Oh, joven humano!, puesto que tus ojos acreditan todavía que pueden reconocerla en medio de la ofuscación de las preocupaciones, tus ruegos no serán inútiles: expondré a tu vista esa verdad por la que suspiras; enseñaré a tu razón la sabiduría que reclamas y te revelaré los secretos de las tumbas y la ciencia de los siglos...". Entonces, acercándose a mí, y poniendo su mano sobre mi cabeza: "Levántate mortal, dijo, y despeja tus sentidos del polvo que los ofusca...". Y repentinamente, penetrado de un fuego celestial, me pareció que sentía romperse los lazos que nos fijan a la tierra, y como un vapor ligero, arrebatado por el vuelo del Genio, me veía transportado a las regiones superiores. Allí, suspendido en los aires, bajando mis ojos a la tierra, percibí una escena nueva. Nadaba en el espacio bajo mis pies, un globo semejante al de la luna, pero menos grande y luminoso, me presentaba una de sus faces que tenía el aspecto de un disco salpicado de grandes manchas, las unas blancas y nebulosas, las otras verdes y oscuras; y mientras yo me esforzaba en descubrir lo que eran estas manchas: "Hombre que buscas la verdad, me dijo el Genio conductor, ¿reconoces este espectáculo?". "¡Oh Genio!, respondí, si no viese en la otra parte el globo de la luna, tomaría éste por aquél, porque tiene las mismas apariencias de aquel planeta visto con el telescopio en la sombra de un eclipse: cualquiera diría que estas diversas manchas son mares y continentes".

"Sí, respondió, son mares y continentes, y los mismos del hemisferio que habitas".

"¡Cómo!, exclamé, ¡esa es la tierra donde viven los mortales!".

"Sí, repitió, ese espacio nebuloso que ocupa irregularmente una gran porción del disco y le ciñe casi por todas partes, eso es lo que vosotros llamáis el *vasto Océano*, que desde el polo del Sur, adelantándose hacia el ecuador, forma primero el gran golfo de la *India* y del *Africa*, después se prolonga al Oriente por medio de las islas *Malayas* hasta los confines de la *Tartaria*, al paso que por el oeste envuelve los continentes del *Africa* y la *Europa* hasta el norte del *Asia*".

"A nuestros pies se halla esa península de forma cuadrada que es la región árida de los *Arabes*; a su izquierda, ese gran continente casi desnudo en su interior y solamente verdoso en sus extremos, es el suelo abrasado que habitan los *hombres negros*. Al norte, más allá de un mar irregular, estrecho y largo, están las tierras de la pingüe Europa, rica en praderas y en campos cultivados: a su derecha, desde el *Caspio*, se extienden las llanuras nevadas e incultas de la *Tartaria*. Volviendo hacia nosotros, este espacio blanquecino y seco, es el vasto y triste *desierto de Cobi*, que separa la *China* del resto del mundo. Mira este imperio en el terreno que se esconde a nuestra vista bajo una superficie curva; sobre sus extremos, esas lenguas de tierra desunidas y esos puntos separados que ves, son las penínsulas y las islas de los pueblos *Malayos*, tristes poseedores de los aromas y de los perfumes. Ese triángulo que avanza a lo lejos en el mar, es la península harto célebre de la *India*<9>. Contempla el curso tortuoso del *Ganges*, las ásperas montañas del *Tibet*, el valle delicioso de

Cachemira, los desiertos salinos de *Persia*, las riberas del *Eufrates* y el *Tigris*, el curso profundo del *Jordán* y los canales del solitario *Nilo*".

"¡Oh Genio admirable!, dije interrumpiéndole, la vista de un mortal no puede alcanzar a distinguir esos objetos a la distancia que me encuentro...". Al instante me tocó los ojos, que se hicieron más perspicaces que los del águila misma; y a pesar de ellos, los ríos no me parecían todavía más que cintas ondulantes, las montañas, surcos tortuosos y las ciudades, pequeños embutidos semejantes a los tableros de damas.

Y el Genio indicándome con el dedo los objetos, me dijo: "Esos montones de piedras labradas que percibes en el valle estrecho que el Nilo fecundiza, son los esqueletos de los palacios y los templos del antiguo Egipto. He allí los vestigios de su metrópoli primitiva, *la Tebas de los cien palacios*, donde nacieron las leyes, las ciencias y las artes <10>. Más abajo, esos puntos cenicientos, son las pirámides cuyas masas enormes te han sorprendido: más allá, esa ribera que guarnece el mar y una cadena de montañas estrechas, fue la mansión de los pueblos Fenicios, allí estuvieron las ciudades poderosas de *Tiro*, de *Sidón*, de *Ascalón*, de *Gaza* y de *Berites*. Ese hilo de agua sin salida, es el río *Jordán*; y esas rocas áridas fueron algún día teatro de sucesos que hicieron mucho ruido en el mundo. He allí aquel desierto de *Horeb* y aquel *Monte Sinaí*, donde por unos medios que el vulgo ignora, un hombre atrevido y de genio profundo, fundó instituciones que han influido mucho sobre la especie humana. En la árida playa confinante, no percibes resto alguno de esplendor, y sin embargo fue un depósito de riquezas. Allí estaban aquellos puertos idumeos desde los cuales las flotas hebreas y fenicias, costearo la península árabe, se dirigían al golfo Pérsico, para tomar en él las perlas de Hevila y el oro de Saba y de Ofir <14>. Sí, allí, sobre aquella costa de *Omán* y de *Barain*, se hallaba el centro del lujoso comercio que hizo por su movimiento y viscositudes la fortuna de los antiguos pueblos: allí es donde venían a parar los aromas y las piedras preciosas de *Ceílán*, los chales de *Cachemira*, los diamantes de *Golconda*, el ámbar de las *Maldivas*, el almizcle del *Tibet*, el acíbar de *Cochín*, los monos y los pavos reales del continente de la *India*, el incienso de *Hadramaut*; la mirra, la plata, el polvo de oro y el marfil de *África*: de allí es desde donde tomando su dirección, unas veces por el *mar Rojo*, sobre los buques del Egipto y de la Siria, estos objetos alimentaron sucesivamente la opulencia de *Tebas*, de *Sidón*, de *Menfis* y de *Jerusalén*, y otras veces subiendo por el *Tigris* y el *Eufrates*, solicitaron la actividad de las naciones asirias, medas, caldeas y persas; y estas riquezas, según el uso o el abuso que de ellas se hacía, levantaron o destruyeron alternativamente su dominación. He aquí el manantial que producía la magnificencia de *Persépolis*, cuyas columnas descubres; de *Ecbatana*, cuyo séptuplo recinto está destruido; de *Babilonia*, que sólo conserva montones de tierra removida; de *Nínive*, cuyo nombre apenas subsiste; de *Tapsaques*, de *Anato*, de *Gerra* y de esta desolada *Palmira*. ¡Oh nombres para siempre gloriosos!, ¡oh campos célebres!, ¡oh recintos memorables! ¡Qué lecciones tan sublimes nos ofrece vuestro aspecto!, ¡cuántas verdades importantes ven escritas sobre la superficie de esta tierra! Recuerdos de los tiempos pasados, venid a mi memoria; lugares, testigos de la vida del hombre en tantas edades diversas, representadme las revoluciones de su fortuna; decid cuáles fueron los móviles y los procedimientos; decid a qué causas debió sus venturas y sus desgracias; descubridle a él mismo el origen de sus males; rectificad sus juicios con la vista de sus errores; enseñadle su propia sabiduría, y que la experiencia de las generaciones pasadas forme un cuadro de instrucción y un germen de felicidad para las generaciones presentes y futuras".

CAPÍTULO V

CONDICIÓN DEL HOMBRE EN EL UNIVERSO

Después de algunos momentos de silencio, volvió el Genio a hablar de esta manera:

"Ya te lo he dicho, ¡oh amante de la verdad!, el hombre atribuye en vano sus desgracias a unos *agentes desconocidos e imaginarios*: en vano busca *causas misteriosas y extrañas* para sus males: no hay duda que su condición está sujeta a varios inconvenientes en el orden general del universo; no hay duda que su existencia está dominada por *potencias superiores*; pero estas potencias no son ni los decretos de un destino ciego, ni los caprichos de seres fantásticos y extravagantes; lo mismo que al mundo de que forman parte, rigen al hombre *leyes naturales*, regulares en su curso, consiguientes en sus efectos, inmutables en su esencia; y estas leyes *manantial común de los bienes y los males*, no están escritas a lo lejos en los astros, u ocultas en códigos misteriosos, sino que, inherentes a la naturaleza de los seres terrestres, identificadas con su existencia misma, se presentan al hombre en todo tiempo y en todo lugar, obran sobre sus sentidos, advierten su inteligencia y proporcionan a cada acción su pena y su recompensa. Que conozca el hombre esas leyes; *que comprenda la naturaleza de los seres que le rodean y su naturaleza propia* y entonces conocerá los motores de su suerte, sabrá cuáles son las causas de sus males y cuáles son sus remedios.

Cuando la *potencia desconocida* que *anima el universo*, formó el globo que el hombre habita, imprimió a los seres que lo componen *propiedades esenciales* que constituyeron la *regla* de sus movimientos individuales, el *lazo* de sus relaciones recíprocas y la *causa* de la armonía del todo. Así estableció un orden regular de causas y efectos, de principios y de consecuencias, que *bajo una apariencia casual* gobierna el mundo y mantiene el equilibrio universal: así es que la *potencia desconocida* dio al fuego el movimiento y la actividad, al aire lo hizo elástico, pesada y densa la materia, formó el viento más ligero que el agua, el metal más pesado que la tierra, y la madera menos compacta y tenaz que el acero; ordenó que la llama subiese, que la piedra bajase y que las plantas vegetaran; al hombre, *queriendo exponerle* al choque de tantos seres diversos y al mismo tiempo *preservar su frágil vida*, le dio facultad de *sentir*. Por esta facultad, toda acción nociva a su existencia le produjo una sensación de *mal* y de *dolor*; y toda acción favorable, otra de *bienestar* y de *placer*. Por medio de estas sensaciones, el hombre unas veces desviado de lo que hiere sus sentidos, y otras atraído por lo que los halaga, se ha visto en la *necesidad de amar y de conservar su vida*. Por lo tanto, el *amor de sí mismo*, el *deseo del bienestar*, la *aversión del dolor*, han sido las *leyes esenciales y primordiales impuestas al hombre por la NATURALEZA misma*; leyes que la potencia ordenadora, sea cual fuere, ha establecido para gobernarle; y que, semejantes a las *del movimiento en el mundo físico*, han venido a ser el principio sencillo y fecundo de *todo lo que ha pasado en el mundo moral*.

Tal es la condición del hombre; por una parte está sometido a la acción de los elementos que le rodean y sujeto a muchos males inevitables; y si en este principio se ha mostrado severa la NATURALEZA, por otra parte justa y aún indulgente, ha templado no sólo sus males con bienes positivos, sino que ha dado además al hombre el poder de aumentar los unos y de disminuir los otros,

pareciendo decirle: "*Débil obra de mis manos, nada te debo y te doy la vida; el mundo en que te coloco no fue hecho para ti y sin embargo te concedo que le disfrutes; tú te hallarás mezclado de bienes y de males; a tí es a quien toca distinguirlos, a tí corresponde guiar tus pasos con acierto en los senderos de flores y de espinas. Sé tú mismo el árbitro de tu suerte, yo te entrego tu destino*". Sí, seguramente, el hombre se ha hecho el autor de su destino; él mismo ha creado alternativamente los reveses y los triunfos de su fortuna; y si a vista de tantos dolores con que ha martirizado su vida, tiene motivos para quejarse de su debilidad o de su imprudencia; al considerar de qué principios ha partido, y a qué altura ha sabido elevarse, tal vez tenga derecho para presumir de su fuerza y para envanecerse de su ingenio.

CAPÍTULO VI

ESTADO ORIGINAL DEL HOMBRE

Formado el hombre en su origen *falto de espíritu y de cuerpo*, se halló lanzado por el acaso sobre una tierra agreste y desconocida: huérfano abandonado de la *potencia* desconocida que le creara, no vio a su lado *seres bajados de los cielos* para advertirle las *necesidades* que no debía más que a sus *sentidos*, ni para instruirle en los *deberes* nacidos de sus *necesidades*. Semejantes a los demás animales, sin experiencia de lo pasado, sin previsión de lo futuro, vagó por los bosques, guiado y dirigido solamente por los consejos de la naturaleza; el *dolor del hambre* le inclinó a los alimentos y proveyó a su subsistencia; las *intemperies del aire* le inspiraron el deseo de cubrir su desnudez y se hizo los vestidos; por el *atractivo de un placer poderoso*, se acercó a un ser parecido a él y perpetuó su especie...

De esta suerte las *impresiones* que recibió de cada objeto, despertando sus *facultades*, desarrollaron por grados su entendimiento y comenzaron a instruir su profunda ignorancia; sus necesidades crearon su industria, sus peligros formaron su valor: aprendió a distinguir las plantas útiles de las dañinas, a combatir los elementos, a sujetar los animales, a defender su vida; y de este modo disminuyó su miseria.

El *amor de sí mismo*, la *aversión al dolor*, el *deseo de bienestar*, fueron los móviles sencillos y poderosos que sacaron al hombre del estado salvaje y bárbaro en que la NATURALEZA le había colocado; y cuando al presente ve su vida rodeada de placeres, cuando puede contar en cada uno de sus días algunas dulzuras, tiene el derecho de felicitarse y decir: "*Yo soy el que ha producido los bienes que me rodean, yo soy el autor de mi felicidad; habitación cómoda, vestidos convenientes, alimentos sanos y abundantes, campos risueños, colinas fértiles, imperios populosos, todo es obra de mi ingenio; sin mí, esta tierra abandonada al desorden no sería más que una marisma inmundada, un campo salvaje, o un desierto espantoso...*". ¡Sí, hombre creador, yo te saludo! Tú has llegado a medir la extensión de los cielos; tú has conseguido calcular la masa de los astros; tú has logrado apoderarte del rayo de las nubes, dominar el mar y las tormentas y sujetar todos los elementos.

¡Ah!, ¡cómo han podido mezclarse tantos rasgos sublimes con tantos extravíos!.

CAPÍTULO VII

ESTADO ORIGINAL DEL HOMBRE

Errantes en los bosques y en las orillas de los ríos, ocupados en la caza y en la pesca, rodeados de riesgos, asaltados de enemigos, atormentados por el hambre y los reptiles y acosados por las fieras, debieron los primeros hombres sentir su *debilidad individual*, y movidos de una *necesidad* común de *seguridad* y de un *sentimiento recíproco* de los mismos males, reunieron sus medios y fuerzas; y cuando uno corrió peligro, muchos le ayudaron y socorrieron; cuando uno careció de subsistencia, otro le dio una parte de la suya; y de este modo los hombres se *asociaron para asegurar su existencia*, para aumentar sus *facultades*, para *proteger sus goces* y el *amor de sí mismo* fue el *principio* de la *sociedad*.

Instruidos después por la prueba repetida de diversos accidentes, por las fatigas de una vida vagabunda, por las inquietudes de frecuentes hambres, entraron los hombres en cuentas consigo mismos y dijéronse: *¿Por qué hemos de emplear nuestros días en buscar frutos esparcidos sobre una tierra estéril? ¿Por qué hemos de aniquilarnos persiguiendo brutos que suelen escapársenos en los bosques y los ríos? ¿Por qué no reunir bajo nuestra mano los animales que nos sustentan? ¿Por qué no aplicar nuestros esmeros a su multiplicación y defensa? Nos alimentaremos entonces con sus productos; nos vestiremos con sus despojos y viviremos exentos de las fatigas del día y de los cuidados del porvenir.*

Y ayudándose unos a otros cogieron el cabrito ligero, la oveja tímida, el camello paciente, el toro indómito, el caballo fogoso, y celebrando su industria, descansaron con alegría de su corazón y comenzaron a gozar del reposo y de las comodidades; y el *amor de sí mismo, principio de todo raciocinio*, fue el *motor de todas las artes y de todos los placeres*.

Así que los hombres pudieron pasar los días entregados al reposo y en la comunicación de sus ideas, dirigieron sobre la tierra, sobre los cielos y sobre su propia existencia, curiosas miradas y reflexionaron: observaron el curso de las estaciones, la acción de los elementos, las propiedades de los frutos y las plantas y aplicaron su espíritu a multiplicar sus goces. Y habiendo observado en algunas comarcas, que ciertas semillas contenían bajo un pequeño volumen una sustancia sana, propia para ser conservada y conducida a todas partes, imitaron el procedimiento de la naturaleza; esparcieron sobre la tierra el trigo, la cebada y el arroz, que fructificaron según sus esperanzas; y habiendo encontrado el medio de obtener en *un pequeño espacio y sin mudar de sitio, muchas subsistencias e infinitas provisiones*, construyeron *casas estables* y formaron aldeas y ciudades; se reunieron en pueblos y más adelante en naciones numerosas y el *amor de sí mismo* produjo el desarrollo del ingenio y del poder.

De este modo y con el único auxilio de sus facultades, ha sabido elevarse el hombre por sí propio a la asombrosa altura de su bienestar presente. Y hubiera

sido muy dichoso, si, observando escrupulosamente la ley impresa a su ser natural, hubiese llenado con fidelidad su único y verdadero objeto. Pero, por una imprudencia funesta, habiendo unas veces desconocido y otras rebasado sus límites, se ha confundido en un laberinto de errores e infortunios; y el *amor de sí mismo*, ya *ciego*, ya *desarreglado*, se ha convertido fatalmente en un principio fecundo de calamidades inmensas.

CAPÍTULO VIII

ORIGEN DE LOS MALES DE LAS SOCIEDADES

En efecto, cuando los hombres pudieron desenvolver sus facultades, *enajenados por el atractivo de los objetos que halagan los sentidos*, entregáronse a los deseos más desenfrenados. Ya no les fue suficiente la medida de las *dulces sensaciones* que la *Naturaleza* había *ligado a sus verdaderas necesidades para hacerles apreciar su existencia*; no contentos con los bienes que les ofrecía la tierra, o que producía su industria, quisieron acumular goces sobre goces y codiciaron los que poseían sus semejantes. Y un hombre *fuerte se levantó contra otro débil* para arrebatarse el fruto de sus fatigas; y el *débil* convocó a *otro débil* para *resistir a la violencia*; y los fuertes se dijeron: *¿A qué fatigar nuestros brazos para producir los regalos que se encuentran en poder de los débiles? ¡Unámonos y despojémosles; ellos trabajarán por nosotros y nosotros gozaremos de sus trabajos!* Y habiéndose asociado los *fuertes* para la *opresión*, como los *débiles* para la *resistencia*, se atormentaron los hombres recíprocamente y se estableció sobre la tierra una discordia general y funesta, en la cual reproduciéndose las pasiones bajo múltiples formas, no han cesado de formar un encadenamiento sucesivo de calamidades.

Ese mismo *amor propio*, que *moderado y prudente*, era un principio de *felicidad* y de *perfección*, convertido en *ciego* y *desordenado*, se transformó en veneno corruptor; y la *codicia*, hija y compañera de la *ignorancia*, ha sido la *causa de cuantos males* han desolado a la tierra.

Sí; sí, la *ignorancia* y la *codicia*, he aquí el doble origen de todos los tormentos de la vida del hombre. Ellas han formado ideas falsas de la felicidad, *desconocido o quebrantado las leyes de la Naturaleza* en sus relaciones con los objetos exteriores, y perjudicando a su existencia, han *violado la moral individual*: por ellas, cerrando su corazón a los buenos sentimientos y su espíritu a la equidad, ha vejado y afligido a su semejante y *violado la moral de la sociedad*. Por la *ignorancia* y la *codicia*, ha tomado el hombre las armas contra el hombre, la familia contra la familia, la tribu contra la tribu y la tierra se ha convertido en teatro sangriento de discordia y latrocinio; por la *ignorancia* y la *codicia*, fermentando una secreta guerra en el seno de cada estado, se han desunido entre sí los ciudadanos; y una misma sociedad se ha dividido en opresores y oprimidos, en dueños y esclavos: por ellas, insolentes y atrevidos los jefes de una nación han fundado el despotismo político; otras veces, hipócritas y astutos, han hecho creer que del cielo descendían poderes mentirosos y yugos sacrílegos; la crédula avaricia ha fundado el despotismo religioso; por ellas, en fin, se han desnaturalizado las ideas del *bien* y del *mal*, de lo *justo* y de lo *injusto*, de la *virtud* y del *vicio* y las naciones se han perdido en un caos de errores y de calamidades. ¡La *codicia del hombre* y su *ignorancia*!... he aquí los *genios malignos* que han perdido la tierra: he aquí los

decretos del acaso, que han derrocado los imperios; he aquí los anatemas celestiales que han destruido estos muros en otros tiempos tan gloriosos, y convertido el esplendor de una ciudad populosa en soledad y ruinas. Pero, supuesto que fue del seno del hombre de donde salieron todos los males que le han despedazado, en él fue donde debió encontrarse los remedios, y en és es donde deben buscarse.

CAPÍTULO VIII

ORIGEN DE LOS MALES DE LAS SOCIEDADES

En efecto, cuando los hombres pudieron desenvolver sus facultades, *enajenados por el atractivo de los objetos que halagan los sentidos*, entregáronse a los deseos más desenfrenados. Ya no les fue suficiente la medida de las *dulces sensaciones* que la *Naturaleza* había *ligado a sus verdaderas necesidades para hacerles apreciar su existencia*; no contentos con los bienes que les ofrecía la tierra, o que producía su industria, quisieron acumular goces sobre goces y codiciaron los que poseían sus semejantes. Y un hombre *fuerte se levantó contra otro débil* para arrebatarse el fruto de sus fatigas; y el *débil* convocó a *otro débil* para *resistir a la violencia*; y los fuertes se dijeron: *¿A qué fatigar nuestros brazos para producir los regalos que se encuentran en poder de los débiles? ¡Unámonos y despojémosles; ellos trabajarán por nosotros y nosotros gozaremos de sus trabajos!* Y habiéndose asociado los fuertes para la *opresión*, como los débiles para la *resistencia*, se atormentaron los hombres recíprocamente y se estableció sobre la tierra una discordia general y funesta, en la cual reproduciéndose las pasiones bajo múltiples formas, no han cesado de formar un encadenamiento sucesivo de calamidades.

Ese mismo *amor propio*, que *moderado y prudente*, era un principio de *felicidad* y de *perfección*, convertido en *ciego* y *desordenado*, se transformó en veneno corruptor; y la *codicia*, hija y compañera de la *ignorancia*, ha sido la *causa de cuantos males* han desolado a la tierra.

Sí; sí, la *ignorancia* y la *codicia*, he aquí el doble origen de todos los tormentos de la vida del hombre. Ellas han formado ideas falsas de la felicidad, *desconocido o quebrantado las leyes de la Naturaleza* en sus relaciones con los objetos exteriores, y perjudicando a su existencia, han *violado la moral individual*: por ellas, cerrando su corazón a los buenos sentimientos y su espíritu a la equidad, ha vejado y afligido a su semejante y *violado la moral de la sociedad*. Por la *ignorancia* y la *codicia*, ha tomado el hombre las armas contra el hombre, la familia contra la familia, la tribu contra la tribu y la tierra se ha convertido en teatro sangriento de discordia y latrocinio; por la *ignorancia* y la *codicia*, fermentando una secreta guerra en el seno de cada estado, se han desunido entre sí los ciudadanos; y una misma sociedad se ha dividido en opresores y oprimidos, en dueños y esclavos: por ellas, insolentes y atrevidos los jefes de una nación han fundado el despotismo político; otras veces, hipócritas y astutos, han hecho creer que del cielo descendían poderes mentirosos y yugos sacrílegos; la crédula avaricia ha fundado el despotismo religioso; por ellas, en fin, se han desnaturalizado las ideas del *bien* y del *mal*, de lo *justo* y de lo *injusto*, de la *virtud* y del *vicio* y las naciones se han perdido en un caos de errores y de calamidades. ¡La *codicia del hombre* y su *ignorancia*!... he aquí los *genios malignos* que han perdido la tierra: he aquí los

decretos del acaso, que han derrocado los imperios; he aquí los anatemas celestiales que han destruido estos muros en otros tiempos tan gloriosos, y convertido el esplendor de una ciudad populosa en soledad y ruinas. Pero, supuesto que fue del seno del hombre de donde salieron todos los males que le han despedazado, en él fue donde debió encontrarse los remedios, y en és es donde deben buscarse.

CAPÍTULO X

CAUSAS GENERALES DE LA PROSPERIDAD DE LOS ESTADO ANTIGUOS

He aquí, ioh mortal que buscas la sabiduría, cuáles han sido las causas de las revoluciones de estos antiquísimos estados, cuyas ruinas contemplas! Sobre cualquier punto en que repose mi vista, a cualquier tiempo que se dirijan mis ideas, en todas partes se ofrecen a mi espíritu los mismos principios de fomento y destrucción, de prosperidad y decadencia. Por todas partes veo que si un pueblo es poderoso, si un imperio prospera, es porque las *leyes convencionales* están conformes con las *leyes de la naturaleza*; es porque el gobierno proporciona a los hombres el *libre uso* de sus facultades, la *seguridad igual de sus personas y de sus propiedades*. Si al contrario, un imperio se *arruina* o se disuelve, es porque las leyes son viciosas e imperfectas, o porque el gobierno corrompido las quebranta. Y si las leyes y los gobiernos, al principio sabios y justos se depravan, esta alternativa de bien y de mal depende de la naturaleza del corazón humano, de la sucesión de sus inclinaciones, del progreso de sus conocimientos, de la combinación de las circunstancias y de los sucesos, como lo acredita la historia de la humanidad.

En la infancia de las naciones, cuando los hombres vivían en los bosques sujetos todos a las mismas necesidades, y dotados todos de las propias facultades, eran casi iguales en fuerzas; y esta igualdad fue una circunstancia fecunda para la organización de las sociedades; siendo cada individuo independiente de otro, ninguno fue esclavo, ni tuvo la pretensión de ser dominador. El hombre nuevo ni conocía la servidumbre, ni la tiranía; provisto de medios suficientes a su bienestar, no pensó en adquirir otros extraños. No debiendo nada, no exigiendo nada, juzgaba de los derechos ajenos por los suyos, y tenía ideas exactas de la justicia; ignorando el arte de gozar, no sabía producir sino lo necesario; y por falta de superfluidades estaba embotada la codicia: mas si ésta se atrevía a despertar, se la resistía con vigor; el hombre atrincherado en sus verdaderas necesidades, y en el poder de esta resistencia, conservaba un justo equilibrio.

Así pues, la *igualdad original*, la falta de *convenciones*, mantenía la *libertad* de las personas, la *seguridad* de las propiedades y producía las buenas costumbres y el orden. Cada uno trabajaba por sí y para sí, el *corazón del hombre, ocupado, no experimentaba deseos culpables*. El hombre gozaba poco, pero satisfacía sus necesidades; y como la naturaleza indulgente las hizo inferiores a los medios de satisfacerlas, el trabajo de sus manos produjo muy luego la abundancia y ésta la población: se desplegaron las artes, se extendió el cultivo, y la tierra cubierta de numerosos habitantes se dividió en diversos dominios. Luego que se fueron complicando las relaciones de los hombres, se hizo más

difícil el sostenimiento del orden de las sociedades.

El tiempo y la industria engendraron las riquezas, y la *codicia* se hizo más activa; y como la igualdad, fácil entre los individuos, no pudo subsistir entre las familias, se rompió el equilibrio natural; fue preciso entonces sustituirle con un equilibrio simulado, fue preciso también nombrar jefes, establecer leyes y debió suceder en la inexperiencia primitiva, que siendo ocasionadas por la codicia, debieron participar de su carácter; pero varias circunstancias contribuyeron a moderar el desorden, y a que los gobiernos se vieses en la necesidad de ser justos.

En efecto, siendo los estados débiles al principio y debiendo temer los enemigos externos, importó mucho a los jefes no oprimir a sus súbditos; porque si hubiese disminuido el amor de los ciudadanos a su gobierno, hubieran disminuido también sus *medios de resistencia*; hubieran facilitado las invasiones extranjeras, y por medio de pretensiones injustas, comprometido su propia existencia.

En lo interior, el carácter de los pueblos rechazaba la tiranía. Los hombres habían contraído antiguos hábitos de independencia: tenían muy pocas necesidades y un conocimiento muy positivo de sus propias fuerzas. Como los estados eran pequeños, era difícil desunir a los ciudadanos para que los unos oprimieran a los otros; se comunicaban con demasiada facilidad y eran muy claros y sencillos sus derechos. Además siendo propietarios y cultivadores todos los hombres, ninguno tenía necesidad de venderse a otro, y el déspota no habría encontrado quien vendiera su trabajo.

Si se suscitaban disensiones, era de familia a familia, de bando a bando, y los intereses siempre eran comunes a un gran número de individuos; las turbulencias eran seguramente más vivas, pero el temor a los extranjeros apagaba las discordias: si la opresión de un partido lograba consolidarse, siendo la tierra libre y encontrando los hombres sencillos en todas partes las mismas ventajas, los oprimidos emigraban y llevaban a otra parte su independencia.

Los antiguos estados gozaban por lo tanto entre sí de infinitos medios de prosperidad y de poder: cuando el hombre hallaba su bienestar en la constitución de su país, con el más vivo interés la conservaba; si un extraño le atacaba, como que defendía su hacienda y su casa, llevaba a los combates la pasión de una causa personal y el sacrificio de sí mismo ocasionaba el amor a la patria.

Y porque toda acción útil al público atraía su estimación y su reconocimiento, cada cual procuraba ser útil y el *amor propio* multiplicaba los talentos y las virtudes civiles.

Y porque todo ciudadano, contribuía igualmente con sus bienes y su persona, eran innumerables los ejércitos y las rentas públicas, y las naciones desplegaban unas masas respetables de fuerzas.

Y porque la tierra era libre, y su posesión segura y fácil, cada cual era propietario; y la subdivisión de las propiedades conservaba las costumbres e impedía el lujo.

Y porque cada cual cultivaba por sí mismo, el cultivo era más atractivo, los

productos más abundantes, y la riqueza particular constituía la opulencia pública.

Y porque la abundancia de los productos facilitaba la subsistencia, la población fue rápida y numerosa, y los estados llegaron en breve al término de su esplendor.

Y porque hubo más productos que consumos, nació la necesidad de comerciar y se hicieron cambios de pueblo a pueblo, que aumentaron su actividad y sus *goces* respectivos.

Y porque ciertos parajes, en ciertas épocas, reunieron la ventaja de ser bien gobernados a la de estar situados en el camino de la más activa circulación, se hicieron escalas florecientes de comercio y puntos poderosos de dominación. Y a orillas del Nilo y del Mediterráneo, del Tigris y del Eufrates, las riquezas reunidas de la India y de la Europa levantaron sucesivamente cien metrópolis a la mayor altura.

Y enriquecidos los pueblos, aplicaron el sobrante de sus recursos a los trabajos de utilidad pública y común; y esta fue la época de aquellas obras cuya magnificencia nos admira; de aquellos pozos de Tiro, de aquellos diques del Eufrates, de aquellos conductos subterráneos de Media, de aquellas fortalezas del desierto, de aquellos templos, de aquellos pórticos... Y estos trabajos pudieron ser inmensos sin abrumar a las naciones, porque fueron el producto de un concurso igual y común de las fuerzas de individuos apasionados y libres.

Así prosperaron los estados antiguos, porque las instituciones sociales fueron en ellos conformes con las verdaderas leyes de la *naturaleza*, y porque gozando en ellos los hombres de la *libertad* y *seguridad* de sus *personas* y *propiedades*, pudieron desplegar todas sus facultades y toda la energía del amor de sí mismos.

CAPÍTULO XI

CAUSAS GENERALES DE LAS REVOLUCIONES Y DE LA RUINA DE LOS ESTADOS ANTIGUOS

Cuando la codicia suscitó entre los hombres una lucha constante y general, que produjo las invasiones recíprocas de los individuos y las sociedades, se siguieron también las agitaciones y revoluciones sucesivas.

En el estado salvaje y bárbaro de los primeros hombres, esta codicia audaz y feroz enseñó la rapiña, la violencia y el asesinato y por mucho tiempo se suspendieron los progresos de la civilización.

Después que las sociedades empezaron a formarse, pasando el efecto de los malos hábitos a las leyes y a los gobiernos, se corrompieron las instituciones y su objeto y se establecieron derechos arbitrarios, que depravaron las ideas de justicia y la moralidad de los pueblos.

Porque un hombre fue más fuerte que otro, se tomó esa desigualdad accidental

de la naturaleza por una ley positiva; y como el fuerte pudo quitar al débil la vida y no se la quitó, se atribuyó un derecho abusivo de propiedad, y la *esclavitud de los individuos* preparó la esclavitud de las naciones<12>.

Porque el jefe de familia pudo ejercer una autoridad absoluta en su casa, ajustó la regla de su conducta a sus gustos y pasiones, dio o quitó sus bienes, sin igualdad, sin justicia, y el *despotismo paternal* echó los cimientos del despotismo político <13>.

En las sociedades formadas sobre tales bases habiéndose multiplicado las riquezas con el tiempo y el trabajo, se hizo la codicia más artificiosa, sin ser por eso menos activa, por lo mismo que las leyes se proponían sujetarla. Bajo las apariencias engañosas de unión y paz civil, fomentó en el seno de cada estado una guerra intestina, en la cual divididos los ciudadanos en cuerpos contrarios, compuestos de órdenes, de clases y familias, aspiraron constantemente a apropiarse, bajo el nombre de *poder supremo*, la facultad de acapararlo y avasallarlo todo, según la voluntad de sus pasiones; y este espíritu de *invasión* fue el que disfrazado con diversas formas, pero siempre el mismo en su fin y en sus móviles, no ha cesado de atormentar a las naciones.

Unas veces oponiéndose al pacto social, o rompiendo el que ya existía, entregó a los habitantes de un país al choque tumultuoso de todas sus discordias; y los *estados disueltos* bajo el nombre de *anarquía*, fueron atormentados por las pasiones de todos sus individuos. Otras veces un pueblo celoso de su libertad, habiendo propuesto *agentes* para administrar, se apropiaron éstos los poderes de que sólo eran depositarios; emplearon los fondos públicos en corromper las elecciones, en hacerse partidarios y en dividir al pueblo. Por estos medios convirtieron su poder temporal en perpetuo, se hicieron hereditarios, de electivos que eran; y revuelto el estado por las intrigas de los ambiciosos, por las liberalidades de los ricos perturbadores, por la venalidad de los pobres holgazanes, por el empirismo de los oradores, por la audacia de los perversos, por la debilidad de los virtuosos, se vio atormentado con todas las convulsiones e inconvenientes de la *democracia*.

En unos países, los jefes iguales en fuerzas se temieron mutuamente, hicieron pactos leoninos y asociaciones atroces; y repartiéndose las facultades, los empleos y los honores, se atribuyeron privilegios e inmunidades; se erigieron en cuerpos separados, en clases distintas, avasallaron en común al pueblo; bajo el nombre de *aristocracia*, se vio el estado afligido por las pasiones de los grandes y los ricos.

En otras partes proponiéndose el mismo fin con otros medios, ciertos *impostores sagrados* abusaron de la credulidad de los hombres ignorantes. En la oscuridad de los templos, y detrás de los velos de los altares, hicieron hablar y obrar a los Dioses, pronunciaron *oráculos*; ejecutaron *prodigios*, ordenaron *sacrificios*, exigieron *ofrendas*, prescribieron *fundaciones* y bajo el título de *teocracia* y de *religión*, fueron martirizados los estados por las *pasiones* de los sacerdotes.

No pocas veces, cansada una nación de sus desórdenes, o de sus tiranos, se dio un sólo dueño para disminuir la suma de sus males; y entonces se limitó el poder del príncipe, él tuvo por el contrario deseos de dilatarlo; y si lo consiguió absoluto, abusó al instante del depósito que se le había confiado; y bajo el nombre de *monarquía*, se vieron destruidos los estados por las pasiones de los

reyes y de los *príncipes*.

Aprovechándose entonces algunos facciosos del descontento de los espíritus, lisonjearon al *pueblo* con la esperanza de un dueño mejor; esparcieron dádivas y promesas, derribaron al déspota para colocarse en su lugar; y sus disputas sobre la sucesión y división desolaron los estados con los desórdenes y vinieron las devastaciones de las *guerras civiles*.

Al fin, entre esos rivales, uno más hábil o más dichoso, tomando ascendiente, reconcentró en sí todo el poder: por medio de un fenómeno bien raro, un hombre sólo avasalló millones de sus semejantes contra su propia voluntad o sin su consentimiento, y el arte de la *tiranía* nació como consecuencia de la ambición. Efectivamente, observando el espíritu de egoísmo que sin cesar divide a todos los hombres, supo el ambicioso fomentarle diestramente; lisonjeó la vanidad de unos, excitó la envidia de otros, halagó la avaricia de éste, inflamó el resentimiento de aquél, irritó las pasiones de todos: oponiendo entre sí los intereses o las preocupaciones, sembró las discordias y los rencores, prometió al pobre el despojo del rico, al rico el avasallamiento del pobre, amenazó a un hombre con otro, a una clase con otra; y aislando a los ciudadanos por medio de la desconfianza, formó su propia fuerza de la debilidad ajena, y les impuso un yugo de *opinión*, cuyos nudos se estrecharon mutuamente. Con el ejército, se apoderó de las contribuciones; con éstas, dispuso de aquél; y por medio del resorte poderoso de las riquezas y de los empleos, encadenó a todo un pueblo con un lazo de hierro y los estados cayeron en la lenta consunción del *despotismo*.

De esta manera un mismo móvil, variando su acción bajo todas formas, atacó incesantemente la consistencia de los estados, y un círculo eterno de vicisitudes nació de un círculo eterno de pasiones.

Este espíritu constante de egoísmo y de usurpación engendró dos efectos principales igualmente funestos: uno, el de dividir sin cesar todas las sociedades en todas sus fracciones produciendo así su debilidad y facilitando su *disolución*; otro, el de que temiendo siempre concentrar el poder en una sola mano, absorbió sucesivamente sociedades y estados, en perjuicio de su tranquilidad y de su recíproca existencia.

En efecto, lo mismo que un estado, había absorbido un partido a la nación, una familia el partido y un individuo la familia; del propio modo se estableció de estado en estado un movimiento de absorción que desplegó en grande en el *orden político* todos los males particulares del *orden civil*. Y habiéndose subyugado una *ciudad* a otra ciudad, la hizo dependiente, y compuso una provincia, y dos *provincias*, una vez absorbidas, formaron un reino: en fin, de dos reinos conquistados se vieron nacer *imperios* de una extensión inmensa; y en esta aglomeración ilimitada, en vez de que la fuerza interna de los estados creciese en razón de su masa, sucedió al contrario, que disminuyó; y en vez de hacerse más dichosa la suerte de los pueblos, se hizo cada día más infeliz y miserable, por razones que derivaban de la naturaleza de las cosas, cuales son las siguientes:

Por la razón de que los estados haciendo más complicada y espinosa su administración a medida que se extienden, fue preciso para mover estas masas dar mucha actividad al poder, y se perdió la proporción entre los deberes de los soberanos y sus facultades.

Porque las naciones, desunidas por las preocupaciones de los ignorantes y por odios feroces, favorecieron la perversidad de los gobiernos; y sirviéndose recíprocamente de satélites, agravaron su esclavitud:

Porque roto el equilibrio de los estados, los más fuertes oprimieron más fácilmente a los más débiles:

En fin, por la razón de que, a medida que los estados se concentraron, los pueblos privados de sus leyes, de sus usos, y de los gobiernos que les convenían, perdieron el espíritu de *personalidad*, motivo de su energía.

Y considerando los déspotas a los imperios como dominios suyos y a los pueblos como propiedades, se entregaron a los robos y desarreglos de la autoridad más arbitraria.

Y todas las fuerzas y las riquezas de las naciones se aplicaron a gastos particulares, a caprichos personales; y los reyes en el fastidio de su saciedad se entregaron a todos los gustos más depravados; necesitaron pensiles o jardines levantados sobre bóvedas, ríos elevados sobre montañas: cambiaron las fértiles campiñas en parques y bosques para la caza; formaron lagunas en parajes secos; alzaron peñascos en los lagos, hicieron construir palacios de mármol y de pórfido, quisieron muebles de oro y de diamantes. Bajo el pretexto de religión, su orgullo fundó templos, dotó sacerdotes ociosos, construyó para esqueletos vanos, sepulcros extravagantes, mausoleos y pirámides, y millones de brazos fueron empleados en los trabajos más estériles <14> e imitando los parásitos el lujo de los príncipes y transmitiéndole de grado en grado hasta las últimas clases, vino a ser un manantial inagotable de corrupción y de empobrecimiento.

Y en la sed insaciable de los deleites, no siendo suficientes los tributos, se aumentaron sin medida, y viendo el labrador crecer sus afanes sin ninguna recompensa, perdió el aliento; y observando el comerciante que se le despojaba del fruto de sus fatigas, se cansó de su industria; y condenada la multitud a sufrir las angustias de la pobreza, limitó su trabajo a lo más indispensable y se anonadó toda su actividad productora.

Estos sobrecargos hicieron onerosa la posesión de las tierras: el humilde propietario abandonó su campo, o lo vendió al hombre poderoso, y los bienes se reunieron en un número menor de manos. Y favoreciendo todas las leyes y las instituciones esta acumulación, se dividieron las naciones entre un grupo de ociosos opulentos, y una multitud de pobres mercenarios. El pueblo indigente se envileció, los grandes, saciados, se depravaron; y disminuyéndose el número de los interesados en la conservación del estado, su fuerza y su existencia se hicieron tanto más precarias.

Por otra parte, como no se ofreciese a la emulación objeto alguno de utilidad, ni al saber ningún estímulo, cayeron los hombres en una ignorancia profunda.

Y la *administración secreta y misteriosa* que fundó el despotismo, produjo la imposibilidad de establecer meido alguno de reforma ni de mejoramiento; y como los jefes regían por la violencia y el fraude, los pueblos sólo vieron en ellos una facción de enemigos públicos, y desapareció por consecuencia la armonía entre los gobernantes y los gobernados.

Y habiendo enervado todos estos vicios los estados del Asia opulentísima,

sucedió que los pueblos vagabundos y pobres de los *desiertos* y de los *montes* adyacentes, codiciasen lo que se gozaba en las *llanuras fértiles*; y estimulados de una avaricia común, atacaron a los *imperios civilizados*, y derribaron los tronos de los *déspotas*; y estas revoluciones fueron rápidas y fáciles, porque la política de los tiranos había afeminado a los súbditos, arrasado las fortalezas, y destruido los guerreros; y además, porque los vasallos oprimidos no sentían ya los estímulos del interés personal, ni los soldados mercenarios los impulsos generosos del valor.

Y como enjambres de salvajes habían reducido a la esclavitud las regiones más cultas, sucedió que los imperios formados de un pueblo conquistado, reunieron en su seno dos clases esencialmente opuestas de enemigos. Disolvieron todos los principios de la sociedad: ya no hubo más interés *común*, ni espíritu *público*; y se estableció una *distinción* de *castas* y de *razas*, que redujo a sistema regular la permanencia del desorden: y según su nacimiento, era el hombre *siervo*, o *tirano*, *propietario* o *colono*.

Y siendo los opresores menos numerosos que los oprimidos, fue preciso perfeccionar la *conciencia* de la *opresión*, para sostener este falso equilibrio. El arte de gobernar se redujo al de someter el mayor número de hombres al menor. Para lograr una sumisión tan contraria al instinto, fue preciso establecer los castigos más severos y la crueldad de las leyes hizo las costumbres atroces. Y como la distinción de personas estableció en los estados dos códigos, dos justicias y dos derechos, puesto el pueblo entre las inclinaciones de su corazón y el juramento de su boca, tuvo dos conciencias contradictorias; y las ideas de lo justo y de lo injusto no encontraron base alguna en su entendimiento.

Con tal sistema los pueblos sucumbieron en el desfallecimiento y la desesperación; y habiéndose unido los accidentes de la naturaleza a los males que los afligían, abrumados por tantas calamidades, atribuyeron las causas a potencias superiores y ocultas, y porque no tenían tiranos en la tierra, supusieron que los había en el cielo, agravando de este modo la superstición, las desgracias de las naciones.

De aquí nacieron las doctrinas funestas y los sistemas de religión atrabiliarios y misántropos, que pintaron a los Dioses como *malos* y *envidiosos*, como si fuesen *déspotas*. Y para calmarles, el hombre les ofreció el sacrificio de todos sus placeres, imponiéndose *privaciones* con trastorno de las leyes de la naturaleza. Tomando por *crímenes* sus *deleites* y por *expiaciones* sus *sufrimientos*, quiso *amar el dolor* y *abjurar del amor de sí mismo*; mortificó sus sentidos, detestó su vida: y una *moral negativa* y *antisocial* sumergió a las naciones en la indolencia y la muerte.

Pero la sabia naturaleza había dotado el corazón del hombre de una esperanza inagotable, y viendo que la felicidad engañaba sus deseos en la tierra, él fue a buscarla en *otro mundo*; lisonjeándose con una dulce ilusión, imaginó *otra patria*, otro *asilo*, donde lejos de los tiranos, podía recuperar los derechos de su ser, resultando de aquí un nuevo desorden, porque, encantado con un *mundo imaginario*, despreció el hombre el de la naturaleza, y por unas *esperanzas* quiméricas, despreció la *realidad*. Consideró la vida como un tránsito *penoso*, como un sueño *tristísimo*; su cuerpo como una *prisión* que impedía su felicidad; y la tierra como un lugar de *destierro* y de *peregrinación*, que no se dignó cultivar. Entonces *se estableció en el mundo político una ociosidad sagrada*; se abandonaron los campos, se multiplicaron los baldíos, se quedaron yermos los imperios y los monumentos se vieron descuidados; en fin, por todas partes la ignorancia, la superstición y el fanatismo, reuniendo sus efectos, multiplicaron

las devastaciones y las ruinas.

Agitados por sus propias pasiones, los hombres ya en masas, ya en individuos; siempre imprudentes y siempre codiciosos, pasando de la esclavitud a la tiranía, del orgullo a la degradación, de la fortaleza al desaliento, fueron ellos mismos los eternos instrumentos de sus infortunios.

Y he aquí por qué móviles sencillos y naturales se dirigió la suerte de los estados antiguos; he aquí por qué serie de causas y de efectos ligados y consiguientes, se levantaron o abatieron, según que las leyes físicas del corazón humano fueron observadas o desatendidas; y en el curso sucesivo de las vicisitudes, cien pueblos diversos, cien imperios alternativamente abatidos, poderosos, conquistados y destruidos, han dado a la tierra lecciones instructivas. Pero estas lecciones son perdidas para las generaciones subsiguientes. Los desórdenes de los tiempos pasados han vuelto a aparecer entre los pueblos actuales; los jefes de las naciones han continuado marchando en las sendas de la tiranía y de la impostura, y los pueblos descarriándose entre las tinieblas de las supersticiones y de la ignorancia.

¡Y bien!, añadió el Genio resumiendo, puesto que la experiencia de los tiempos pasados no sirve de nada a los actuales, puesto que las faltas de los progenitores no han instruido todavía a sus descendientes, los ejemplos antiguos van a repetirse, y la tierra verá renovarse las escenas terribles de las épocas olvidadas. Nuevas revoluciones agitarán a los pueblos y a los imperios. Los tronos más poderosos serán de nuevo destruidos, y las catástrofes más terribles recordarán a los hombres que no quebrantan en vano las leyes de la sabiduría y de la verdad".

CAPÍTULO XII

LECCIONES DE LOS TIEMPOS PASADOS REPETIDAS EN LOS TIEMPOS PRESENTES

Así habló el Genio... y yo asombrado de la exactitud y coherencia de todo su discurso, acometido de una multitud de ideas que pugnando contra mis hábitos, cautivaron sin embargo mi razón, quedé absorto en silencio profundo... Pero mientras tenía fija la vista sobre Asia, con un aire triste y meditabundo, he aquí que repentinamente y del lado del norte, hacia las orillas del *Mar Negro* y en los campos de la *Crimea*, atraen mi atención unos torbellinos agitados de llamas y de humor. Parecían elevarse a un tiempo de toda la pensínsula; y después, habiendo pasado por el istmo hacia el continente, corrieron toda la longitud del lago cenagoso de *Azof*, cual si los impeliese un viento del oeste y se fueron a desvanecer en las verdes llanuras del Kuban; examinando más de cerca la marcha de estos torbellinos, noté que los precedían o seguían pelotones de seres animados, que, como hormigas o langostas molestadas por el pie del caminante, se agitaban con ligereza: algunas veces parecía que marchaban estos pelotones unos contra otros y que pugnaban entre sí, quedando muchos de ellos sin movimiento después del primer choque... Y mientras inquieto por este espectáculo, procuraba distinguir los objetos: "¿Ves, me dijo el Genio, esos fuegos que recorren la tierra?, ¿comprendes acaso sus efectos y sus causas?". - ¡Oh Genio!, respondí, veo unas columnas de llamas y de humo y una especie de insectos que van en medio de ellas; pero si apenas distingo las masas de las

ciudades y de los monumentos, ¿cómo podré apreciar tan diminutos seres? Solamente podría decir que esos insectos simulan combates, porque van y vienen, se chocan y persiguen. - "No los simulan, dijo el Genio, sino que los ejecutan verdaderamente". - ¿Y quiénes son, pregunté, esos animalitos incautos que se destruyen con tal barbarie?, ¿no perecerán muy pronto esos seres efímeros que apenas viven un día?... Entonces el Genio tocándome otra vez la vista y los oídos, me dijo: "*Ve y escucha*". - Dirigiéndose al momento mis ojos sobre los mismos objetos: ¡Ah desdichados!, exclamé sobrecogido de dolor y espanto; esas columnas de fuego, esos insectos, ¡oh Genio!, son hombres, y esos son los estragos horribles de la guerra... Esos torrentes de llamas y de humo, salen de los pueblos y de las aldeas. Ya veo los hombres furiosos que les encienden, y que sable en mano recorren la campiña; delante de ellos veo huir despavoridos turbas de niños, de ancianos y mujeres. Observo otros soldados que les guían y acompañan, llevando una lanza sobre sus espaldas. Reconozco también por sus caballos de mano, por sus *kalpakos* y su mechón de pelo, que son los *Tártaros*; y sin duda aquéllos que los persiguen, cubiertos de un sombrero triangular y vestidos con uniformes verdes, son los *Moscovitas*... ¡Ah! Ya lo entiendo; acaba de encenderse la guerra entre el imperio de los *Czares* y el de los *Sultanes*. "Todavía no, replicó el Genio; éste no es más que un preliminar. Esos Tártaros han sido y serán todavía unos vecinos incómodos y se libran de ellos: su país parece muy bueno y se redondean ocupándole; y para preludio de otra revolución, han destruido el trono de los *Guerais*."

En efecto, vi los pendones rusos ondear sobre la Crimea y su pabellón desplegarse luego sobre el *Ponto Euxine*.

Pero a los gritos del Tártaro fugitivo, se conmovió el imperio de la media luna. "¡Que arrojan a nuestros hermanos!, claman los hijos de Mahoma: ¡que ultrajan al pueblo del profeta divino!, ¡y los infieles ocupan la tierra sagrada, profanando los templos del Islamismo santos! Armémonos, armémonos y corramos al combate para vengar la gloria de Dios y nuestra propia causa".

Al instante se siguió un movimiento general de guerra en los dos imperios. Por todas partes se reunieron hombres armados, municiones y víveres, y se desplegó con terror el aparato mortífero de los combates. En ambas naciones concurridos los templos de un gentío numeroso me ofrecieron un cuadro que fijó mi atención. Por una parte, los musulmanes reunidos delante de sus mezquitas se lavaban las manos y los pies, se cortaban las uñas y peinaban la barba, después extendiendo alfombras sobre la tierra y volviéndose hacia el mediodía, unas veces con los brazos abiertos y otras con los brazos cruzados, hacían genuflexiones; y acordándose de los reveses experimentados en la última guerra, gritaban: "¡Dios clemente, Dios misericordioso!, ¿cómo habéis abandonado a vuestro pueblo fiel? Vos, que prometisteis al profeta el imperio de las naciones y que habéis ensalzado la religión con tantos triunfos, ¿cómo entregaréis los verdaderos creyentes al cuchillo de los infieles?". Y los *Imanes* y *Santones* decían al pueblo: "Es en castigo de vuestros pecados, porque coméis tocino, bebéis licores y tocáis a las cosas inmundas. Sí, Dios os castiga: haced penitencia, purificáos, *decid la profesión de la fe*; ayunad desde la aurora hasta que el sol se ponga; dad el diezmo de vuestros bienes a las mezquitas, id a la Meca, y Dios os dará la victoria". Y el pueblo, tomando entonces aliento, prorrumpía en gritos espantosos: "*No hay más que Dios y Mahoma es su Profeta: anatema a cualquiera que así no lo creyese*. Dios de bondad, añadía, concédenos el exterminio de esos cristianos, pues por tu gloria sólo los combatimos, y nuestra muerte es un martirio en honor de tu nombre". Y ofreciendo en seguida algunas víctimas, se prepararon para los combates.

Por otra parte, los rusos de rodillas, clamaban de este modo: "Rindamos gracias a Dios y celebremos su poder; él es el que ha fortalecido nuestro brazo para humillar a nuestros enemigos. Dios *benéfico*, escucha nuestros ruegos: para agradarte, pasaremos tres días sin comer carne ni huevos. Concédenos la facultad de exterminar a los mahometanos impíos y de destruir su imperio; te daremos el diezmo de los despojos y te elevaremos nuevos templos". Y los sacerdotes llenaron las iglesias de una nube de humo y dijeron al pueblo: "Rogamos por vosotros y Dios acepta nuestro incienso y bendice nuestras armas. Continúa ayunando y combatiendo; decidnos vuestras culpas secretas, dad vuestros bienes a la Iglesia y nosotros os absolveremos de vuestros pecados y moriréis en gracia";. Al mismo tiempo echaban agua sobre el pueblo, le distribuían huesecitos de muertos para que les sirviesen de reliquias y de talismanes; y el pueblo no respiraba sino guerra y furores.

Admirado al ver este cuadro que representaba el contraste de las mismas pasiones y afligido por sus funestas consecuencias, meditaba profundamente sobre la dificultad que presentaba al juez común el acceder a súplicas tan opuestas, cuando el Genio exclamó con vehemencia:

"¿Qué acentos de locura ofenden mis oídos?, ¿qué delirio perverso turba el espíritu de naciones tan varias? ¡Preces sacrílegas, caed sobre la tierra!, ¡y vosotros, oh cielos, repeled con firmeza sus votos homicidas, sus holocaustos impíos! ¡Mortales insensatos!, ¿así tenéis aliento para reverenciar a la Divinidad? ¡Decid! ¿cómo es posible que aquél que se deleita en ser padre común y a quien vosotros por tal aclamáis, reciba el homenaje de unos hijos crueles que fieros se degüellan? Vencedores, ¿cómo podrá mirar benignamente vuestros brazos manchados con la sangre que engendró? Y vosotros, vencidos, ¿qué esperáis de esos gemidos inútiles? ¿Tiene Dios acaso el corazón de un mortal, para tener también sus mudables pasiones? ¿Es capaz, como vosotros, de las agitaciones de la venganza o de la compasión, del furor o del arrepentimiento? ¡Qué idea tan pequeña del mayor de los seres! Al oírlos se creería que extravagante y caprichoso, se enfada Dios, o se modera como un hombre vulgar que alternativamente ama y aborrece, que castiga o acaricia, que, débil o perverso, encubre sus rencores, que inconsecuente o pérfido, tiende los lazos para hacer sucumbir; que castiga traidor el mal que antes consiente; que prevé los crímenes y no quiere impedirlos; que como juez parcial, es fácil corromperle por medio de presentes; que, déspota imprudente, promulga leyes y luego las revoca; que tirano feroz, tan pronto da como quita sus gracias sin razón ni justicia y que sólo se ablanda a fuerza de bajezas... ¡Ah!, ¡qué cúmulo espantoso de horrores y de mentiras! Ahora conozco la falacia del hombre. Al ver el cuadro que traza de la Divinidad, *No, no, no... no es Dios quien ha creado al hombre parecido a su imagen: es el hombre quien le ha representado semejante a la suya*: el mortal temerario le dio su espíritu, le revistió de sus inclinaciones y le ha prestado sus miserables juicios... Y cuando en esta mezcla de atributos contrarios se ha encontrado inconsecuente con sus mismos principios, afectando una humildad hipócrita, graduó de impotente su razón natural y dio el título de *misterios de Dios* a los absurdos de su entendimiento.

El ha dicho: Dios es *inmutable* y le dirige votos para hacerle cambiar. Le llama *incomprensible* y quiere interpretarle. Pero ésto levantáronse sobre la tierra esos *impostores* que osaron suponerse *confidentes de Dios* y que erigiéndose en doctores de los pueblos, abrieron el camino de la impostura y de la iniquidad: ellos han atribuido mérito a unas prácticas indiferentes o ridículas; han erigido en virtud el acto de tomar tales posturas, el de proferir tales palabras, el de articular algunos nombres; han transformado en delito el comer

ciertas carnes y el beber ciertos licores, en tales días y no en otros. Un judío moriría primero que *trabajar el sábado*; un persa querría perecer antes que *soplar el fuego* con su *aliento*; un indio coloca la perfección suprema en *frotarse* con *excremento de vaca* y en pronunciar misteriosamente *Aúm*, un musulmán cree haberlo remediado todo, lavándose la cabeza y los brazos y disputa con el sable en la mano, si debe *comenzarse* por el *codo* o por la *punta de los dedos*; un cristiano se juzgaría condenado, si comiera carne en lugar de pescado. ¡Oh doctrinas sublimes y verdaderamente celestiales!, ¡oh perfecta moral de tantas religiones; digna del martirio y del apostolado! Yo pasaré los mares para enseñar estas leyes admirables a los pueblos salvajes y a las naciones remotísimas. Yo les diré: *Hijos de la naturaleza, ¿hasta cuándo marcharéis por los senderos de la crasa ignorancia? ¿Hasta cuándo desconoceréis los verdaderos principios de la moral y de la religión? Venid a buscar las lecciones entre los pueblos piadosos y sabios de los países civilizados; ellos os enseñarán que para agradar a Dios es menester, en cierto mes del año, morir de sed y de hambre todo el día, que puede derramarse la sangre de su prójimo y purificarse de este crimen, haciendo una profesión de fe y una ablución metódica; que puede arrebatársele su bienestar y ser absuelto, repartiendo sus bienes con ciertos hombres que se dedican a devorarlos.*

¡Poder soberano y oculto del universo!, imotor misterioso de la naturaleza!, alma universal de los seres!, tú a quien, bajo tantos títulos diversos, no conocen los mortales, pero te reverencian: ser incomprendible e infinito; Dios que en la inmensidad de los cielos diriges el orden de los mundos y pueblas los abismos del espacio con millones de soles radiantes, dí, señor, ¿qué es lo que te parecen esos insectos humanos que ya mi vista apenas divisa sobre el globo de la tierra? Cuando te coupas en guiar los astros en sus órbitas inmensas, ¿qué son para tí esos gusanillos que se agitan sobre el polvo? ¿Qué le importa a tu grandiosidad sus distinciones de sectas y partidos?, ¿y qué las sutilezas con que se atormenta su locura?

Y vosotros hombres crédulos, manifestadme la eficacia que tienen vuestras prácticas. Después de tantos siglos que las seguís o las adulteráis, ¿qué es lo que han influido vuestras necias creencias en las leyes constantes de la naturaleza? ¿El sol ha brillado más?, ¿es otro el curso de las estaciones?, ¿la tierra es más fecunda, los pueblos son acaso más felices? Si Dios es bueno, ¿cómo pueden agradarle vuestras penitencias?, y si es infinito, ¿qué agregan vuestros homenajes a su gloria? Si sus decretos lo han previsto todo, ¿los cambian por ventura vuestras plegarias? ¡Responded, responded, hombres inconsecuentes!

Vosotros, vencedores, que pensáis servir a Dios, ¿tiene él necesidad de vuestro auxilio? Si quiere castigar, ¿no tiene a su disposición los terremotos, los volcanes y el rayo? ¿Y el Dios clemente no sabe corregir, sino exterminar?

Vosotros, musulmanes, si Dios os castiga porque violáis esos *cinco* preceptos, ¿cómo es que favorece a los francos que se burlan de ellos? Si por medio del *Corán* gobierna la tierra, ¿con qué principios juzgó las naciones anteriores al profeta, a tantos pueblos que bebían vino, que comían tocino, que no iban a la Meca y a los cuales les fue no obstante permitido elevar imperios poderosos? ¿Cómo juzgó a los *Sabeos* de *Nínive* y de *Babilonia*, al *Persa adorador del fuego*, al *Griego* y al *Romano idólatras*, a los *antiguos reinos* del Nilo, y a vuestros propios *abuelos Arabes y Tártaros*? ¿Cómo juzga todavía tantas naciones que desconocen o ignoran vuestro culto, como son las razas numerosas de los Indios, el vasto imperio de la China, las negras tribus del

Africa, los insulares del Océano y los pueblos de América?

Hombres presuntuosos e ignorantes, que os creéis dueños y señores de la tierra, si Dios reuniese a un tiempo todas las generaciones pasadas y presentes, ¿qué serían en ese océano inmenso esas sectas que se suponen universales del cristiano y del musulmán? ¿Cuáles serían los juicios de su justicia igual y común sobre la universalidad de los humanos? Vuestro espíritu se extravía en sistemas incoherentes donde la verdad brilla con evidencia; donde se manifiestan las leyes poderosas y sencillas de la naturaleza y de la razón: leyes de un *motor común y general*, de un Dios imparcial y justo, que, para hacer que llueva en un país, no pregunta cuál es su profeta; que hace brillar igualmente al sol sobre todas las razas, sobre el *blanco* como sobre el *negro*, sobre el *judío* como sobre el *musulmán*, sobre el *cristiano* como sobre el *idólatra*; que hace prosperar las mieses donde manos cuidadosas las cultivan; que multiplica las naciones en que reinan el orden y la industria; que hace prosperar todo imperio donde se practica la justicia, donde el hombre poderoso se subordina a las leyes, donde el pobre se ve protegido por ellas, donde el débil vive tranquilo y donde cada cual, en fin, goza de los derechos que ha recibido de la *naturaleza* y de un *contrato* formado con equidad.

He aquí los principios por los cuales son juzgados los pueblos; he aquí la verdadera religión que rige la suerte de los imperios y gobierna vuestro destino, ioh musulmanes! Preguntad a vuestros antepasados, preguntadles por qué medios levantaron su fortuna, siendo *idólatras*, poco numerosos y pobres cuando vinieron desde los desiertos de *Tartaria* a acampar en estas ricas regiones. Preguntadles si por el islamismo, desconocido hasta entonces, vencieron a los griegos y a los árabes, o si fue por el valor, la prudencia, la moderación y el espíritu de conformidad y de unión, verdaderas *potencias* del *estado social*. Entonces el Sultán hacía justicia y vigilaba sobre la disciplina; entonces se castigaba a los jueces prevaricadores y al gobernador concesionario; y la multitud vivía en la comodidad: el cultivador estaba libre de las rapiñas del genízaro y los campos prosperaban: los caminos estaban seguros y el comercio esparcía la abundancia. Vosotros erais bandidos coligados, pero entre vosotros erais justos; subyugabais los pueblos, no los oprimíais. Vejados por sus príncipes, preferían ser vuestros tributarios. ¿Qué me importa, decía el cristiano, que mi señor *adore o destruya las imágenes, siempre que me haga justicia? Dios juzgará su doctrina en los cielos.*

Vosotros erais sobrios y endurecidos, vuestros enemigos cobardes y enervados: vosotros erais diestros en las artes de la guerra: vuestros enemigos habían olvidado sus principios: vuestros jefes eran experimentados, vuestros soldados aguerridos y obedientes: el botín excitaba al ardor; el valor era recompensado y la cobardía y la indisciplina castigadas; todos los resortes del corazón humano así estaban en ejercicio; vencisteis más de cien naciones y con una multitud de reinos conquistados, fundasteis un imperio inmenso.

Pero otras costumbres vinieron después; y en los reveses que las acompañaron, fueron todavía las leyes de la naturaleza las que influyeron. Después de haber devorado a vuestros enemigos, vuestra codicia siempre agitada se volvió contra vosotros y concentrada en vuestro seno os ha devorado a vosotros mismos. Una vez enriquecidos, os dividisteis para la repartición de lo que teníais que gozar y se introdujo el desorden en todas las clases de vuestra sociedad. El sultán, embriagado en su propia grandeza, desconoció sus funciones y todos los vicios del poder arbitrario se desplegaron alrededor de él. No encontrando jamás obstáculos a sus placeres, se convirtió en un ser depravado; y como hombre débil y orgulloso, alejó de sí al pueblo; la

voz de éste no pudo guiarle ni instruirle. Ignorante y sin embargo adulado, menospreció la instrucción y el estudio, y vino a caer en la más estúpida incapacidad. Inepto totalmente para los negocios, cargó el peso de ellos sobre mercenarios que le engañaron. Para satisfacer sus propias pasiones, estimuló y extendió las ajenas; aumentó sus necesidades y su enorme lujo lo devoró todo: no tuvo bastante con la mesa frugal, con los vestidos modestos y las habitaciones reducidas de sus antepasados: para saciar su fausto, fue necesario agotar los mares y la tierra, hacer venir del polo las pieles exquisitas y del ecuador los tejidos más ricos, devoró en una sola comida los impuestos de una gran ciudad y en la manutención de un día las rentas de toda una provincia. Se rodeó de un enjambre de eunucos, mujeres y satélites. Habiéndole dicho que la virtud de los reyes era la liberalidad y la magnificencia, entregó los tesoros del pueblo a los aduladores. A imitación del dueño, los esclavos han querido tener casas suntuosas, muebles primorosas, tapices ricamente bordados, vasos de oro y de plata para los más viles usos, y todas las riquezas del imperio de las ha tragado el *serrallo*.

Los esclavos y las mujeres vendieron su crédito para satisfacer este lujo desenfrenado, y la venalidad introdujo una depravación general; ellos vendieron el favor soberano al visir, y éste vendió el imperio: ellos vendieron la ley al cadí, y éste vendió la justicia: ellos vendieron el templo al imán, y éste vendió los cielos, y lográndolo todo por el oro, se hizo lo posible para obtenerle. Por el oro, el amigo fue traidor a su amigo, el hijo a su padre, el criado a su amo, la mujer a su honor, el mercader a su conciencia; y desaparecieron del estado la buena fe, las costumbres, la concordia y la fuerza.

Y el bajá que compró el gobierno de una provincia, procuró sacar todo el partido posible por medio de exacciones exorbitantes, y de concusiones de todo género. Vendió también la cobranza de los impuestos, el mando de las tropas, la administración de los pueblos, y como todos los empleos *fueron transitorios*, la rapiña, difundida entre todas las clases, lo invadió todo. El aduanero explotó al mercader, y el comercio se perdió: el agá robó al cultivador y el cultivo disminuyó. El labrador no pudo sembrar por falta de fondos, ni pagar los impuestos, y ante la amenaza *del palo*, tuvo que empeñarse; el numerario se escondió por falta de seguridad; el *interés* fue enorme, y la usura del rico agravó la miseria del artesano.

Los accidentes de las estaciones y las sequías más grandes hicieron perder las cosechas; pero no por ésto hizo el gobierno gracias alguna en la cantidad ni en el tiempo de pagar los impuestos, y agobiando esta calamidad a los vecinos de un pueblo, una parte de ellos emigró; y debiendo repartirse las contribuciones entre los pocos que quedaban, se consumó su ruina, y la despoblación del país.

También sucedió que oprimidos muchos pueblos hasta el extremo por la tiranía y los ultrajes se sublevaron, y el bajá les hizo la guerra, allanó sus casas, robó sus muebles y sus ganados, y cuando el país quedó desierto, dijo: *¿Qué importa si yo me voy mañana?*

Las tierras entonces quedaron sin brazos que las cuidasen, y las lluvias o los torrentes desbordados formaron pantanos, cuyas emanaciones pútridas, en un clima ardiente, causaron epidemias, pestes y todo género de enfermedades: siguiendo a ésto mayor despoblación, miseria y ruina.

¡Oh, quién será capaz de referir todos los males de la tiranía!

Unas veces los bajás se hacen la guerra entre sí; y las provincias de un mismo estado se ven devastadas por sus querellas personales. Otras, por temor a sus tiranos o dueños, se inclinan a la independencia y atraen sobre el pueblo los castigos de su rebelión. No pocas, llaman y asalarian a extranjeros por desconfianza de sus súbditos, y para que les sean adictos les permiten todo género de vejaciones. Aquí promueven una causa a un hombre rico, y le despojan de sus bienes con un falso pretexto; allí se valen de testigos falsos, o imponen una contribución por un delito imaginario: en todas partes excitan el odio de las sectas, provocan sus delaciones para vejar cuanto puedan, robando y maltratando a las personas; y cuando su avaricia insaciable tiene acumuladas en un punto todas las riquezas del país usando el gobierno de una perfidia execrable, y fingiendo desagraciar al pueblo oprimido, atrae a sí sus despojos con los del culpado, y derrama inútilmente la sangre por un crimen de que es cómplice.

¡Oh perversos, monarcas o ministros, que así sacrificáis la vida y los bienes de los pueblos! ¿Sois vosotros, acaso, los que habéis dado el aliento al hombre, para quitárselo de este modo? ¿Sois vosotros los que hacéis nacer los productos de la tierra, para disiparlos? ¿Os fatigáis en labrar los campos? ¿Sufrís el ardor del sol, el afán de la sed al segar las mieses y al trillarlas? ¿Trasnocháis en el campo raso como el pobre pastor? ¿Atravesáis los campos como el activo mercader? ¡Ah!, cuando he visto la crueldad y el orgullo de los poderosos, dominado por la indignación he dicho con vehemencia: *¡Y qué, no se levantarán sobre la tierra hombres que venguen a los pueblos y castiguen a los tiranos! ¡Un pequeño número de bandidos devora a la multitud, y ésta se deja devorar! ¡Oh pueblos envilecidos, desconocéis vuestros derechos! Toda autoridad reside en vosotros, todo poder es vuestro. En vano los reyes os mandan en nombre de Dios y en nombre de su lanza; soldados, quedad inmóviles: si Dios sostiene a los sultanes, vuestro socorro debe ser inútil, porque su espada les basta y no necesitan de la vuestra: veamos de este modo lo que pueden por sí solos...* En efecto, los soldados bajaron sus armas; al momento se vieron los *dueños del mundo* tan débiles como los últimos de sus súbditos. Pueblos, sabes, pues, que aquéllos que os gobiernan son vuestros *jefes* y no vuestros *señores*; vuestros *administradores* y no vuestros *propietarios*; que no tienen autoridad sobre vosotros, sino por vosotros y por vuestro beneficio; que vuestras riquezas son vuestras y ellos son los *responsables*; que reyes o vasallos, a todos ha hecho Dios *iguales*, y que ninguno de los mortales tiene derecho para oprimir a sus semejantes.

Pero esta nación y sus jefes han desconocido tan santas verdades... ¡Pues bien!, ellos sufrirán las consecuencias de su ceguedad... La sentencia está dada y se acerca el día en que roto el pedestal del coloso, se desplomará bajo el peso de su propia mole. Sí, yo lo juro por las *ruinas de tantos imperios destruidos*; el de la *media luna* sufrirá la misma suerte que los estados que le imitan. Un pueblo extranjero echará a los sultanes de su metrópoli; el *trono de Orkán será destruido y el último vástago de su raza privado de la facultad de dominar*. Entonces, privada de su jefe, la horda de los *Ogucianos* <15> se dispersará como la de los *Nogáis*; y en esta disolución, libres del yugo que los oprimía, los pueblos del imperio recuperarán sus antiguas distinciones, y vendrá una anarquía general como en el imperio de los *Sofis*, hasta que aparezcan entre los Arabes, los Armenios o los Griegos, algunos legisladores que rehagan de nuevo sus estados... ¡Oh, si hubiese sobre la tierra hombres profundos y atrevidos, qué elementos de grandeza y de gloria no podrían encontrar!... Pero ya suena la hora del destino. El grito de guerra hiere mis oídos y la catástrofe va a comenzar. En vano opone el Sultán sus armas, porque sus ignorantes soldados los veo batidos y dispersos: en vano llama a

sus *vasallos*, porque tienen sus corazones helados, y responden: *Así está escrito, ¿y qué importa que sea otro nuestro dueño, si no podemos ganar con el cambio?* En vano invocan al cielo y al profeta los verdaderos creyentes; el profeta murió, y el cielo implacable les responde: *Cesad de invocarme; vosotros habéis causado vuestros males; aplicad el remedio vosotros mismos. La naturaleza ha establecido leyes y a vosotros os toca practicarlas: observad, raciocinad, aprovechad la experiencia. Lo que pierde al hombre es sulocura, y la sabiduría lo que le salva. Si los pueblos son ignorantes, que se instruyan; si sus jefes son perversos, que se mejoren y corrijan, porque tal es el decreto de la naturaleza; y como los males de las sociedades provienen de la codicia y de la ignorancia, los hombres no cesarán de verse en la desgracia, sino cuando sean ilustrados y sabios, y practiquen el arte de la justicia, fundado en el conocimiento de sus relaciones y en las leyes de su organización".*

CAPÍTULO XIII

¿SE MEJORARÁ LA ESPECIE HUMANA?

Cuando oí estas palabras, me sentí oprimido por el dolor que me causó su severidad, y exclamé, anegado en llanto: "¡Desgraciadas las naciones!, ¡desgraciado de mí mismo! ¡Ay!, ahora es cuando desconfío de la felicidad del hombre. Si sus males proceden de su corazón, si él sólo es el único que puede remediarlos, ¡desgraciada para siempre será su existencia! ¿Quién podrá en efecto poner un freno a la codicia del fuerte y del poderoso? ¿Quién podrá ilustrar la ignorancia del débil? ¿Quién instruirá a la multitud en sus derechos y obligará a los jefes a llenar sus deberes? De aquí se sigue que la generación del hombre está condenada para siempre a padecer. De aquí se sigue que el individuo no dejará de oprimir al individuo, una nación de atacar a otra, y que nunca renacerán para estas regiones días de gloria y de prosperidad. ¡Ay de mí!, vendrán conquistadores, arrojarán a los opresores, se establecerán en su lugar, pero sucediendo a su poder, sucederán también a su rapacidad y la tierra cambiará de tirano sin haber cambiado de tiranía".

Entonces, volviéndome hacia el Genio, le dije: "¡Oh Genio!, la desesperación se ha apoderado de mi alma: el conocimiento de la naturaleza del hombre, la *perversidad de los que gobiernan* y el *envilecimiento* de los gobernados me hacen enojosa la vida; y cuando no hay qué escoger, más que entre ser víctima o cómplice de la opresión, ¿qué puede hacer el hombre virtuoso, sino reunir sus cenizas con las de las tumbas?".

El Genio calló por algún tiempo y dirigiéndome una mirada severa y compasiva, dijo: "¡Luego en morir consiste la virtud! ¡El hombre perverso ha de ser infatigable en consumir el crimen, y el justo ha de arredrarse ante el primer obstáculo para hacer el bien!... Pero así es el corazón humano; un buen éxito le llena de confianza; un revés le abate y le consterna: entregado enteramente a las sensaciones del momento, no juzga de las cosas por su naturaleza, sino por la vehemencia de su pasión. Hombre que desesperas del género humano, ¿sobre qué cálculo profundo de hechos y de raciocinios has fundado tus decisiones? ¿Has investigado la organización del ser sensible, para determinar con exactitud si los móviles que le conducen a la felicidad son rigurosamente más débiles que los que le alejan de ella? ¿O te has asegurado de que es

imposible que progrese, cuando has visto la historia de la especie humana, y juzgado de lo futuro por el ejemplo de lo pasado? ¡Responde! ¿no han dado las sociedades desde su origen algún paso hacia su instrucción y mejoramiento? ¿Están todavía los hombres en los bosques, faltos de todo, ignorantes, feroces y estúpidos? ¿Se encuentran las naciones en aquellos tiempos en que no se veían sobre el globo más que bandidos brutales y envilecidos esclavos? Si en algún tiempo y en algunos parajes se han mejorado los individuos, ¿por qué la totalidad no podrá mejorarse? Si se han perfeccionado algunas sociedades particulares, ¿por qué no se perfeccionará la sociedad toda? Y si se han vencido los primeros obstáculos, ¿por qué los otros han de ser insuperables?

¿Tendrías la intención de pensar que la especie va degenerando? Guárdate de la ilusión y de las paradojas del *misántropo*: el hombre, descontento siempre de lo presente, atribuye a lo pasado una perfección falsa, que no es más que la máscara de su tristeza. Elogia a los muertos en odio a los vivos, y golpea a los hijos con los huesos de sus padres.

Para demostrar una supuesta perfección retrógrada, fuera preciso desmentir el testimonio de los hechos y de la razón; y si son erróneos los datos anteriores sería forzoso desmentir el hecho subsistente de la organización del hombre; sería preciso probar que nace con el uso expedito de todos sus sentidos; que sabe distinguir el veneno mortífero del alimento sano, sin el auxilio de la experiencia; que el niño es más cuerdo que el anciano, el ciego está más seguro de sus pasos que el que tiene vista de lince; que el hombre civilizado es más feliz que el antropófago; en una palabra, que no existe escala alguna progresiva de experiencia y de instrucción.

Joven inexperto, cree, cree en la voz de los sepulcros y en el testimonio de los monumentos: es muy cierto que algunos países han decaído; pero si un espíritu sano sondease lo que constituyó entonces la sabiduría y la felicidad de sus habitantes, vería que hubo en su gloria mucho esplendor y poca solidez: vería que aún en los estados antiguos más ponderados, existieron abusos crueles y vicios enormísimos, de donde provino su fragilidad y que en general las constituciones de los gobiernos eran atroces; que reinaban entre los pueblos principios abominables de rapacidad, guerras bárbaras, odios implacables; que se ignoraba el derecho natural, que la moralidad estaba pervertida por un fanatismo insensato, por unas supersticiones miserables, que cualquier sueño, visión u oráculo, causaban a cada instante funestísimas y hondas conmociones; y que, aún cuando no se hayan curado completamente los pueblos de tantos males, ha disminuido sin embargo su intensidad; y la experiencia de lo pasado no se ha perdido totalmente para lo futuro. Sobre todo, las luces se han extendido y propagado de tres siglos a esta parte; la civilización ha hecho progresos muy notables, favorecida por oportunas circunstancias: los inconvenientes mismos y los abusos le han sido ventajosos; porque si las conquistas han dilatado mucho los estados, los pueblos reunidos bajo un mismo yugo han perdido aquel espíritu de aislamiento y de división que los hacía a todos enemigos: si los poderes se han reconcentrado, han admitido en su administración más unidad y mayor armonía: si las guerras se han hecho más universales, sus efectos han sido menos destructores: si los pueblos han disminuido su encarnizamiento y su energía, las luchas han sido menos sangrientas y obstinadas: verdad es que no han sido tan libres, pero también han sido menos turbulentos, más dóciles y más pacíficos. Hasta el despotismo les ha favorecido algunas veces; porque si los gobiernos han sido más absolutos, han sido al propio tiempo menos inquietos y menos borrascosos; si los tronos se han convertido en propiedades, este mismo título de herencia a excitado menos disensiones, y los pueblos han sufrido menos sacudimientos; si

en fin, los déspotas, celosos y solapados, han prohibido el conocimiento de su administración y toda rivalidad en el manejo de los negocios, separadas así las pasiones de la carrera política, se han dedicado a las artes y a las ciencias naturales; y la esfera de las ideas se ha extendido; entregado el hombre a los estudios abstractos, ha conocido mejor el destino que le indicaba la naturaleza y sus relaciones en la sociedad; se han discutido mejor los individuos, han sido las costumbres más sociables y la vida más dulce: la especie humana en general ha ganado infinito en ciertos parajes, y no pudo menos de hacer progresos notables este mejoramiento, porque desaparecieron aquellos dos obstáculos principales, que lo habían hecho tan lento o retrógrado, cuales son la dificultad de transmitir y comunicar rápidamente sus ideas.

En efecto, entre los antiguos pueblos, cada cantón, cada ciudad, estaba aislada de todas las demás por la *diferencia de su idioma*, y de aquí resultaba un caos favorable para la ignorancia y la anarquía. No había cambio de ideas, ni de inventos, ni armonía de intereses y de voluntades, ni unidad de acción y de conducta: además de ésto, todos los medios de esparcir y transmitir las ideas se reducían a *la palabra fugitiva e imitada, y a unos escritos de larga ejecución, y tan dispendiosos como raros*; seguíase de aquí el impedimento de toda instrucción para lo presente, la pérdida de las experiencias de una en otra generación, la inestabilidad y retrogradación de las luces, la perpetuidad del caos y la infancia social.

Al contrario, en el estado moderno, y sobre todo en el de Europa, han contraído una especie de alianza naciones muy considerables por la identidad del idioma, se han establecido comunidades de opinión muy grandes, se han reunido los espíritus, y los corazones se han dilatado: por consecuencia ha podido haber concordancia de ideas y unidad de acción. Posteriormente *un arte divino, un don sagrado del ingenio*, LA IMPRENTA, ha facilitado los medios de esparcir y comunicar al mismo tiempo una propia idea a millones de hombres y fijarla de un modo estable, sin que el despotismo de los tiranos pueda contenerla ni destruirla; así se ha formado un caudal progresivo de instrucción, una atmósfera creciente de luces que aseguran sólidamente para lo sucesivo su mejoramiento. Y este mejoramiento es también efecto necesario de las leyes de la *naturaleza*; a causa de que por la *ley de la sensibilidad* el hombre tiende tan invenciblemente a ser *dichoso*, como *el fuego a subir, la piedra a caer y el agua a nivelarse*. El obstáculo único es su *ignorancia*, que le extravía en los medios, y le engaña en los efectos y las causas. A fuerza de experiencia se instruirá; a fuerza de errores se corregirá; y será prudente y bueno, *porque tiene interés en serlo*: comunicándose en una nación las ideas de una clase a otras, la instrucción será general y vulgar la ciencia; y todos los hombres conocerán cuáles son los principios de la felicidad pública, sus relaciones, sus derechos y sus deberes en el orden social; aprenderán a librarse de las exageraciones de la ambición; conocerán que *la moral es una ciencia física*, compuesta, es verdad, de elementos complicados en su acción, pero sencillos e invariables en su naturaleza, porque son los elementos mismos de la organización del hombre. Comprenderá al mismo tiempo que deben ser *moderados y justos*; porque en ésto estriba el bienestar de cada uno; pues querer gozar a costa de otro, es un cálculo falso de la ignorancia, porque resultan las represalias, los odios, las venganzas; y la falta de probidad es el efecto constante de la ignorancia.

Los individuos todos, conocerán que su propia dicha está ligada con la de la sociedad; los débiles, que, lejos de separar sus intereses, deben unirlos, porque la igualdad es la que constituye su fuerza; los ricos, que la naturaleza de los placeres está limitada por la constitución de los órganos, y que el fastidio sigue inmediatamente a la saciedad; el pobre, que, sólo en el empleo del tiempo y en

la paz del corazón consiste el más alto grado de la felicidad humana.

Y alcanzando la opinión pública hasta a los reyes sobre sus tronos, los obligará a contenerse en los límites de una autoridad regular y mesurada.

El acaso mismo favorecerá también a los pueblos, dándoles en unas ocasiones *jefes incapaces, que, por debilidad, los dejarán ser libres*, y en otras, *jefes ilustrados, que, por virtud, les darán la libertad*.

Y cuando existan sobre la tierra *grandes individuos, o cuerpos de naciones ilustradas y libres*, sucederá con la especie lo que sucede con sus elementos; la comunicación de las luces de una parte se extenderá de uno en otro, hasta ganar el todo. Por la *ley de la imitación, el ejemplo de un pueblo será seguido por los otros y adoptarán su espíritu y sus leyes*. Los déspotas mismos viendo que no pueden mantener su poder sin la justicia y la bondad, suavizarán su conducta por necesidad y emulación; y se civilizarán los hombres.

De este modo se establecerá entre los pueblos un *equilibrio de fuerzas*, que, conteniéndolos en el respeto de sus derechos recíprocos, hará cesar los bárbaros usos de la guerra, y *someterá a medios o pactos civiles el juicio de sus desavenencias*; y la especie entera se convertirá en una *gran sociedad*, en una *misma familia* gobernada por un propio espíritu y por leyes comunes, que gozará de toda la felicidad posible en la especie humana. Esta labor será larga sin duda, porque es preciso que un mismo movimiento se propague en un cuerpo inmenso; que una misma levadura asimile una masa enorme de partes heterogéneas; pero se verificará este movimiento y ya se anuncian los presagios de esta suerte futura. Ya se ve, que recorriendo en marcha la *gran sociedad* los mismos trámites que las *sociedades particulares*, indica que tiende a los mismos resultados. Disuelta al principio en todas sus partes, vio a sus miembros por mucho tiempo sin coherencia alguna; y el aislamiento general de los pueblos formó su *edad primera de infancia y anarquía*: dividida después por la casualidad en sus secciones irregulares de estados y de reinos, experimentó los efectos funestos de la extremada desigualdad de las riquezas y de las condiciones; y la *aristocracia de los grandes imperios* formó su *segunda edad*: posteriormente estos *grandes privilegiados* se disputaron el predominio, y de aquí se siguió el período del *choque de las acciones*. Pero al presente, cansados los partidos de sus discordias y conociendo la necesidad de las leyes, suspiran por la época del orden y de la paz. Que se manifieste ese *jefe virtuoso*, que aparezca ese *pueblo fuerte y justo*, y la tierra se levantará hasta el poder supremo: ese *pueblo legislador* deseado y solicitado, mi corazón le anuncia...". Y volviendo la cabeza al lado del Occidente: "Sí, continuó, ya un sordo rumor llega a mis oídos: un grito de *libertad*, pronunciado en climas distantes, ha resonado en el mundo antiguo. A este grito se levanta un murmullo secreto, en un gran pueblo, contra toda opresión; una inquietud saludable le alarma acerca de su estado presente: se interroga sobre lo que es, sobre lo que debía ser; y sorprendido de su debilidad, busca solícito cuáles son sus derechos, cuáles sus medios, y examina la conducta de sus gobernantes... Esperemos un día, una *reflexión*... y se verá nacer un movimiento inmenso, y aparecer un siglo nuevo: siglo de admiración para las almas vulgares, de sorpresa y de espanto para los tiranos, de *libertad* para un gran pueblo y de esperanza para toda la tierra".

CAPÍTULO XIV

GRAN OBSTÁCULO PARA LA PERFECCIÓN

Calló el Genio... pero mi inquieto espíritu con muy tristes reflexiones pugnaba contra la persuasión, y temiendo ofenderle con esta resistencia, guardé silencio... Después de algún tiempo, volviéndose hacia mí, y dirigiéndome penetrantes miradas... "Callas, dijo, ¡y tu corazón se agita con sentimientos que no te atreves a manifestar!..." Turbado y perplejo, respondí: "¡Oh Genio sagacísimo!, te ruego perdones mi debilidad: sin duda tu boca no puede proferir sino la *verdad* pura, mas tu celestial inteligencia comprende claramente toda su fuerza cuando mis sentidos groseros no me ofrecen más que *oscuridad*. Lo confieso: la convicción no ha penetrado en mi alma y he creído que mis dudas podrían ofenderte".

"¿Y qué tiene la *duda*, respondió, que pueda hacerla criminal? ¿Es dueño el hombre de sentir de otro modo distinto del que es propio en aquéllo que le afecta?... Si una verdad es palable y de una práctica conveniente, compadezcamos al que la desconoce, pues el castigo seguirá a su obcecación. Pero si es incierta, equívoca, ¿cómo podrá presentar el carácter que no tiene? Creer sin evidencia, sin demostración, es un acto de ignorancia y de tontería: el crédulo se pierde en un laberinto de inconsecuencias; el sensato examina, discute, a fin de estar de acuerdo con sus opiniones; y el hombre de buena fe, sufre la contradicción, porque ella sola es la que hace descubrir la evidencia: la violencia es propia de la mentira, y obligar a creer es acto propio de un tirano".

Animado yo con estas palabras, dije al Genio: "Si mi razón es libre, puedo decirte que procuro en vano confiar en la esperanza lisonjera con que pretendes consolarla: el alma sensible y virtuosa cede fácilmente a las ilusiones de la felicidad; pero pronto la desengaña una realidad cruel haciéndola sentir el dolor y la miseria. Cuanto más medito sobre la naturaleza del hombre y mejor examino el estado actual de las sociedades, menos posible me parece que lleguen a ser prudentes y felices. Recorro con mi vista toda la superficie de nuestro hemisferio, y no veo el germen, ni descubro el móvil de una revolución dichosa.

El Asia entera está sumergida en las más profundas tinieblas. El chino, regido por el *despotismo* del *palo*, ciego por la superstición, encadenado por el vicio radical de su idioma y más aún por su escritura indescifrable, parece un aborto de la civilización o un pueblo autómatas. El indio, abrumado de preocupaciones, sujeto con los lazos sagrados de sus castas, vegeta en una apatía incurable. El tártaro, errante o fijo, siempre estúpido y feroz, vive en la misma barbarie en que vivían sus abuelos. El árabe, dotado de un genio brillante, pierde su fuerza y el fruto de sus virtudes naturales en la anarquía de sus tribus y entre los celos de sus familias. El africano, degradado hasta de la condición de hombre, parece estar entregado para siempre a la humillante esclavitud. En el norte, no veo más que siervos envilecidos y *rebaños* de pueblos, de los cuales se burlan los grandes *propietarios*.

En todas partes la ignorancia, la tiranía y la miseria han llenado de estupor a las naciones; y los hábitos viciosos que depravan los sentidos naturales, han destruido hasta el instinto de la verdad y de la dicha. Es verdad que en algunos puntos de Europa ha empezado la razón a tomar algún vuelo; ¿pero acaso en ellos son comunes a las naciones los conocimientos de los particulares? ¿Las luces de los gobiernos han producido algunas ventajas a los pueblos? Y estos mismos pueblos que se suponen civilizados, ¿no son los que de tres siglos a

esta parte llenan la tierra con sus injusticias? ¿no son ellos los que bajo el pretexto del comercio, han devastado la India, despoblado un nuevo continente, y sometido el Africa a la más bárbara de las esclavitudes? ¿Podrá nacer la libertad del seno de los tiranos?, ¿y se podrá distribuir la justicia por manos codiciosas e impuras? ¡Oh Genio!, yo he visto los países civilizados, y la ilusión que había concebido respecto a su sabiduría se disipó al observarlos: he visto las riquezas acumuladas en pocas manos y a la multitud pobre y desnuda: he visto todos los derechos, todos los poderes concentrados en algunas *clases*, y a la masa de los pueblos pasiva y miserable: he visto las *familias de los príncipes*, y no el *cuerpo de la nación*; el interés del gobierno y no el bien público; en fin, he visto que toda la ciencia de los que mandan se reducía a oprimir con prudencia; y por lo tanto me ha parecido irremediable la esclavitud refinada de los pueblos civilizados. Sobre todo, un obstáculo ha fijado profundamente mi atención. Dirigiendo mis miradas sobre el globo, le he visto dividido en veinte sistemas diferentes de cultos: cada nación ha recibido o se ha formado unas opiniones religiosas contrarias; y atribuyéndose exclusivamente la profesión de la verdad, cree a los demás en el error. Ahora bien, si como es un hecho afirmado por su misma discordancia, que el mayor número de los hombres se engaña, aunque de buena fe, se sigue de aquí que nuestro espíritu *crea la mentira como la verdad* y entonces, ¿qué medios quedan para descubrirla? ¿Cómo podrá desvanecerse el error, una vez que se haya apoderado del espíritu? ¿Cómo será posible, sobretodo, quitarse la venda de los ojos, cuando el primer artículo de cada creencia, el primer dogma de todas las religiones es la proscripción absoluta de *la duda, la prohibición del examen y la negación del raciocinio*? ¿Qué hará en este caso la verdad para darse a conocer? Si se presenta con las pruebas de la razón el hombre pusilánime rehusa el testimonio de su conciencia; si invoca la autoridad de las potencias celestiales, el hombre preocupado le opone una autoridad del mismo género, y considera como una herejía toda innovación. Así es como los hombres, contentos al parecer con su ceguera, y cargándose voluntariamente de cadenas, se han entregado para siempre e indefensos a merced de la ignorancia y de sus pasiones. Para libertarse de un cúmulo de trabas tan fatales, fuera menester un concurso también inaudito de felices circunstancias. Sería preciso que curada una nación entera del delirio de las supersticiones, fuese inaccesible a los impulsos del fanatismo; que libre del yugo de una falsa doctrina, se impusiese un pueblo a sí propio el de la verdadera moral y la razón, que fuese al mismo tiempo *atrevido y prudente*, instruido y dócil; que cada individuo, conociendo sus derechos, no rebasara los límites; que el pobre supiese resistir la seducción y el rico la avaricia; que se hallasen jefes desinteresados y justos; que los tiranos se desprendieran de su espíritu de desvarío y demencia; que sintiese el *pueblo*, al recobrar sus derechos, que no puede ejercerlos sino por medio de los órganos que debe elegir; que el elector de sus magistrados, supiese al mismo tiempo censurarlos y respetarlos, que tras esta reforma repentina de toda una nación acostumbrada a vivir de abusos, cada individuo lejos de creerse contrariado sufriese con paciencia las privaciones y el cambio de sus hábitos, y que esta nación, en fin, fuese bastante instruida para afianzar sus progresos, bastante poderosa para defenderlos y bastante generosa para transmitirlos a otras. ¿Pero tantas condiciones podrán reunirse alguna vez? Y aún cuando en sus combinaciones infinitas la suerte produjera tanto bien, ¿tendría yo la dicha de gozarlo o llegará mucho después de que estén yertas mis cenizas?".

Al decir estas palabras, mi pecho oprimido no me permitió hablar más... El Genio tampoco me respondió; pero oí que decía en voz baja: "Sostengamos la esperanza de este hombre, porque si el que ama a sus semejantes se desalienta, ¿qué será de las naciones? Y lo pasado es muy bastante para que

desmaye el valor. ¡Pues bien!, anticipemos los futuros tiempos; descubramos a la virtud el siglo asombroso que está pronto a nacer, al fin de que a la vista del objeto que se desea, se reanime con nuevo ardor, y redoble los esfuerzos que debe hacer para lograr su propia ventura".

CAPÍTULO XV

EL SIGLO NUEVO

Cuando acabó de pronunciar estas palabras se oyó del lado de occidente un ruido muy grande, y volviendo hacia él la vista, observé a la extremidad del Mediterráneo, en una de las naciones de Europa un movimiento prodigioso, como el que se ve en medio de una gran ciudad cuando estalla por todas partes una sedición violenta, y el pueblo innumerable se agita y revuelve como las olas de un mar embravecido, por las calles y las plazas públicas. Heridos al propio tiempo mis oídos por los gritos que llegaban hasta el cielo, distinguí a intervalos las siguientes frases:

"¿Qué prodigio nuevo es éste?, ¿qué plaga cruel y desconocida es ésta? Somos una nación numerosa, ¡y parece que no tenemos brazos! Poseemos un suelo fertilísimo, ¡y carecemos de producciones! Somos activos y laboriosos, ¡y vivimos en la indigencia! Pagamos enormes tributos, ¡y nos dicen que no son suficientes! Estamos en paz con las naciones vecinas, ¡y nuestros bienes no están seguros entre nosotros mismos! ¿Cuál es pues el enemigo oculto que nos devora?".

Y algunas voces que salían del medio de la multitud, respondieron: "Levantad una bandera en torno de la cual se reúnan todos los que por medio de útiles trabajos mantienen y conservan la sociedad y entonces conoceréis al enemigo que os devora".

Alzada, en efecto, la bandera, se vio esta nación repentinamente dividida en *dos cuerpos desiguales* y de aspecto que formaba contraste: el *uno, innumerable, casi total*, revelaba en la pobreza de sus ropas y en los rostros curtidos y descarnados, los indicios de la miseria y del trabajo; el otro *grupo, pequeñísimo, fracción imperceptible*, por sus galas de oro y plata y por la lozanía de sus rostros, denotaba holgazanería y abundancia.

Y considerando estos hombres con mayor atención, reconocí que el *gran cuerpo* estaba compuesto de labradores, de artesanos, de mercaderes y de todas las profesiones estudiosas útiles a la sociedad y que en el *pequeñísimo grupo* sólo se encontraban curas y ministros del culto de todas las jerarquías, empleados del fisco y de otras varias clases, con uniformes, libreas y otros distintivos, en fin, agentes religiosos, civiles o militares del gobierno.

Y como estaban estos dos cuerpos frente a frente observé que de una parte, nacía la cólera y la indignación, y de la otra, una especie de *terror*; y el *gran cuerpo* dijo al *más pequeño*:

"¿Por qué estáis separados de nosotros? ¿No sois una parte de nosotros mismos?".

"No, respondió el *grupo pequeñísimo*: vosotros sois el *pueblo*; nosotros somos una *clase distinguida*, que tenemos nuestras leyes, nuestros usos y nuestros derechos particulares".

EL PUEBLO

¿Y de qué trabajo vivís en nuestra sociedad? <16>

LA CLASE PRIVILEGIADA

Nosotros no hemos nacido para trabajar.

EL PUEBLO

¿Cómo habéis adquirido tantas riquezas?

LA CLASE PRIVILEGIADA

Tomando el cuidado de gobernaros.

EL PUEBLO

¡Qué decís!, nosotros nos fatigamos, ¡y vosotros gozáis!, nosotros producimos, ¡y vosotros disipáis! Las riquezas provienen de nosotros, vosotros las absorbéis, ¿y ésto decís que es gobernar?... *Clase privilegiada*, cuerpo distinto que no eres pueblo, forma nación separada y veremos cómo subsistes.

Entonces, el grupo pequeñísimo deliberó sobre este nuevo incidente y algunos hombres justos y generosos dijeron: Es preciso reunirnos al pueblo y participar de sus cargas y ocupaciones, porque son hombres como nosotros y nuestras riquezas provienen de ellos. Pero otros dijeron con orgullo: No: sería una vergüenza confundirse con la multitud que ha nacido para servirnos: ¿no somos nosotros de origen noble y de la raza de los conquistadores de este imperio? Recordémosles a esta multitud nuestros derechos y su origen.

LOS NOBLES

¡Pueblo! ¿Olvidáis que nuestros antepasados conquistaron este país y que si tus antecesores obtuvieron su salvación, fue a condición de servirnos? Ve nuestro contrato social; ve el gobierno constituido por el uso y prescrito por el transcurso del tiempo.

EL PUEBLO

Vosotros, raza de conquistadores, manifestadnos vuestra genealogía y entonces veremos si lo que en un individuo es robo y rapiña, puede ser virtud tratándose de una nación.

Y al instante se oyeron voces en diferentes puntos, que llamaban por sus nombres una multitud de nobles; y citando su origen y sus parientes, nombraban a sus abuelos, bisabuelos y a sus mismos padres que habían nacido mercaderes, artesanos y después de haberse enriquecido, sin detenerse en los medios, habían comprado a peso de oro su nobleza: de suerte que un pequeño número de familias eran realmente de linaje antiguo. ¡Mirad, decían, mirad a

estos hombres ricos, que no reconocen a sus parientes; mirado estos plebeyos de ayer que se creen hoy de rancia nobleza. Y ésto causó rumores y carcajadas. Algunos hombres astutos gritaron y dijeron: Pueblo bondadoso y fiel, reconoce la autoridad *legítima* <17>; el rey lo quiere y la ley lo ordena.

EL PUEBLO

Clase privilegiada, cortesanos de la fortuna, dejad a los reyes que se expliquen: los reyes no deben querer más que la dicha de todos nosotros, que somos *el pueblo* y la ley no puede ser más que la equidad.

Y a ésto dijeron los militares privilegiados: la multitud no sabe obedecer sino a la fuerza, es menester reprimirla. Soldados, castigad al pueblo rebelde.

EL PUEBLO

¡Soldados!, vosotros sois nuestra propia sangre: ¿seréis capaces de ofender a vuestros parientes y hermanos? Si el pueblo perece, ¿quién mantendrá el ejército?

Y los soldados, bajando las armas, dijeron: También nosotros somos pueblo, sepamos quién es el enemigo.

Al ver ésto, manifestaron los privilegiados eclesiásticos, que ya sólo quedaba un recurso: aprovecharse de la superstición del pueblo y espantarlo con el nombre de Dios y de la religión.

¡Amados hermanos! ¡hijos nuestros! Dios nos ha instituido para gobernaros.

EL PUEBLO

Mostradnos vuestros poderes celestiales.

LOS SACERDOTES

Tened fe: la razón se extravía.

EL PUEBLO

¿Gobernáis sin razonar?

LOS SACERDOTES

Dios quiere la paz: la religión prescribe la obediencia.

EL PUEBLO

La paz supone justicia; la obediencia la convicción de un deber.

LOS SACERDOTES

No hemos venido a este mundo más que para sufrir.

EL PUEBLO

Pues dadnos el ejemplo.

LOS SACERDOTES

¿Viviréis sin Dios y sin reyes?

EL PUEBLO

Queremos vivir sin tiranos.

LOS SACERDOTES

Necesitáis de *mediadores*, de *intermediarios*.

EL PUEBLO

¡Mediadores cerca de Dios y de los reyes! Cortesanos y sacerdotes: vuestros servicios son demasiado dispendiosos y nosotros trataremos directamente nuestros negocios.

Entonces el *grupo pequeñísimo* dijo: "Todo está perdido, la multitud se ha ilustrado".

Y el pueblo respondió: "Todo se salvó, porque habiéndonos ilustrado, ni abusaremos de nuestra fuerza, ni pretenderemos más que nuestros derechos. Teníamos resentimientos, pero los olvidamos: éramos esclavos, podíamos mandar, y sólo queremos ser *libres* y la libertad no puede ser más que la justicia <18>".

CAPÍTULO XVI

UN PUEBLO LIBRE Y LEGISLADOR

Entonces, al considerar que los poderes públicos se habían interrumpido y que repentinamente había cesado el régimen habitual de este pueblo, temí que pudiera caer en la disolución y en la anarquía y esta idea me llenó de espanto; pero muy pronto reparé que, deliberando sobre su situación, dijo:

"No basta haber sacudido el yugo de los parásitos y de los tiranos, es menester impedir que renazcan. Nosotros somos *hombres*, y la experiencia nos ha enseñado, por desgracia, la tendencia que tenemos a dominar y a poseer a expensas de otros. Es preciso, pues, evitar una inclinación que fomenta la discordia: es preciso establecer *reglas positivas* de nuestras *acciones* y de nuestros *derechos*. Ahora bien: el *conocimiento* de estos derechos, el *juicio* de estas acciones, son unas cosas abstractas y difíciles, que exigen todo el tiempo y todas las facultades de un hombre. Ocupados nosotros en nuestros trabajos, no podemos dedicarnos a semejantes estudios, ni ejercer por nosotros mismos tales funciones. Escojamos algunos hombres que las desempeñen; *deleguémosles* nuestros poderes comunes para crearnos un gobierno y leyes:

constituyámosles *representantes* de nuestras *voluntades* y de nuestros *intereses*. Y a fin de que sean en efecto una representación tan fiel como sea posible, elijámoslos *numerosos e iguales a nosotros*, para que la diversidad de nuestras voluntades y de nuestros intereses se encuentre reunida en todos ellos".

Así se hizo: y habiendo escogido el pueblo en su mismo seno, aquel número considerable de hombres que juzgó oportuno para sus propósitos, les dejó: "Hemos vivido hasta ahora en una *sociedad* formada por el *acaso*, sin *bases fijas*, sin *convenios libres*, sin estipulación de derechos y resultó de este fatal estado el desorden y nuestra desgracia. Hoy queremos de intento muy pensado, establecer un contrato regular y os hemos elegido para extender los artículos: examinad maduramente cuáles deben ser sus bases y sus condiciones. Investigad con esmero *cuál es el fin*, cuáles son los principios de *toda asociación*; conoced los *derechos* que cada individuo tiene a ella, las facultades que *transmite* y las que debe conservar; trazad nuestras *reglas* de conducta y *leyes* equitativas, estableced un nuevo sistema de gobierno, porque conocemos que han sido muy biciosos los principios que nos han guiado hasta el día. Nuestros padres marcharon por las sendas de la *ignorancia*, y la *costumbre* de seguirlos nos ha descarriado. Todo se ha hecho por violencia, por fraude o por seducción y las verdaderas leyes de la moral y de la razón están oscurecidas. Ponedlas en claro, descubrid sus relaciones, publicad su código y nosotros nos conformaremos con él".

El pueblo, entonces, levantó un trono inmenso en forma de pirámide y haciendo sentar en él a los hombres que había elegido, les habló, de este modo: "Os levantamos ahora sobre nosotros, a fin de que podáis descubrir mejor el conjunto de nuestras relaciones y seáis superiores a toda pasión que pudiese obcecaros. Pero acordaos de que sois nuestros semejantes; que el poder que os conferimos es nuestro; que os lo damos en depósito y no en propiedad o herencia; que habéis de ser los primeros en obedecer las leyes que forméis; que después bajaréis a donde estamos y que no habréis adquirido otro derecho que el de la estimación y de la gratitud. Y no olvidéis el tributo de gloria con que el universo que ha visto tantos *apóstoles* del error, honrará la *primera asamblea de hombres razonables* que reconozca solemnemente los principios inmutables de la justicia y consagre los derechos de las naciones ante la faz de los tiranos".

CAPÍTULO XVII

BASE UNOVERSAL DE TODO DERECHO Y TODA LEY

Los *hombres elegidos* por el pueblo para fijar los verdaderos principios de la moral y de la razón, procedieron a realizar su sagrado encargo; y después de un largo examen, habiendo descubierto un principio universal y fundamental, se levantó un legislador y dijo al pueblo: "He aquí la *base primitiva*, el origen *físico* de toda justicia y de todo derecho.

"Cualquiera que sea la potencia activa, la causa motriz que rija el universo, habiendo dado a todos los hombres los mismos órganos, las mismas sensaciones y necesidades, ha declarado, por este mismo hecho, que daba a todos, los propios derechos al uso de sus bienes y que TODOS LOS HOMBRES

SON IGUALES EN EL ORDEN DE LA NATURALEZA".

"En segundo lugar, es cosa indudable que habiendo dado a cada uno los *medios suficientes* para proveer a su existencia, les ha constituido a todos en seres *independientes* y les ha creado *libres*, de modo que ninguno esté sometido a otro y que cada uno sea *propietario absoluto* de *sí mismo*".

"Resulta, pues, que la *igualdad* y la *libertad* son dos *atributos esenciales del hombre*, dos *leyes de la divinidad constitutivas e irrevocables*, como las propiedades físicas de los elementos".

"Luego, del hecho de ser todo individuo *dueño absoluto* de su persona, se sigue que la *libertad* absoluta de su *consentimiento* es una condición inseparable de todo contrato y de toda obligación".

"Y de que todo individuo es *igual* a *otro*, se sigue que la balanza de lo dado y de lo recibido debe estar en perfecto *equilibrio*: de suerte que la idea de *justicia* y de *equidad* contiene esencialmente la de *igualdad*".

"La *igualdad* y la *libertad* son pues las *bases físicas* e inalterables de toda *reunión de hombres en sociedad* y por consecuencia, el *principio necesario y engendrador* de toda ley y de todo sistema de gobierno regular".

"Por haber faltado a este principio, tanto entre vosotros como entre los demás pueblos, se han introducido los desórdenes que os han sublevado; y sólo observándolo, es como podréis reconstituir una asociación dichosa".

"Pero mirad que resultará un grande sacudimiento en vuestros hábitos, en vuestras fortunas y en vuestras preocupaciones. Será preciso disolver contratos viciosos y derechos abusivos; renunciar a distinciones injustas y a falsas propiedades, y entrar, en fin, por un momento en el estado de la naturaleza. Mirad bien si podréis soportar tantos sacrificios".

Pensando entonces en la *codicia* inherente al corazón humano creí que este pueblo iba a renunciar a toda idea de mejoramiento.

Pero al instante se adelantaron una multitud de hombres generosos hacia el trono y *renunciaron todas sus distinciones y todas sus riquezas*: "Dictadnos, dijeron, las leyes de la *igualdad* y de la *libertad*, nada queremos poseer en adelante más que por el título sagrado de la *justicia*".

"IGUALDAD, LIBERTAD, JUSTICIA, he aquí cuál serán en lo sucesivo nuestro código y nuestra guía".

Al momento levantó el pueblo una bandera grandísima, con estas tres palabras, a las cuales señaló *tres colores*; y habiéndola plantado sobre la silla del legislador, tremoló la bandera de la *justicia universal* por la primera vez sobre la tierra: el pueblo erigió delante de este sitio un *altar nuevo*, sobre el cual colocó una balanza de oro, una espada y un libro, con esta inscripción:

A LA LEY IGUAL QUE JUZGA Y PROTEGE

Y habiendo rodeado la silla y el altar de un anfiteatro inmenso, se sentó esta nación en él toda entera para oír, la publicación de la ley; millones de hombres levantaron entonces los brazos al cielo, e hicieron el solemne juramento de

vivir iguales, libres y justos, de respetar sus derechos recíprocos y sus propiedades; y de obedecer a la ley y a sus ejecutores legalmente elegidos.

Este espectáculo tan imponente de fuerza y de grandeza, y tan admirable por su generosidad, me conmovió hasta el extremo de hacerme derramar lágrimas; y dirigiéndome al Genio, exclamé: "Ahora deseo vivir, porque puedo esperar".

CAPÍTULO XVIII

ESPANTO Y CONSPIRACIÓN DE LOS TIRANOS

Apenas resonó sobre la tierra este clamor solemne de *igualdad y libertad*, se vio también nacer un movimiento de sorpresa y turbación en el seno de todas las naciones. Por una parte empezó la multitud a agitarse, movida del deseo, pero indecisa entre el temor y la esperanza, entre el conocimiento de sus derechos y la costumbre de arrastrar sus cadenas; por otra parte, despertados los reyes súbitamente del sueño de la indolencia y del despotismo, temieron ver destruidos sus tronos; y en todas partes *esas clases de tiranos civiles y religiosos* que engañan a los reyes y oprimen a los pueblos, se vieron sobrecogidas de furor y de espanto; y tramando pérfidos planes dijeron: "¡Desdichados de nosotros, si el grito funesto de la libertad llega a oídos de la multitud! ¡Desdichados de nosotros si este pernicioso espíritu de *justicia* se propaga!...". Y viendo ondear la brillante bandera, añadieron: "¿Concebís la multitud de males que se encierran en esas solas palabras? Si todos los hombres son *iguales*, ¿dónde están nuestros *derechos exclusivos* a los honores y al poder? Si todos son o deben ser *libres*, ¿qué será de nuestros *siervos*, de nuestros *esclavos* y de nuestras *propiedades*? Si todos son *iguales* en el estado civil, ¿dónde están nuestras prerrogativas de *nacimiento y herencia*?, ¿y qué vendrá a ser la nobleza? Si todos son iguales delante de Dios, ¿dónde está la necesidad de *mediadores*?, y en tal caso, ¿qué será del sacerdocio? ¡Ah! Apresurémonos a destruir un germen tan fecundo y contagioso; empleemos todas nuestras artes contra esta calamidad; aterremos a los reyes con las consecuencias, para que se unan a nuestra causa. Dividamos los pueblos y suscitémosles turbulencias y guerras; ocupémosles con luchas, conquistas y rabiosos celos; alarmémosles con el poder de esta nación libre, formemos una gran liga contra el enemigo común; abatamos esa bandera sacrílega; destruyamos ese trono de rebelión y sofoquemos en su origen este volcán revolucionario".

En efecto, los tiranos civiles y sagrados de los pueblos formaron una liga general y arrastrando tras de sí una multitud forzada o seducida, dirigiéronse con un movimiento hostil hacia la nación libre, e invadiendo con grandes alaridos el *altar* y el trono de la *ley natural*, dijeron:

"¿Qué doctrina nueva y herética es ésta? ¿Qué altar impío es éste y a qué culto sacrílego os dedicáis?... ¡Pueblos fieles y creyentes! ¿cómo creéis que hasta hoy no se ha descubierto la verdad y que habéis seguido las sendas del error y que tienen estos hombres el privilegio exclusivo de ser más felices y más sabios que vosotros? Y tú, *nación descarriada y rebelde*, ¿no ves que tus jefes te engañan, que *alteran los principios de tu fe* y que *destruyen la religión de tus padres*? ¡Ah!, temed la cólera del cielo y apresuraos con un pronto arrepentimiento a

reparar vuestros errores".

Inaccesible a los consejos y al terror, la nación libre guardó un profundo silencio; y manifestándose toda entera armada, conservó una actitud imponente.

el legislador dijo a *los jefes de los pueblos*: "Si, cuando marchábamos con *una venda en los ojos*, la luz alumbraba nuestros pasos, ¿por qué huirá de las miradas que la buscan, ahora justamente que no hay ningún obstáculo? Si los jefes que prescriben a los hombres el ser perspicaces, los engañan y extravían, ¿qué harán aquéllos que sólo quieren guiar a *ciegos*? ¡Jefes de los pueblos!, si vosotros poseéis la verdad, hacédnosla ver: nosotros la recibiremos con reconocimiento porque la buscamos de buena fe y nos interesa encontrarla. *Somos hombres*, y podemos engañarnos; pero vosotros lo sois también y no sois infalibles. Ayudadnos pues a salir de este laberinto, en que tantos siglos hace que vaga la triste humanidad; ayudadnos a desvanecer el efecto de tantos errores y tan viciosos hábitos; concurrir con nosotros al choque de tantas opiniones contradictorias para descubrir el carácter propio y distintivo de la verdad. Terminemos en un sólo día los combates eternos del error: establezcamos entre él y la verdad una pública contienda; y escuchemos los dictámenes de los hombres de todas las naciones. Convoquemos la asamblea general de los pueblos, para que sean jueces de su propia causa; y que del combate de todos los sistemas, oídos todos los argumentos en favor de las preocupaciones y de la razón, resulte de la concordia universal de los espíritus y de los corazones, una evidencia común y un general asentimiento.

CAPÍTULO XIX

ASAMBLEA GENERAL DE LOS PUEBLOS

En esta forma habló el legislador: y convencida la multitud con la evidencia que inspira toda proposición razonable, aplaudió estos principios y los tiranos se quedaron solos y confusos.

Entonces presencié una escena de un género nuevo y asombroso: todos los pueblos y todas las naciones con que cuenta la tierra, todas las razas de hombres que los diferentes climas producen, corriendo por todas partes, me pareció que se reunían en un mismo recinto; y formando allí un congreso inmenso, compuesto de diversos grupos que se distinguían por el aspecto variado de los trajes, de las fisonomías y del color de la piel, ofrecieronme un espectáculo tan extraordinario como interesante.

A una parte veía al Europeo con el vestido corto y oprimido, con un sombrero puntiagudo y triangular, con barba afeitada y los cabellos empolvados de blanco: a la otra, al asiático, con la ropa talar, la barba larga, la cabeza rasa y un turbante redondo. Aquí observaba los pueblos africanos con la piel del color del ébano, los cabellos lanudos, el cuerpo ceñido de paños blancos y azules, adornados con brazaletes y collares de coral, conchas y vidrio: allí, las razas septentrionales envueltas en sus sacos de piel; el *Lapón*, con su gorro puntiagudo, y por zapatos, abarcas; el *Samoyedo*, de cuerpo ardiente y de olor penetrante; el *Tonguzo*, con el gorro en puntas y los ídolos pendientes de su cuello; el *Yacuto*, con el rostro picado; el *Calmuco*, con la nariz aplastada y los

ojos pequeños y torcidos; más allá estaban los *Chinos*, vestidos de seda y con las trenzas pendientes; los *Japoneses*, de mezclas muy variadas; los *Malayos*, con sus grandes orejas, su nariz atravesada por un anillo y con la cabeza cubierta con un sombrero inmenso de hojas de palma, y los habitantes *Tatoes* de las islas del Océano y del continente antípoda.

El aspecto de tantas variedades de una misma especie, de tantas invenciones extraordinarias de un mismo entendimiento, de tantas modificaciones distintas de una misma organización, me inspiró a un tiempo mil sensaciones y mil ideas diferentes. Consideré sobre todo con asombro aquella gradación de colores, que desde la más viva escarlata pasa hasta el moreno claro y después oscuro ahumado, bronceado, aceituna, plomeado y cobrizo, hasta el negro del ébano y del azabache, y viendo el *Cachemiro* con la tez de rosas al lado del *Indio* negruzco, y al *Georgiano* cerca del *Tártaro*, reflexionaba sobre los efectos de los climas fríos o cálidos, del suelo alto o profundo, pantanoso o seco, raso o sombrío: comparaba el enano del polo con el gigante de las zonas templadas; el cuerpo descarnado del *Arabe* con el rollizo del *Holandés*; el talle corto y grueso del *Samoyedo* con la soltura del *Griego* y del *Eslavo*; la lana negra y crasa del *Etíope* con la seda dorada del *Dinamarqués* y el rostro aplastado del *Calmuco*, sus ojos pequeñuelos y torcidos y su nariz achatada, con el rostro ovalado y saliente, los grandes ojos azulados y la nariz aguileña del *Abazón* y el *Circasiano*. Observaba el raro contraste que hacían las pintadas telas del *Indiano*, los géneros preciosos del *Europeo*, las ricas pieles del *Siberiano* y los tejidos de cortezas, de juncos, de hojas y de plumas de las naciones salvajes y las figuras azuladas de serpientes, de flores y de estrellas, con que su piel estaba pintoreada. Unas veces creía ver en el cuadro *abigarrado* de tal multitud, las praderas esmaltadas del Eufrates y el Nilo, cuando después de las lluvias y las inundaciones nacen por todas partes con profusión pintadas flores; otras veces su murmullo y su movimiento, hacíanme recordar aquellos enjambres innumerables de langostas que por la primavera cubren las llanuras del *Haurán*.

Y al aspecto de tantos seres animados y sensibles, abrazando a un tiempo la inmensidad de los pensamientos y de las sensaciones reunidas en aquel espacio; reflexionando sobre la oposición de tantas opiniones, de tantos errores y en el choque de tantas pasiones, vacilé entre el asombro, la admiración y un secreto temor. En este momento el legislador hizo guardar silencio y fijé toda mi atención.

"Habitantes de la tierra, dijo, una *nación libre y poderosa* os dirige palabras de *paz* y de *justicia*, os ofrece como garantía segura de sus intenciones, su propia convicción y su experiencia. Afligida largo tiempo por los mismos males que vosotros, ha buscado su origen y ha visto que todos derivaban de la violencia y de la injusticia erigidas en leyes por la inexperiencia de las generaciones anteriores y mantenidas por las preocupaciones de las presentes: entonces, anulando sus instituciones artificiosas y arbitrarias y subiendo al origen de todo derecho y de toda razón, ha visto también que existían en el *orden mismo del universo*, y en la constitución física del hombre, leyes eternas e inmutables, que sólo esperaban que fijase la vista en ellas, para hacerle dichoso. ¡Hombres, hombres, levantad los ojos al cielo que os ilumina y volvedlos después a la tierra que os mantiene! Cuando os ofrecen a todos los mismos dones, cuando habéis recibido de la *potencia que los mueve* la misma vida y los mismos órganos, ¿no habéis recibido también los mismos derechos para usar de estos beneficios? ¿No os ha declarado por ello *iguales y libres* a todos? ¿Qué mortal se atreverá a negar a su semejante lo que le concede la naturaleza? ¡Oh naciones!, ahuyentemos toda discordia y toda tiranía; no formemos más que

una gran familia; y puesto que el género humano no tiene sino una misma constitución, que no exista para él más que una ley y que ésta sea la de la NATURALEZA; ni más que un código, el de la RAZON; ni más que un trono, el de la JUSTICIA; ni más que un altar, el de la UNION".

Así habló; y una aclamación inmensa se levantó hasta los cielos; millones de gritos de bendición salieron del seno de la multitud; y los pueblos, en la embriaguez de su júbilo, hicieron retumbar la tierra con los ecos de las palabras *igualdad, justicia y unión*. Pero muy pronto siguió a este primer movimiento otro diferente; al instante los doctores y los jefes de los pueblos los excitaron a la disputa y vi nacer al principio un murmullo y luego un rumor, que comunicándose de unos en otros, produjo un gran desorden: cada nación tenía pretensiones exclusivas y reclamaba el predominio de sus opiniones y su código.

"Tú sigues el error, se decían los partidos, señalándose con el dedo unos a otros; nosotros solos poseemos la verdad y la razón, nosotros tenemos ley verdadera, la regla cierta de todo derecho, de toda justicia, el único medio de la felicidad y de la perfección; todos los demás hombres son ciegos o rebeldes". En medio de esta algarabía, reinaba una agitación extrema.

Pero el legislador pidió que callasen y dijo: "¡Oh pueblos! ¿qué movimiento de pasión es el que os agita? ¿A dónde os conducirán esas querellas? ¿Qué esperáis de tales disensiones? De muchos siglos acá la tierra es un campo de disputas, y habéis derramado torrentes de sangre por vuestras desavenencias. ¿Qué han producido tantos combates y tantas lágrimas? Cuando al fuerte ha sometido a su opinión al débil, ¿qué ha hecho en favor de la verdad y de la evidencia? ¡Oh naciones!, tomad consejo de vuestra propia sabiduría. Cuando una disputa divide entre vosotros los individuos o las familias, ¿qué es lo que hacéis para conciliarlas? ¿No les ofrecéis árbitros?". "Sí, sí", exclamó unánimemente la multitud. ¡Pues bien!, ofrecedlos del mismo modo a los autores de vuestras disensiones. Mandad a los que se convierten en vuestros preceptores y os imponen su creencia, que ventilen delante de vosotros las razones en que la fundan. Y ya que invocan vuestros intereses, conoced cómo los defienden. Y vosotros, jefes y doctores de los pueblos, antes de comprometerlos en la lucha de vuestras opiniones, discutid contradictoriamente sus pruebas. Establezcamos una controversia solemne, una investigación pública de la verdad, no ante el tribunal de un hombre corruptible o de un partido apasionado, sino delante de todas las luces y de todos los intereses de que se compone la humanidad; y que la *razón natural* sea nuestro árbitro y nuestro juez.

CAPÍTULO XX

INVESTIGACIÓN DE LA VERDAD

Los pueblo aplaudieron y el legislador continuó: "A fin de proceder con orden y sin confusión, dejad en el circo, delante del *altar de la paz y de la unión*, un espacioso semicírculo libre: y que cada sistema de religión, cada secta diferente; levantando un estandarte particular y distintivo, venga a plantarlo en el límite de la circunferencia; que sus jefes y doctores se coloquen alrededor de

él, y que sus sectarios se sitúen detrás de ellos en una misma línea".

Trazado en efecto el semicírculo y acatada esta orden se levantaron una multitud innumerable de estandartes de todos colores y de todas formas, tales como los que se ven en un puerto concurrido de cien naciones comerciales los días de galas y fiestas cuando millares de pabellones y gallardetes ondean sobre un bosque de mástiles. Al ver esta prodigiosa diversidad de banderas, me volví al Genio y le dije: "Yo creía que la tierra estaba solamente dividida en ocho o diez sistemas de creencias, y aún así desesperaba de que pudiera lograrse su reconciliación; pero ahora que descubro tantos millares de partidos diferentes, ¿cómo podrá esperarse que entre tantos reine la concordia?".

"Y sin embargo, respondió el Genio; todavía no están todos; ¡y quieren ser intolerantes!...".

Al paso que los grupos iban a colocarse, me hacía reparar los símbolos y atributos de cada uno, y empezó a explicarme sus caracteres de este modo:

"Este grupo primero, formado con estandartes verdes, que tiene una *media luna*, un *velo* y un *sable*, es el de los sectarios del profeta árabe. *Decir que hay un Dios* (sin saber lo que es), *creer en las palabras de un hombre* (sin creer su idioma), *ir a un desierto a rogar a Dios* (que se halla en todas partes), *lavar sus manos con agua* (y no abstenerse de sangre), *ayunar de día* (y devorar de noche), *dar limosna de sus bienes* (y robar los ajenos), tales son los medios de perfección instituidos por *Mahoma*; he aquí lo que piden esos fieles creyentes: el que no opina como ellos es un réprobo, tocado de anatema, y destinado al cuchillo. *Un Dios clemente, autor de la vida*, dio estas leyes de opresión y de muerte, y las hizo para todo el universo, aunque no las reveló sino a un hombre: las estableció desde la ternidad, aunque acaban casi de publicarse: son suficientes para todas las necesidades, y sin embargo añadió a ellas un volumen, este volumen debía esparcir la luz, demostrar la evidencia, atraer la perfección y la felicidad y a pesar de ésto, aún viviendo el apóstol, ofrecían sus páginas a cada frase, sentidos oscuros, ambiguos, contradictorios y ha sido preciso explicarle y comentarle; y sus intérpretes se han dividido en sectas contrarias y enemigas por la diversidad de sus opiniones. La una sostiene que *Alí* es el verdadero sucesor; la otra defiende a *Omar* y *Abubeker*. Esta niega la eternidad del *Corán* (o Alcorán), aquélla la necesidad de las abluciones y las preces: el *Carmata* proscribía la peregrinación y permite el vino; el *Hakemita* predica la transmigración de las almas: así es que se cuentan hasta el número de sesenta y dos partidos, cuyos estandartes puedes divisar. En tal oposición, cada cual se atribuye exclusivamente la verdad: y reprochando a los otros la herejía y la rebelión, vuelve contra todos su apostolado sanguinario. Esta religión que adora un Dios clemente y misericordioso, autor y padre común de todos los hombres, se ha convertido en un foco de discordias, en un pretexto de guerra y mortandad, y no ha cesado, desde mil doscientos años a esta parte, de inundar la tierra con su sangre, y de esparcir la desolación y el desorden de un extremo a otro del antiguo mundo <19>.

Esos hombres que se distinguen por sus enormes turbantes blancos, por sus mangas anchas y por sus largos rosarios, son los *imanes*, los *molás* y los *muftis*, cerca de ellos los *derviches* con los gorros puntiagudos y los *santones* con los cabellos sueltos. Míralos con qué vehemencia hacen la profesión de la fe, y comienzan a disputar sobre los *pecados graves* o *leves*; sobre la materia y la forma de las *abluciones*; sobre los atributos de Dios y sus perfecciones; sobre el *chaitán* (Satanás) y los ángeles malos o buenos; sobre la muerte, la resurrección, el *interrogatorio* en el sepulcro, el juicio, el *paso del puente*

estrecho como un cabello; la balanza de las obras, las penas del infierno, y las delicias del paraíso.

El segundo grupo que está al lado, todavía más numeroso, compuesto de estandartes blancos sembrados de cruces, es el de los adoradores de *Jesús*. Reconociendo el mismo Dios que los musulmanes, fundando su creencia en los mismos libros, admitiendo como ellos un primer hombre que perdió a todo el género humano comiendo una manzana, se profesan un santo horror, y se tratan mutuamente de *blasfemos* y de *impíos*. Consiste principalmente el gran punto de sus disensiones en que después de haber admitido un Dios *único e indivisible*, los cristianos le dividen después en tres personas y quieren que sea cada una de ellas un *Dios entero y completo*, sin cesar por ello de ser un *todo* idéntico. Y añaden, que este *ser que llena el universo*, se ha *encarnado* en el cuerpo de un *hombre* y se ha revestido de órganos materiales, perecederos y limitados sin dejar de ser inmaterial, eterno e infinito. Los musulmanes, que no comprenden estos *misterios*, aunque conciben la eternidad del Corán y la misión del profeta, los llaman locuras y los repelen como cosas nacidas de cabezas enfermas, siguiéndose de aquí odios implacables.

Por otra parte, divididos los cristianos entre sí en muchos puntos de su propia creencia, forman una multitud de partidos no menos diferentes; y las contiendas que los agitan son tanto más tenaces y violentas, cuanto más inaccesibles son a los sentidos los objetos en que se fundan; y siendo por consiguiente las demostraciones imposibles, la opinión de cada cual no tiene otra regla ni otra base que el capricho y la voluntad. Así pues, aunque convienen en que *Dios* es un ser *incomprensible y desconocido*, disputan sobre su esencia, sobre su modo de obrar y sobre sus atributos. Convienen en que la transformación en hombre que le atribuyen, es un enigma superior al entendimiento, y discuten sin embargo, sobre la confusión o distinción de las *dos voluntades* y las *dos naturalezas*, sobre la *variación de substancia*, sobre la *presencia real hipotética*, sobre el *modo de la encarnación*, etc., etc.

De aquí han provenido una multitud de sectas, de las cuales han perecido ya doscientas o trescientas, y existen todavía esas tres o cuatrocientas, representadas por la infinidad de estandartes que deslumbran tu vista. El primero está a la cabeza, rodeado de ese grupo con vestidos tan extraños, esa mezcla confusa de ropajes, violetas, rojos, blancos, negros y mezclados; de cabezas tonsuradas con cabellos cortos, o enteramente rasos; de sombreros encarnados, de bonetes cuadrados, de mitras puntiagudas, y aún con largas barbas, es el estandarte del pontífice de Roma que, aplicando al sacerdocio la preminencia de su ciudad en el orden civil, ha erigido su *supremacía* en dogma de religión y ha hecho un artículo de fe de su orgullo.

Veo a su derecha el pontífice griego, que, envanecido con la rivalidad suscitada por su metrópoli, opone iguales pretensiones, y las sostiene contra la iglesia de Occidente, alegando la mayor antigüedad de la de Oriente. A la izquierda están los dos estandartes de los jefes modernos <20> que, sacudiendo un yugo tiránico, han levantado en su reforma altares contra altares, y sustraído al Papa la mitad de la Europa. Detrás de ellos están las sectas subalternas que subdividen todavía los grandes partidos: los *nestorianos*, los *euticheos*, los *jacobitas*, los *iconoclastas*, los *anabaptistas*, los *presbiterianos*, los *viclefistas*, los *osiandrinios*, los *manicheos*, los *metodistas*, los *adamitas*, los *contemplativos*, los *cuáqueros*, ciento, y otros cientos semejantes; todos partidos que se persiguen cuando son fuertes, se toleran cuando son débiles, se aborrecen en nombre de un Dios de paz, se hacen para sí un paraíso exclusivo en una religión de caridad universal, y condenándose en otro mundo a unas

penas eternas, realizan en éste el infierno que su fantasía coloca en el otro".

Después de este grupo, viendo yo un estandarte solo de color de jacinto, alrededor del cual estaban reunidos hombres de todos los trajes del Asia y de Europa, dije al Genio: "A lo menos hallaremos aquí unanimidad". "Sí, me respondió; al primer aspecto y por acaso fortuito y momentáneo: pero qué, ¿no reconoces ese culto?". Entonces reparé en el monograma del nombre de Dios en letras hebreas, y en las *palmas* que tenían en las manos los rabinos: "Es verdad, le dije, que son los hijos de Moisés dispersos hasta el día y que aborreciendo a todas las naciones han sido en todas partes perseguidos y odiados". "Sí, me dijo; y por esta razón han conservado las apariencias de la unidad; no han tenido ni tiempo ni libertad para disputar. Pero apenas confronten sus principios en esta reunión, y raciocinen sobre sus opiniones, ya verás cómo se dividen, como en otro tiempo: por lo menos en dos sectas principales, de las cuales fundándose la una en el silencio del legislador y ateniéndose al sentido literal de sus libros, negará todo lo que no está claramente expreso en ellos, y rechazará como invención de los *incircuncisos la inmortalidad del alma*, y su *transmigración* a lugares de penas o delicias, su resurrección, el juicio final, los ángeles buenos y malos, la rebelión de *Luzbel*, y todo el sistema poético de ese mundo ulterior: y este pueblo privilegiado, cuya perfección consiste en cortarse un pedacito de carne; este pueblo átomo, que no es más que una ola pequeñísima en el océano inmenso de los pueblos, y que pretende que Dios lo ha hecho todo para él, verá reducirse a menos de la mitad, por su cisma, la influencia hartamente leve que tiene ya en la balanza del universo".

El Genio me mostró después un grupo inmediato, compuesto de hombres que vestían ropajes blancos y que llevaban un velo sobre la boca; rodeaban un estandarte de *color de aurora*, sobre el cual estaba pintado un globo partido en dos hemisferios, el uno negro y el otro blanco; "Lo mismo sucederá, continuó, a estos hijos de *Zoroastro* <21>, restos oscuros de pueblos antes tan poderosos: perseguidos ahora como los Judíos y dispersos entre otros pueblos, reciben sin discusión los preceptos del representante de su profeta: pero así que el *mobed* y los *restouros* se reúnan, renacerá la controversia sobre el *bueno* y el *mal principio*; sobre los combates de *Ormuzd*, dios de la luz, y de *Ahrimanes*, dios de las tinieblas; sobre el sentido directo o alegórico; sobre los *buenos* y los *malos genios*; sobre el *culto*, del *fuego* y de los *elementos*; sobre las *abluciones* y sobre los *pecados*; sobre la *resurrección* en *cuerpo*, o solamente en *alma*; sobre la *renovación del mundo* existente y sobre el *mundo nuevo* que le debe suceder. Y los *Parsis* se dividirán en sectas tanto más numerosas, cuanto más variadas sean las costumbres y las opiniones que las familias hubiesen contraído de los pueblos extraños en los tiempos de su dispersión.

Esos otros estandartes de fondo celeste, en donde están pintadas figuras tan monstruosas de cuerpos humanos dobles, triples, cuádruples, con cabezas de león, de jabalí y de elefante, con colas de pescado, de tortuga, etc., son los estandartes de las sectas indias, que encuentran sus Dioses en los animales y las almas de sus parientes en los reptiles y los insectos. Estos hombres fundan asilos para los gavilanes, las serpientes y las ratas, ¡y tienen horror de sus semejantes! ¡Se purifican con el excremento y la orina de la vaca, y creen que les mancha el contacto de un hombre! Llevan una venda en la boca, porque temen tragarse una mosca, un alma en pena, ¡y dejan morir de hambre a un *paria*! En fin admiten las mismas divinidades, y sin embargo se dividen en bandos enemigos y diversos.

El primer estandarte, aislado en que ves una figura, con cuatro cabezas, es el

de *Bermah*, que, aunque es *Dios creador*, no tiene sectarios ni templos, y que reducido a servir de pedestal al *Lingam*, se contenta con un poco de agua que todas las mañanas le echa el brahma sobre la espalda, recitándole un cántico.

El otro, donde está pintado un *milano* con el cuerpo encarnado y la cabeza blanca, es el de *Vichnu*, que aunque es *Dios conservador*, ha pasado una parte de su vida en aventuras dañinas. Adóranle bajo las formas horribles de *jabalí* y de *león*, destrozando las entrañas humanas, o bajo la figura de un caballo que debe venir armado con un sable a destruir la edad presente, a *oscurecer los astros*, *abatir las estrellas*, *conmover la tierra* y *hacer vomitar a la gran serpiente un fuego que consumirá los orbes*".

Aquel otro es el de *Chiven*, Dios de *destrucción* y de estrago, y que tiene sin embargo por emblema el signo de la producción: es el peor de los tres, y el que cuenta más sectarios. Altaneros por la influencia del carácter que atribuyen a este dios, los que le adoran desprecian a los otros aunque son sus iguales y hermanos; y para imitar sus extravagancias, profesan el pudor y la castidad y coronan públicamente de flores y riegan con leche y miel la imagen oscena del *Lingam*.

Detrás de ellos vienen los pequeños estandartes de una multitud de dioses machos, hembras y hermafroditas, que siendo parientes y amigos de los tres principales, han pasado su vida haciéndose la guerra; y sus adoradores los imitan. Estos dioses no tienen necesidad de nada, y sin cesar reciben ofrendas; son poderosos, llenan el universo, y un brahmán, por medio de algunas palabras, los encierra en un ídolo o en un cántaro, para vender sus favores según su voluntad.

Más lejos verás una multitud de estandartes que, sobre un fondo amarillo, tienen emblemas diferentes, son los de un mismo *dios*, que reina en las naciones de Oriente con diversos nombres. El *Chino* le adora en *Fot* <22>; el *Japonés* en *Budso*; el habitante de Ceilán en *Bedhou*; el de Laos en *Chekia*; el Peguán en *Phota*; el *Siamés* en *Somonakodom*; el Tibetano en *Buda* y en *La*; y todos acordes en algunos puntos de su historia celebran su *vida penitente*, sus *mortificaciones*, sus *ayunos*, sus funciones de *mediador* y de *expiador*, los odios del *dios enemigo* suyo, sus *combates*, y su *ascendiente*. Pero discordes acerca de los medios de agradarle, disputan sobre los ritos y las prácticas y sobre los dogmas de la *doctrina interior* o de la *doctrina pública*. Aquí, este bonzo Japonés, con el vestido amarillo y la cabeza desnuda, predica la eternidad de las almas, sus transmigraciones sucesivas en diversos cuerpos, y cerca de él el *Sintoísta* niega su existencia separada de los sentidos, y sostiene que no son sino *efecto* de los órganos a que están ligadas y con los cuales perecen, como perece el sonido con el instrumento. Allí el *Siamés*, con las cejas afeitadas y la pantalla *talipat* en la mano, recomienda la limosna, las expiaciones y las ofrendas, y sin embargo cree en la ceguera del destino y en la impasible fatalidad. El *Hochango* chino sacrifica en honor de las almas de los antepasados, y cerca de él un sectario de *Confucio* busca el horóscopo en los dados echados a la suerte y en el movimiento de los cielos. Este muchacho rodeado de un enjambre de ministros con vestidos y sombreros amarillos, es el *Gran Lama* <23>, en que acaba de transformarse el dios que se adora en el Tibet. Un rival se presenta para disfrutar a medias con él de este beneficio; y sobre las orillas del *Baikal*, el Calmuco tiene también su dios como el habitante de *La-sa*. Pero acordes los dos en el punto importante de que Dios no puede existir sino en un cuerpo de hombre, ambos se ríen de la ignorancia del Indio que adora las boñigas de la vaca, al paso que ellos consagran su fe a los

excrementos de su pontífice".

Después de estos estandartes principales, se presentaron a mi vista tantos otros que no podía contarlos y me dijo el Genio: "No acabaría nunca si quisiera especificarte todos los sistemas religiosos que dividen todavía las naciones. Las hordas tártaras, bajo las figuras de animales, de pájaros e insectos ven a los *buenos y a los malos genios, que a las órdenes de un Dios* principal pero indolente, rigen el universo; lo que hace recordar la idolatría del paganismo del antiguo Occidente. Mira el atavío estrafalario de sus *chamanes*, que bajo un vestido de cuero guarnecido con *campanillas y cascabeles*, ídolos de hierro, garras de aves, pieles de serpientes y cabezas de mochuelos, se agitan en convulsiones fingidas, llamando con gritos mágicos a los muertos para engañar a los vivos. Allí los pueblos negros del Africa, en el culto de sus ídolos, presentan las mismas opiniones. El habitante de *Juida* adora a Dios en una gran serpiente, que por desgracia gusta mucho a los cerdos... Más adelante está el *Teleuto*, que se representa vestido de todos colores y muy semejante a un soldado ruso, el *Kamchadalo*, que creyendo que todo va mal en este mundo, lo representa en figura de *viejo caprichoso y regañón* fumando su pipa, y cazando en trineo las zorras y las martas. En fin, observa cien naciones salvajes que no teniendo ninguna de las ideas de los pueblos civilizados, ni acerca de Dios, ni del alma, ni del mundo ulterior, ni de la otra vida, no tienen ningún sistema de culto, y no gozan por eso menos de los bienes de la *naturaleza* en medio de la irreligión en que ella misma las ha criado".

CAPÍTULO XXI

PROBLEMAS CON LAS CONTRADICCIONES RELIGIOSAS

Mientras el Genio me hacía estas reflexiones, se colocaron los diversos grupos en sus lugares respectivos; al bullicio de la multitud siguió un silencio general y habló el legislador de esta manera: "Jefes y doctores de los pueblos, ya veis qué caminos tan distintos han seguido hasta ahora las naciones, y por qué han vivido separadas entre sí, y por qué cada una ha creído y cree seguir el de la verdad; pero siendo cierto que ésta no pueden poseerla todos y que sólo ha de estar en uno, es preciso que se equivoque la mayor parte de los que siguen opiniones tan diversas. Luego si tantos hombres se engañan, ¿quién se atreverá a sostener que es infalible en el sistema que profesa? Empezad pues por ser indulgentes en vuestras disensiones y desacuerdos. Busquemos todos la verdad como si nadie la conociese. Las opiniones que han gobernado hasta el día la tierra, producidas por la casualidad, acreditadas por la ignorancia crédula de la multitud, propagadas por el amor de la novedad y de la imitación, han usurpado clandestinamente el imperio que han ejercido. Ya es tiempo, si es que son fundadas, de dar a su certidumbre un carácter de solemnidad, que legitime su existencia. Llamémoslas, pues, hoy mismo a un examen general y común; exponga cada cual su creencia; y siendo todos jueces en este gran litigio, reconózcase como *verdadero* aquéllo que lo sea para todo el género humano".

Entonces se concedió la palabra, según el orden de su situación, al primer estandarte de la izquierda y dijeron sus jefes: "No puede dudarse que nuestra doctrina es la verdadera e infalible. En primer lugar Dios mismo nos la

reveló..."

"Y la nuestra también, sin que sea permitido dudarlo, gritaron todos los demás".

"Pero es preciso demostrarlo, dijo el legislador; porque no puede *creerse* lo que no se conoce".

"Nuestra doctrina está acreditada, dijo el primer estandarte, por *hechos* innumerables, por una multitud de *milagros*, por resurrecciones de muertos, por torrentes que se han secado, por montañas transportadas a otros puntos, y por otros prodigios semejantes".

"Y nosotros también, gritaron todos los demás grupos, tenemos una multitud de milagros". Y empezaron a referir cosas absurdas e increíbles.

"Sus milagros, dijo el primer estandarte, son *prodigios supuestos, o debidos al espíritu maligno*, que los ha engañado".

"Los supuestos son los vuestros: replicaron; y hablando cada uno de los suyos, dijo: Sólo los nuestros son verdaderos, todos los demás son falsos".

El legislador preguntó entonces si tenían testigos vivos.

"No, respondieron todos; los hechos son antiguos y los testigos han muerto, pero han dejado escritos".

"En buena hora, dijo el legislador; pero ¿quién podrá conciliarlos, contradiciéndose tanto entre sí?".

"¡Arbitros justos!, exclamó uno de los grupos; la prueba de que nuestros testigos han visto la verdad, está en que han muerto para acreditarla, y nuestra creencia está sellada con la sangre de los *mártires*".

"Y la nuestra también, dijeron los otros: tenemos millares de *mártires* que han muerto en medio de los tormentos más horrorosos, sin desmentirse nunca".

En este momento los cristianos de todas las sectas, los musulmanes, los Indios, los Japoneses citaron leyendas interminables de confesores, de penitentes y de mártires.

Uno de estos partidos negó los mártires de los otros y entonces dijeron: "Pues bien, ahora mismo vamos a morir para probar que nuestra creencia es la verdadera".

Al instante se presentó una multitud de hombres de todas religiones y sectas, para sufrir los tormentos y la muerte. Muchos de ellos empezaron desde luego a despedazarse los brazos, y a darse golpes en la cabeza y en el pecho, sin manifestar dolor alguno.

Pero conteniéndolos el legislador, les dijo:

"¡Hombres, hombres!, escuchad con calma mis palabras, si murieseis para

probar que dos y dos son cuatro, ¿podría este sacrificio acreditarlo más?"

"No, respondieron todos". "Y si murieseis para probar que son cinco, ¿sería eso cierto?"

"No, volvieron a decir". "¡Y bien!, ¿qué es lo que prueba vuestra persuasión, si nada cambia la existencia de las cosas? La *verdad* es una, vuestras opiniones son varias: luego muchos de vosotros os engañáis. Y si, como es evidente, estáis infinitos *persuadidos del error*, ¿qué prueba entonces la convicción del hombre? Si el error tiene sus mártires, ¿dónde está el distintivo de la verdad? Si el espíritu maligno puede hacer milagros, ¿dónde está el carácter positivo de la divinidad? Pero además de ésto, ¿por qué apelar siempre a unos milagros insuficientes e incompletos? ¿Por qué, en lugar de estos trastornos que se suponen a la naturaleza, no se cambian las opiniones? ¿Por qué espantar a los hombres o matarlos, en vez de instruirlos y enmendarlos?"

¡Oh mortales crédulos, tanto como obstinados!, ninguno de nosotros está seguro de lo que pasó ayer, ni de lo que sucede hoy mismo a nuestra vista, ¡y juramos por lo que ha pasado hace dos mil años!

¡Hombres débiles, tanto como orgullosos!, las leyes de la *naturaleza* son inmutables y eternas, nuestros espíritus están llenos de ilusiones y frivolidades, ¡y así queremos comprenderlo y demostrarlo todo! Pero observad que es más fácil que se engañe todo el género humano, que variar las leyes de la *naturaleza* en un átomo siquiera".

"Pues bien, dijo un doctor, abandonemos las pruebas de hecho, puesto que pueden ser equívocas y tratemos de las de raciocinio, y de las que están unidas a la doctrina misma".

Entonces un *imán* de la ley de *Mahoma* se adelantó lleno de confianza en medio del circo; y después de haber vuelto su cara hacia la *Meca*, y de haber pronunciado enfáticamente la *profesión de fe*, dijo con voz grave e imponente: "*¡Loado sea Dios!... La luz brilla con evidencia, y la verdad no necesita examen*". Y manifestando el Corán, añadió: He aquí la luz y la verdad en su propia esencia. *No hay duda en la verdad de este libro, él conduce rectamente al que marcha con los ojos cerrados, y recibe sin discusión la palabra de vida bajada sobre el profeta para salvar al ignorante y confundir al sabio. Dios ha establecido a Mahoma como su ministro sobre la tierra; le ha entregado el mundo para someter a sablazos al que se resista a creer su ley: los infieles disputan y no quieren creer; su endurecimiento viene de Dios y él ha marcado su corazón para entregarle a los más espantosos castigos...*".

Estas palabras produjeron en todas partes un violento rumor que interrumpió al que hablaba: "¿Quién es ese, gritaron todos los grupos, que nos ultraja tan descaradamente? ¿Con qué derecho pretende imponernos su creencia como un vencedor, o como un tirano? ¿No nos ha dado Dios, como a él, ojos, espíritu, inteligencia? ¿Y no tenemos el *derecho* de emplearlos *igualmente* para saber lo que debemos negar y lo que debemos creer? ¿Si se atribuye el derecho de atacarnos, no tendremos nosotros el de defendernos? ¿Si él cree sin examen, no somos *dueños* de creer con discernimiento?"

¿Y qué especie de doctrina luminosa es la suya que teme la *luz*? ¿Quién es ese apóstol de un Dios clemente, que sólo predica *carnicería y mortandad*? ¿Quién es ese Dios de justicia, que castiga una ceguera promovida por él mismo? ¿Si

la violencia y la persecución son los argumentos de la *verdad*, la dulzura y la caridad podrían ser los indicios de la *mentira*?

En este momento se adelantó un hombre de un grupo inmediato hacia el imán y le dirigió las palabras siguientes: "Concedamos que Mahoma sea el apóstol de la mejor doctrina y el profeta de la verdadera religión; mas decidme, ¿a quién debemos seguir para practicarla?, ¿a su yerno *Alí*, o a sus vicarios *Omar* y *Abubeker*?"

Apenas hubo pronunciado estos nombres, cuando en el seno mismo de los musulmanes se descubrió un cisma: los partidarios de *Omar* y de *Alí* se trataron mutuamente de *herejes*, de *impíos*, de *sacrílegos* y se llenaron de maldiciones: se hizo la disputa tan violenta, que fue preciso que mediasen los grupos inmediatos para impedir que viniesen a las manos.

Por último, apaciguado un poco este alboroto, dijo el legislador a los *imanes*: "Ved las consecuencias que resultan de vuestros principios. Si los hombres los practicasen, vosotros mismos os destruiríais hasta no quedar ninguno, tales son vuestras contradicciones; y la *primera ley de Dios*, ¿no es que el hombre viva?"

Después se dirigió a los otros grupos y les habló así:

"Este espíritu de intolerancia y de exclusión ha de chocar precisamente contra toda idea de justicia y destruir toda base de moral y de sociabilidad; pero antes de desechar enteramente este código de doctrina, ¿no sería conveniente oír algunos de sus dogmas para no decidir sobre las formas antes de haber decidido sobre el fondo?"

Y habiendo consentido los grupos, empezó el imán exponer de qué modo, *después de haber enviado Dios veinte y cuatro mil profetas* a las naciones que se entregaban a la idolatría, *envió al fin uno que era el prototipo de la perfección de todos*, MAHOMA. Dijo después que la *suprema clemencia había trazado por sí misma las hojas del Corán*, para que los infieles no alterasen la divina palabra; y entrando en los pormenores de los dogmas del islamismo, explicó el imán por qué era el *Korán increado y eterno*, a título de *ser la palabra de Dios*, del mismo modo que lo era el origen de donde habían salido; de qué modo *había sido enviado hoja por hoja en veinte y cuatro mil apariciones nocturnas del ángel Gabriel*; de qué manera se anunciaba el ángel por un *pequeño ruido que sobrecogía al profeta y le ocasionaba un sudor frío*; cómo había recorrido *noventa cielos* en el éxtasis de una sola noche, *montado sobre el Borac, medio caballo y medio mujer*, de suerte que, por hallarse dotado del don de los milagros, *marchaba al sol sin producir sombra, hacía reverdecer los árboles con una sola palabra, llenaba de agua los pozos y las cisternas, y había cortado en dos partes el disco de la luna*; en qué términos había *Mahoma cumplido las órdenes del cielo, propagando con sable en mano, la religión más digna de Dios por su sublimidad* y la más adecuada a los hombres por la sencillez de sus prácticas, pues estaba reducida a ocho o diez puntos: *Profesar la unidad de Dios; reconocer a Mahoma por su único profeta; orar cinco veces al día; ayunar un mes del año; ir a la Meca una vez en la vida; dar el diezmo de sus bienes; no beber vino; no comer puerco y hacer la guerra a los infieles*; que por este medio, siendo todo musulmán apóstol y mártir al mismo tiempo, disfrutaba en este mundo una multitud de bienes, y a su muerte, *pesada su alma en la balanza de las obras* y absuelta por *los dos ángeles negros*, *atravesaba por encima del infierno el puente estrecho como un cabello y cortante como un sable* y era al fin recibida en el *lugar de las delicias* que

riegan arroyos de leche y miel, embalsaman todos los perfumes árabes e indios, y en donde unas vírgenes siempre castas, las celestiales *huríes*, colman de favores incesantes a los escogidos que allí gozan juventud perpetua".

Al pronunciar estas palabras, una risa involuntaria se marcó en todos los semblantes, y raciocinando los demás grupos sobre estos artículos de fe, dijeron: "¿Cómo es posible que admitan estos despropósitos hombres razonables? Al oírlos, ¿quién no creerá estar escuchando un capítulo de las *Mil y una noches*?".

Un *Samoyedo* salió entonces a la palestra y dijo:

"El paraíso de Mahoma me parece muy bueno, pero uno de los medios de alcanzarlo me parece difícil; porque si no se debe comer ni beber *entre dos soles*, según ordena, ¿cómo podrá practicarse semejante ayuno en nuestro país, donde el sol permanece cuatro meses enteros sobre el horizonte sin ponerse en todo ese tiempo?".

"Es imposible", dijeron los doctores musulmanes para sostener el honor del profeta; pero habiendo afirmado el hecho cien pueblos diversos, se vio terriblemente comprometida la *infalibilidad de Mahoma*".

"Es muy singular, añadió un *Europeo*, que haya revelado siempre Dios lo que pasa en los cielos y que nunca nos haya instruido sobre lo que ocurre en la tierra".

"En cuanto a mí, dijo un *Americano*, encuentro también una gran dificultad en eso de la peregrinación; porque supongamos a veinte y cinco años por generación y cien millones de varones sobre el globo. Si está cada uno de ellos obligado a ir a la Meca, una vez en su vida, estarán por consiguiente todos los años cuatro millones de hombres caminando; y como no será posible regresar en el año mismo, se duplicará el número, que compondrá entonces ocho millones: ahora bien, ¿dónde podrían encontrarse los víveres, el agua, los buques y demás objetos necesarios para esta procesión universal? Sería menester en este caso apelar a infinitos milagros".

"La prueba de que la religión de Mahoma no es la revelada, dijo un teólogo católico, está en que la mayor parte de las ideas que forman su base, existían mucho tiempo antes que ella y que por lo tanto no es más que una mezcla confusa de verdades adulteradas de nuestra santa religión y la de los judíos, que un hombre ambicioso hizo servir para sus proyectos de dominación y sus miras profanas. Recorred su libro y sólo veréis historias de la Biblia y del Evangelio disfrazadas en cuentos absurdos y lo restante sólo es un tejido de declamaciones contradictorias y vagas y de preceptos ridículos o peligrosos. Analizad el espíritu de esos preceptos y la conducta del apóstol; no se descubrirá más que un carácter ratero y atrevido, que, para lograr su fin excita con mucha destreza las pasiones del pueblo que quiere gobernar. Habla con hombres sencillos y crédulos y les inventa prodigios: son ignorantes y envidiosos y lisonjea su vanidad despreciando las ciencias: son pobres y avarientos y excita su codicia con la esperanza del pillaje: no tiene por el pronto nada que dar sobre la tierra y crea tesoros en el cielo, haciendo desear la muerte como un bien supremo: amenaza con el infierno a los cobardes, promete el paraíso a los valientes; fortalece a los débiles con el fatalismo; en una palabra, promueve la adhesión y el celo, que solicita, por medio de los

atractivos de los sentidos y del halago de todas las pasiones.

Pero, ¡qué carácter tan diferente en nuestra santa doctrina!, ¡y con qué evidencia no se prueba su origen celestial, al ver asegurar su imperio sobre la contradicción de todos los gustos y las ruinas de todas las pasiones! ¡Y de qué modo atestiguan su emanación de la Divinidad, su moral dulce y benéfica y sus efectos espirituales! Es verdad que muchos de sus dogmas son superiores a la comprensión del entendimiento humano, e imponen a la razón un respetuoso silencio, pero por esta misma causa está mejor probada su revelación, puesto que nunca hubieran podido inventar los hombres tan grandes misterios". Y teniendo en una mano la *Biblia* y en la otra los *cuatro Evangelios*, empezó a referir el doctor: Que habiendo pasado Dios al principio una eternidad sin hacer nada, determinó al fin, no sabe por qué, crear el universo entero en seis días y descansar el séptimo, porque se hallaba fatigado; que habiendo puesto la primera pareja de los seres humanos en un lugar de delicias, para que fuesen allí completamente dichosos, les prohibió probar de un fruto que dejó a su alcance; que estos primeros padres, cediendo a la tentación de comerle, toda su descendencia (aunque no había nacido aún) fue condenada a sufrir la pena de una falta que no había cometido; que después de haber dejado condenarse al género humano por espacio de cuatro o cinco mil años, mandó este Dios de misericordia a su muy amado hijo, que había engendrado sin madre y tenía la misma edad que él, que fuese a hacerse matar en la tierra, para salvar a los hombres, de los cuales la mayor parte continuaban condenándose, aún después de aquella expiación; que para remediar tal inconveniente, este mismo Dios nacido de una mujer que quedó virgen después del parto, resucitó después de morir y todos los días resucitaba o renacía bajo la forma de un poco de pan sin levadura y se multiplicaba a millaradas a la sola voz del último de los hombres. Y pasado de aquí a la doctrina de los sacramentos, iba a tratar a fondo del poder de *negar o dar la absolución de los pecados* y de los medios de purgar todo crimen con un poco de agua y algunas palabras; pero así que profirió las palabras *indulgencia, poder del Papa, gracia suficiente y eficaz*, le interrumpieron millares de gritos. "Es un *abuso horrible*, dijeron los luteranos, *pretender* el perdón de los *pecados* por medio del *dinero*."

Es contrario al texto del Evangelio, dijeron los calvinistas, suponer una *presencia verdadera*. El Papa no tiene derecho para decidir nada por sí mismo, dijeron los jansenistas; "y acusándose a un mismo tiempo treinta sectas diferentes de errores y herejías, no fue posible que se entendieran."

Pasado algún tiempo y restablecido el silencio, dijeron los musulmanes al legislador: "¿Si rechazáis nuestra doctrina porque propone cosas increíbles, podréis admitir la de los cristianos? ¿No es más opuesta todavía al sentido natural y a la justicia? ¡Un Dios *inmaterial* e *infinito* hacerse hombre!, ¡tener un hijo de su misma edad!, ¡convertirse este hombre-dios en pan que se come y digiere!, ¡tenemos acaso nosotros algo que se parezca a eso? ¿Poseen los cristianos el *derecho exclusivo* de una fe ciega?, ¿y les concederéis *privilegios* de creencia en detrimento nuestro?"

Entonces se adelantaron varios salvajes y dijeron:

"¡Cómo!, ¿porque un hombre y una mujer comieron una manzana, seis mil años hace, ha de ser condenado todo el género humano?, ¿y llamáis justiciero a ese Dios? ¿Qué tirano hizo nunca responsables a los hijos de las faltas de sus padres?, ¿cuál es el hombre que puede responder de las acciones de otro? ¿No es eso trastornar toda idea de justicia y de razón?"

"¿Dónde están, dijeron otros, los testigos y las pruebas de todos esos hechos supuestos que se acaban de legar? ¿Pueden admitirse sin ningún examen de pruebas? Para la menor acción judicial son necesarios los testigos, ¿y querrán hacernos creer todas esas cosas por simples tradiciones y de oídas solamente?".

Después de este discurso, habló un rabino en esta forma: "En cuanto al fondo de los hechos, nosotros salimos garantes; mas en punto a la forma y al uso que han hecho de ellos, es muy diferente el caso, y los cristianos se condenan por sus propios argumentos, porque no pueden negar que somos nosotros la raíz original de la que derivan y el tronco primitivo sobre el que se han injertado; y de aquí se sigue un razonamiento inmediato; o nuestra ley es de Dios y la suya es una herejía puesto que difiere de ella; o nuestra ley no es de Dios y la suya cae al mismo tiempo".

"Es preciso distinguir, respondió el cristiano: vuestra ley es de Dios como *simbólica y preparatoria*, pero no como *final y absoluta*; vosotros sólo sois el *simulacro* y nosotros somos la *realidad*".

"Sabemos, replicó el rabino, que tales son vuestras pretensiones; pero son absolutamente caprichosas y falsas. Vuestro sistema está cimentado enteramente sobre las bases del *sentido místico* y de *interpretaciones quiméricas alegóricas* <24>; este sistema violenta al texto de nuestros libros, sustituye sin cesar las ideas más extravagantes al sentido recto y ve cuanto se le antoja, como una imaginación que desvaría ve figuras en las nubes. Así es como habéis hecho un *mesías espiritual* de lo que, según la intención de nuestros profetas, no era sino un *rey político*. Vosotros habéis hecho una redención del género humano de lo que no era más que el restablecimiento de nuestra nación. Vosotros habéis establecido una supuesta *concepción virginal*, sobre una frase mal entendida. De este modo suponéis cuanto os conviene, según vuestra voluntad; veis en nuestros propios libros vuestra *trinidad*, aunque no se hace de ella la menor mención y prescindiendo de que esa idea viene de las naciones profanas la habéis vosotros admitido, como otra multitud de opiniones de todos los cultos y de todas las sectas, para fundar vuestro sistema en el caos y la anarquía de *los tres primeros siglos*".

Al oír estas palabras, llenáronse de furor los doctores cristianos, gritaron *sacrilegio, blasfemia* y quisieron acometer al judío. Varios frailes con vestimentas negras y blancas se adelantaron llevando un estandarte donde estaban pintadas *tenazas, parrillas* y una *hoguera* y las palabras *justicia, caridad y misericordia*: "Es menester, dijeron, hacer un *auto de fe* con estos *impíos*, y quemarlos en honra y gloria de dios". No bien acabaron de enunciar esta idea cuando se dispusieron a realizarla empezando a formar una hoguera, pero los musulmanes les dijeron con tono irónico: "He aquí la religión de *paz*, la moral *humilde* y *benéfica* que nos habéis ponderado tanto; ¿Es ésta la *caridad evangélica*, que no combate la *incredulidad* sino por medio de la *dulzura* y que no opone a las *injurias* más que la *paciencia*? ¡Hipócritas!, ¡así engañáis a las naciones!, ¡así es como habéis propagado vuestros funestos errores! Cuando erais débiles, predicabais la *libertad*, la *tolerancia* y la *paz* y siendo fuertes, practicáis la *persecución* y la *violencia*".

Iban a referir en seguida la historia de las guerras: de las matanzas del *cristianismo*, cuando el legislador, recomendando el silencio, contuvo este movimiento de discordia. "No es nuestra causa, respondieron los abigarrados frailes, con un tono de voz humilde y melinflua, lo que queremos vengar; es la causa de Dios; es su gloria lo que defendemos". ¿Y con qué *derecho*, replicaron

los imanes, *os constituís en sus representantes* con preferencia a nosotros? ¿Tenéis *privilegios* que nosotros no tengamos?, ¿sois hombres de otra especie distinta?

"*Defender a Dios y pretender vengarle*, dijo otro grupo, ¿no es insultar su sabiduría y su poder? ¿No sabe mejor que los hombres lo que conviene a su propio decoro?". "Sí, pero sus vías son ocultas, respondieron los frailes".

"Mas siempre tendréis que probar, contestaron los rabinos, que tenéis el privilegio exclusivo de entenderlas". Entonces los judíos, orgullosos al ver que algunos sostenían su causa, creyeron que iban a triunfar los libros de Moisés, cuando el *Mobed* (o pontífice) de los *Parsis*, habiendo pedido permiso para hablar, dijo al legislador lo siguiente:

"Hemos escuchado con atención lo que han dicho los judíos y los cristianos sobre el origen del mundo; y aunque alterado todo, reconocemos, sin embargo, muchos hechos que admitimos, pero reclamamos contra la primacía con que los atribuyen al legislador hebreo Moisés. Desde luego no podrá probarse que los libros escritos con el nombre de Moisés sean realmente obra suya, al contrario, demostraremos con veinte pruebas evidentes, que su redacción se hizo seis siglos después y que proviene de la connivencia de un gran sacerdote y de un rey elegidos; que además de esto, si recorremos con atención el pormenor de las leyes, de los ritos y de los preceptos que creen venir directamente de Moisés, no hallaréis en ningún artículo la menor indicación de lo que hoy día compone la doctrina teológica. En ningún paraje veréis rasgo alguno, ni de la *inmortalidad* del alma, ni de *otra vida*, ni del *infierno* y el *paraíso*, ni de la *rebelión del ángel*, *principal autor de los males del género humano*, etc.

Moisés no profesó esta doctrina y la razón es obvia puesto que *Zoroastro* la evangelizó en Asia dos siglos después que él. Así es que (añadió el *Mobed*, dirigiéndose a los *rabinos*) sólo desde dicha época, es decir, después del siglo de vuestros primeros reyes, han aparecido esas ideas en vuestros escritores. Por ésto no se manifiestan sino por grados, al principio furtivamente, según las relaciones políticas que tuvieron vuestros padres con nuestros abuelos. Pero cuando fueron aquéllos vencidos y dispersados por los reyes de Nínive y de Babilonia y transportados a orillas del Eufrates y el Tigris, fue cuando, criados en nuestro país por espacio de tres generaciones sucesivas, participaron con más especialidad de las costumbres y opiniones que habían refutado hasta entonces vuestros padres como contrarias a su ley. Y cuando nuestro rey *Ciro* los libertó de la esclavitud, se inclinó su corazón a favor nuestro por el lazo de la gratitud, y fueron nuestros discípulos e imitadores; y las familias más distinguidas que los reyes de Babilonia habían instruido en las ciencias caldeas, llevaron a Jerusalén nuevas ideas y dogmas nuevos <25>.

La mayor parte del pueblo que no emigró, opuso el texto de la ley y el silencio absoluto del profeta. Pero prevaleció nuestra doctrina; y modificada según vuestro carácter y las ideas propias que teníais, produjo una nueva secta. Vosotros esperabais un *rey restaurador* de vuestro poder, y nosotros anunciábamos un *Dios reparador y salvador*: de la combinación de estas ideas, resultó la base del *cristianismo*; y aunque os queráis dar esos aires de originalidad y tengáis pretensiones a la primacía, todos vosotros, judíos, cristianos y musulmanes, *no sois en vuestro sistema de los seres espirituales, más que hijos descarriados de Zoroastro*".

Y pasando inmediatamente el *Mobed* a desarrollar los principios de su religión, apoyado en su *Sad-der* y en su *Zend-Avesta*, refirió, como el *Génesis*, la

creación del mundo en *seis gahans* o *tiempos*; la formación del primer hombre y la primera mujer en un sitio *celestial*, bajo el reinado del *bien*; la introducción del *mal* en el mundo por la *gran culebra*, *emblema de Ahrimanes*; la rebelión y el combate del genio del *mal* y de las *tinieblas* contra *Ormuzd*, dios del *bien* y de la *luz*; la división de los ángeles en *blancos* y *negros*, *buenos* y *malos*; su orden jerárquico en *querubines*, *serafines*, *tronos*, *dominaciones*, etc; el *fin del mundo al cabo de seis mil años*; la venida del *cordeiro reparador* de la *naturaleza*; el mundo nuevo; la *vida futura* en unos lugares de *delicias* o de *penas*; el *paso de las almas* sobre el *punto del abismo*; las ceremonias de los misterios de *Mitras*; el *pan ázimo* que comían los iniciados: el *bautismo* de los recién nacidos; las *unciones* de los *muertos* y las *confesiones* de sus *pecados*; en una palabra, expuso tantas cosas análogas a las tres religiones precedentes, que aquélla parecía un comentario o continuación del *Corán* y del *Apocalipsis* <26>.

Pero los doctores judíos, cristianos y musulmanes reclamaron fuertemente contra esta exposición, y trataron a los *Parsis* de idólatras y de *adoradores del fuego*; les acusaron de impostores porque inventaban y alteraban los hechos; y se suscitó una violenta disputa sobre la época de los sucesos, sobre su serie y encadenamiento, sobre el manantial primitivo de las opiniones, sobre su transmisión de pueblo a pueblo, sobre la autenticidad de los libros que las establecen, sobre el tiempo de su composición, el carácter de sus redactores y el valor de sus testimonios. Todos los partidos que formaban estas diversidades de dictámenes, se reprocharon recíprocamente sus asertos apócrifos, y se acusaron de haber establecido su creencia sobre fábulas absurdas, inventadas sin discernimiento, parciales o ignorantes, y en épocas inciertas o supuestas.

Por otra parte se suscitó un gran rumor bajo los estandartes de las sectas *indias*; y los *bracmanes*, protestando contra las pretensiones de los judíos y de los *parsis*, dijeron: "¿Qué pueblos novísimos y casi desconocidos son esos, que pretenden establecerse así, y de motu propio, como autores de las naciones, y depositarios de sus archivos? Al escuchar sus cálculos de cinco y seis mil años, diríase que el mundo nació ayer, sin embargo así que nuestros monumentos acreditan una duración de muchos millares de siglos. Pero, ¿por qué derecho deberán ser preferidos sus libros a los nuestros? ¿Los *vedas*, los *chastros*, los *Puranos*, son acaso inferiores a la *Biblia*, al *Zend-Avesta* y al *Sad-der*? ¿El testimonio de nuestros padres y de nuestros Dioses no valdrá tanto como el de los Dioses y el de los padres de los Occidentales? ¡Ah!, ¡qué sería de vosotros si nos fuese lícito revelar ciertos *misterios* a hombres profanos!, ¡si un sagrado velo no debiese encubrir nuestra doctrina a los ojos de todos!..."

Al terminar estas palabras, callaron los *bracmanes*, y el legislador les dijo: "¿Y cómo admitiremos vuestra doctrina, si no la manifestáis?, ¿cómo han podido propagarla sus primeros autores, cuando los únicos que la poseían, y su mismo pueblo era profano?, ¿la reveló el cielo para ocultarla?"

Pero los *bracmanes* persistieron en no quererse explicar, y entonces dijo un europeo: "Podemos dejarles el honor del secreto, puesto que su doctrina está ya descubierta: poseemos sus libros, y yo puedo indicaros la sustancia".

En efecto, analizó el europeo los tres o cuatro *vedas*, los diez y ocho *puranos* y los cinco o seis *chastros*, y expuso de qué manera un ser inmaterial, infinito, eterno, y REDONDO, después de haber pasado un *tiempo sin límites en contemplarse*, quiso por último darse a conocer y separó las *facultades de varón y hembra*, que se hallaban en él mismo, y ejecutó un acto de generación, cuyo emblema es el *lingam*. Explicó igualmente cómo nacieron de este primer

acto tres *potencias divinas*, llamadas *Bermah*, *Bichen* o *Vichnú*, y *Chib* o *Chivén*, encargadas, la primera de *crear*, la segunda de *conservar* y la tercera de *destruir* o *cambiar* las formas del universo: y detallando la historia de sus operaciones y de sus aventuras, refirió de qué modo *Bermah*, orgulloso por haber criado el mundo y los ocho *bobunos* o esferas de *pruebas*, y creyéndose *Chivén*, ocasionó con este superior en orgullo un combate que estrelló los *globos* u *órbitas celestes*, como una cesta de huevos. Después contó que *Bermah*, vencido en este combate, se vio reducido a servir de pedestal a *Chivén*, convertido en *lingam*; y que *Vichnú*, dios *mediador*, tomó, en diferentes épocas, nueve formas animales y mortales para *conservar* el mundo; primero la de *pescado*, con la cual salvó del *diluvio universal* una familia que repobló la tierra; después, bajo la forma de una *tortuga* <27>, sacó del *mar de leche* la montaña *Mandreguiri* (el polo); luego, bajo la de un *jabalí*, despedazó el vientre del gigante *Erenniachessen*, que *sumergía* la tierra en el abismo del *Djole*, de donde la sacó sobre sus colmillos. En seguida expuso el europeo de qué manera habiendo aquel Dios *encarnado* bajo la forma de un *pastor negro* y con el nombre de *Crisén*, *libertó el mundo de la serpiente venenosa Calengam* y *logró aplastarle la cabeza, después de haber sido mordido en el pie*.

Pasando sucesivamente a la historia de los *genios secundarios*, refirió como había creado el *Eterno*, para *hacer brillar su gloria*, diversos órdenes de *ángeles*, encargados de cantar sus alabanzas y dirigir el universo: cómo se *rebeló* una parte de estos *ángeles* por instigaciones y bajo el mando de un *jefe ambicioso*, que quiso usurpar el poder de *Dios* y gobernarlo todo: cómo les precipitó *Dios* en las profundas *tinieblas*, para que sufriesen el castigo de su *maldad*: cómo movido al fin de compasión, consintió en sacarlos de aquel abismo y volverlos a su gracia, después de haberles hecho sufrir pruebas muy largas: cómo, habiendo creado con este intento *quince órbitas* o *regiones de planetas*, y cuerpos para habitarlas, sometió estos *ángeles rebeldes* a experimentar en ellos *ochenta y siete transmigraciones*; dijo también de qué modo las *almas, así purificadas*, volvían a la *fuentes primitiva, al océano de vida y de animación* de que procedían; y por qué, conteniendo todos los seres vivientes una porción de esta *alma universal*, era un delito el privarles de ella. Iba a referir, por último, todos los *ritos* y las *ceremonias* de aquella religión, cuando al hablar de *ofrendas y libaciones de leche y manteca* hechas a *Dioses de madera o de cobre*, y de *purificaciones ejecutadas con la orina o el excremento de vaca*, cundió por todas partes un murmullo mezclado de risas, que interrumpió al orador.

Cada grupo entonces reflexionó sobre esta religión, y los musulmanes dijeron: "Estos son idólatras, es preciso exterminarlos". Los sectarios de Confucio gritaron: "Estos son locos, y es menester curarlos". Otros decían burlándose: "¡Qué Dioses tan graciosos, unos mamarrachos grasientos y ahumados, que se lavan como los niños sucios, y de los cuales es preciso espantar las moscas golosas que los ensucian con sus inmundicias!".

Indignado un *bracmán* al oír tales sarcasmos, prorrumpió diciendo: "Estos son misterios profundos, y emblemas de verdades que no sois dignos de escuchar".

"¿Con qué derecho, replicó un *lama* del Tibet, *sois vosotros más dignos que nosotros*? ¿Es acaso porque os uponéis salidos de la cabeza de *Bermah*, y que atribuíis a otras partes menos nobles la generación del resto de los hombres?, pero a fin de sostener la vanidad de vuestras distinciones de *origen* y de *castas*, probadnos que sois otros hombres diferentes. Probadnos después, con hechos históricos, esas alegorías que nos referís. Demostradnos también que sois los autores de toda esa doctrina: porque en cuanto a nosotros, estamos prontos a

probar que sólo sois unos *plagiarios* y unos *corruptores*, que sólo sois los imitadores del antiguo paganismo de los Occidentales al cual habéis agregado por medio de una ridícula mezcla, la doctrina espiritual de nuestro *Dios*; doctrina enteramente libre del dominio de los sentidos, e ignorada en la tierra antes que *Buda* la predicara a las naciones".

Una multitud de grupos preguntaron a un tiempo, qué *Dios* era aquél, cuyo nombre no conocían <28>; y el *lama* volvió a hablar de esta suerte:

"Al *principio* un *Dios único* <28>, que existía por sí mismo, después de haber pasado una eternidad absorbido en la contemplación de su ser, quiso manifestar ss perfecciones fuera de sí propio, y creó la materia del *mundo*; producidos los *cuatro elementos*, aunque todavía *confusos*, *sopló* sobre las *aguas* que se hincharon como una *bola* inmensa de la forma de un huevo, la cual, desenvolviéndose, formó la *bóveda* y el *orbe del cielo* que rodea el mundo; habiendo hecho también la tierra y los *cuerpos de los seres*, *este Dios esencia del movimiento*, les concedió para animarlos, una *porción de su ser*, por lo tanto, siendo el *alma* de todo lo que vive y alienta una fracción del *alma universal*, ninguna *perece*, sino que *cambian de molde y de forma, pasando por diversos cuerpos*: de todas estas formas, la que más agrada al *ser divino*, es la del *hombre*, por ser la que más se acerca a sus perfecciones; cuando un hombre *se entrega a la contemplación de sí mismo*, por un desprendimiento absoluto de sus sentidos, consigue descubrir la *divinidad*; y aún se convierte en ella: de todas las *encarnaciones* de esta especie, de que *Dios* se ha revestido ya, la más grande y la más solemne fue aquélla en que apareció, hace veinte y ocho siglos, en *Cachemira*, bajo el nombre de *Fot* o *Buda*, para enseñar la doctrina de la *abnegación* o *conocimiento de sí mismo*. Y explicando la historia de *Fot*, dijo que había *nacido del costado derecho de una virgen de sangre real, que no había dejado de ser virgen aunque fue madre*; que el rey del país, inquieto por su nacimiento, *quiso hacerle perecer*, y que *mandó degollar a todos los varones que nacieron en aquella misma época*; que *salvado por unos pastores*, *vivió Buda en el desierto* hasta la edad de *treinta años*, donde *empezó su misión de instruir* a los hombres y de *librarlos* de los *demonios*; que hizo una multitud de *milagros* asombrosos; que *vivió ayunando* y haciendo las *penitencias* más fuertes, y que dejó al morir a sus discípulos un libro donde se halla contenida su doctrina". Y el *lama* empezó a leer de esta manera:

"El que abandonare a su padre y a su madre para seguirme, dice Buda, se hará un perfecto *samaneo* (un hombre celestial).

El que practicare mis preceptos hasta el cuarto grado de perfección, adquirirá la facultad de volar por el aire, de hacer mover el cielo y la tierra, y de prolongar o disminuir la vida (de resucitar).

El samaneo debe despreciar las riquezas, hacer solamente uso de lo más necesario, mortificar su cuerpo dominar sus pasiones, no desear nada, no aficionarse a nada, meditar incesantemente mi doctrina, sufrir con resignación las injurias y no odiar al prójimo.

El *cielo* y la *tierra perecerán*, dice *Fot*; despreciad pues vuestro *cuerpo* compuesto de cuatro elementos *perecederos*, y sólo pensad en vuestra *alma inmortal*.

Desoíd los gritos de la carne; las pasiones producen el temor y los pesares:

sofocadlas y así evitaréis el temor y los pesares.

El que muera sin haber abrazado mi religión, volverá a vivir entre los hombres hasta que la practique".

El *lama* iba a continuar, cuando los cristianos, interrumpiendo el silencio que guardaban, dijeron: "que aquélla era su misma religión, pero adulterada; que Buda no era otra cosa sino el propio *Jesús* desfigurado; y que los *lamas* eran unos *nestorianos* o *maniqueos* disfrazados y degenerados <30>".

Pero el *lama*, sostenido por todos los *chamanes*, *bonzos*, *gonnis* y *talapones* de *Siam*, de *Ceilán*, del *Japón* y de la *China*, prpbó a los cristianos, por sus propios autores, que la doctrina de los *samaneos* estaba esparcida por todo el Oriente más de mil años antes que el cristianismo, que su nombre estaba citado antes de la época de *Alejandro* y que *Buda* había sido citado también antes que *Jesús*. Y volviendo contra ellos sus mismos argumentos: "Probadme ahora vosotros, dijo el *lama*, que no sois unos *samaneos degenerados*, que el hombre a quien hacéis *autor de vuestra secta*, no es el mismo *Buda* disfrazado. Demostradnos su existencia por monumentos históricos de la época que citáis; porque en cuanto a nosotros, fundados en la falta de todo testimonio auténtico, os la negamos resueltamente, y sostenemos que vuestros evangelios son los libros de los *Mitracos de Persia*, y de los *Esenios de Siria*, que no eran más que *Samaneos* reformados".

Al oír estas palabras, gritaron los *cristianos* terriblemente e iba a suscitarse otra cuestión cuando un grupo de *chamanes chinos*, y de *talapones* de *Siam*, dijo, adelantándose en el circo, que iban ellos a poner de acuerdo a todo el mundo. Uno de ellos tomó la palabra y se produjo así: "Ya es tiempo que terminemos todas estas contestaciones frívolas; levantando para vosotros el velo de la *doctrina interior* <31>, que el mismo *Buda* reveló a sus discípulos al tiempo de morir.

Todas esas opiniones teológicas, dijo, no son más que quimeras; todas esas relaciones de la naturaleza de los dioses, de sus acciones y de su vida, son alegorías y emblemas mitológicos que envuelven ideas ingeniosas de moral, y el conocimiento de las operaciones de la naturaleza en la acción de los elementos y en el movimiento de los astros.

Lo cierto es que todo *se reduce a la nada*; que todo es *ilusión*, *apariencia* y *sueño*; que la *metempsicosis moral* es el sentido figurado de la *metempsicosis física*, de este *movimiento sucesivo* mediante el cual los elementos de *un mismo cuerpo* que no perecen, pasan, al disolverse, a otros, y forman nuevas combinaciones, el *alma* es el *principio vital* que resulta de las *propiedades de la materia*, y de la acción de los elementos en los cuerpos en que crean un *movimiento espontáneo*. Suponer que este *producto* de la acción de los órganos, nacido con ellos, ha de subsistir cuando ya no existen es un cuento tal vez agradable, pero realmente *quimérico*, parto de una imaginación ofuscada. El mismo *Dios* no es otra cosa sino el *principio motor*, la *fuerza oculta esparcida en los seres*, la *suma de sus leyes* y de sus *propiedades*, el *principio animante*, en una palabra, el *alma del universo*, la cual, en razón de la infinita variedad de sus relaciones y operaciones, considerada a veces *simple* y otras *múltiple*, ya *activa* ya *pasiva*, ha presentado siempre al espíritu humano un enigma indescifrable. Lo más que puede deducirse de todo ésto, es que *la materia no perece*; que posee esencialmente propiedades, mediante las cuales se rige el *mundo* como un *ser viviente* y organizado; y que el conocimiento de estas *leyes*, con respecto al hombre, es lo que constituye la *sabiduría*; que la *virtud* y

el *mérito* consisten en su *observancia*; y el *mal*, el *pecado* y el *vicio*, dependen de su *ignorancia* y de su *infracción*; que la *felicidad* y la *desgracia* son sus resultados, por la misma *necesidad* o precisión que obliga a las cosas *pesadas a caer y a las ligeras a elevarse* y por una propiedad inevitable de las causas y los efectos, cuya cadena sube desde el último átomo hasta los más altos planetas".

No bien se hubieron pronunciado estas palabras, cuando una multitud de teólogos de todas las sectas dijeron: "Esta doctrina es un puro *materialismo*; son *impíos* los que la siguen, *ateos*, *enemigos de Dios y de los hombres*, y es preciso exterminarlos...". "¡Pues bien!, respondieron los *chamanes*, si nos equivocamos, como puede ser, porque el *primer atributo del espíritu humano* es el de estar *sujeto a la ilusión*, decidnos: ¿con qué derecho quitaréis la vida que el cielo ha dado a hombres como vosotros? ¿Si ese cielo *nos considera culpables y tiene horror de nosotros*, ¿por qué nos hace participar de los mismos beneficios que a vosotros? Y siendo así que nos trata con indulgencia, ¿qué derecho tenéis para ser menos tolerantes? Hombres piadosos, que habláis de *Dios* con tanta seguridad y confianza, ¿queréis decirnos lo que es? Hacednos comprender igualmente lo que son esos seres abstractos y metafísicos que llamáis *Dios y alma subsancial sin materia, existencia sin cuerpo, y vida sin órganos ni sensaciones*. Si conocéis estos seres por medio de *vuestros sentidos* o de la *reflexión*, hacéndonos igualmente perceptibles y si habláis por *testimonio y tradición*, enseñadnos una relación uniforme, y dad a nuestra creencia *bases relacionadas y fijas*".

Luego se suscitó entre los teólogos una gran controversia *sobre Dios y su naturaleza; sobre su modo de obrar y de manifestarse, sobre la naturaleza del alma y su unión con el cuerpo; sobre su existencia anterior a los órganos, o solamente después de su formación; y sobre la vida futura y el otro mundo*. Todas las sectas, todas las escuelas y todos los individuos opinaban de distinto modo respecto a estos puntos y fundando su disenso en razones especiosas, en autoridades respetables, pero opuestas, viéronse todos metidos en un confuso laberinto de contradicciones.

El legislador reclamó el silencio, y trayendo la cuestión a su primitivo punto de vista, les dijo:

"Jefes y maestros de los pueblos, os habéis reunido para descubrir la *verdad*, y creyendo cada uno de vosotros poseerla, ha exigido una fe implícita; pero reparando la contrariedad de vuestras opiniones habéis visto que era preciso someterlas a un término general de comparación, y habéis convenido en exponer cada uno las pruebas de vuestra creencia. Habéis alegado hechos; pero teniendo cada una de las religiones y sectas *igualmente* sus milagros y sus mártires, y produciendo *igualmente* testimonios apoyados en el sacrificio voluntario de la vida, ha quedado la balanza en el *fiel* en este primer punto, por el derecho de paridad.

Habéis pasado después a las pruebas de raciocinio: pero los mismos argumentos se aplican *igualmente* a tesis contrarias; los mismos asertos, *igualmente* infundados, han sido también *igualmente* expuestos y rebatidos; y negado el consentimiento de cada uno de vosotros por el mismo derecho que todos tienen, no ha sido posible llegar a una conclusión bien demostrada. Además de ésto ha suscitado la confrontación de vuestros dogmas nuevas y mayores dificultades; porque en medio de unas diversidades aparentes y accesorias, ha ofrecido su explicación un fondo de semejanza muy grande y un origen común; y pretendiendo cada uno de vosotros ser el inventor *verdadero*, el depositario primitivo, os habéis reconvenido mutuamente de *alteradores* y

plagiarios; y de aquí ha nacido la cuestión espinosa de la transmisión de pueblo a pueblo de las ideas religiosas.

Por último, para completar la dificultad, habiendo querido daros razón de estas ideas a vosotros mismos, las habéis hallado confusas y extrañas; habéis visto que se fundaban en bases inaccesibles a vuestros sentidos, y que por consiguiente os encontrabais sin medios de juzgar con rectitud, conviniendo espontáneamente que erais con respecto a ellas los ecos de vuestros padres. De aquí se ha seguido otra cuestión delicada, a saber, *cómo han podido llegar a vuestros padres*, los cuales no tenían medios distintos a los vuestros para concebirlas; de modo que, siendo por una parte *desconocida la sucesión de estas ideas*, y por otra un misterio su origen y su existencia en el entendimiento, todo el edificio de vuestras opiniones teológicas aparece como un problema complicado de metafísica y de historia.

Pero como estas opiniones, por más extraordinarias que parezcan, deben, sin embargo, tener algún origen; como las ideas, aún las más abstractas y fantásticas, tienen en la *naturaleza* un modelo físico, se debe buscar este origen y descubrir cuál fue el modelo; en una palabra trátase de saber de dónde han venido al entendimiento humano estas ideas, hoy tan confusas, de la *Divinidad*, del *alma* y de todos los *seres inmateriales*, que forman la base de tantos sistemas, y de distinguir la *filiación* que han seguido y las *alteraciones* que han experimentado en su sucesión y sus ramificaciones. Esto supuesto, si hay hombres que hayan estudiado estos asuntos, que se adelanten, y procuren disipar a la faz de todas las naciones la oscuridad en que hace tanto tiempo están abismadas".

CAPÍTULO XXII

ORIGEN Y FILIACIÓN DE LAS IDEAS RELIGIOSAS

Cuando se pronunciaron estas palabras, un grupo nuevo, formado repentinamente de hombres que pertenecían a distintos estandartes, pero que arbolaban ninguno, se adelantó en la palestra; y alzando la voz uno de sus miembros, dijo de este modo:

"Legislador, amigo de la evidencia y de la verdad, no es de admirar que tantas nubes ofusquen el asunto de que tratamos, porque, a más de las dificultades naturales que tiene, el entendimiento no ha cesado nunca de encontrar en él obstáculos accesorios, habiendo prohibido la intolerancia de todos los sistemas la libertad de las discusiones y todos los conatos que se proponían aclararlas. Pero una vez que puede ya la razón ejercer sus facultades, tratemos de poner en claro y someter al juicio lo que han enseñado largas investigaciones, a los espíritus libres de preocupación; y lo expondremos sin el intento de obligar a nadie a que nos crea y sólo con el propósito de promover otras investigaciones y lograr nuevas y más brillantes luces.

Vosotros lo sabéis, doctores y preceptores de los pueblos; tinieblas muy densas ocultan la naturaleza, el origen y la historia de los dogmas que enseñáis, impuestos por la fuerza y por la autoridad, inculcados por la educación, sostenidos por el ejemplo, se han perpetuado de una en otra generación, afianzando su imperio por la costumbre de observarlos y la indiferencia con que

se ha mirado la necesidad de discutirlos. Pero si el hombre, ya ilustrado por la reflexión y la experiencia, observa con maduro examen las preocupaciones de su infancia, descubre muy luego una multitud de contradicciones y despropósitos que despiertan su sagacidad y promueven su raciocinio.

Reparando en la diversidad y oposición de las creencias que siguen las naciones, se enardece contra la infalibilidad que todas se atribuyen; y armándose también de sus pretensiones recíprocas, concibe que el *sentido* propio y la *razón*, *emanados inmediatamente de Dios*, no son una *ley menos santa* y un guía menos seguro que los *códigos* ideales y *contradictorios* de los profetas.

Si examina después el contexto de estos *códigos*, observa que sus supuestas *leyes divinas*, es decir, *inmutables y eternas*, nacieron según las *circunstancias* del tiempo, del lugar y de las personas; que derívanse unas de otras en un género de orden genealógico, porque se prestan mutuamente un fondo común y parecido de ideas que cada cual modifica como quiere.

Si sube al origen de las ideas, encuentra que se pierde éste en la noche del tiempo, en la infancia de los pueblos y en el principio del mundo mismo, al cual se suponen unidas; y colocadas allí en la oscuridad del caos, y en el imperio fabuloso de las tradiciones, se presentan dichas ideas acompañadas de circunstancias tan prodigiosas, que impiden toda posibilidad de juicio; bien que este mismo estado de cosas suscita un raciocinio que resuelve la dificultad: porque si los hechos prodigiosos que nos presentan los sistemas religiosos han existido realmente; si, por ejemplo, las metamorfosis, las apariciones, las *conversaciones* de uno solo o de muchos dioses, de que nos hablan los *libros sagrados* de los indios, de los hebreos, de los parsis, son sucesos históricos, es preciso convenir que la *naturaleza* entonces difería enteramente de la actual; que los hombres de los tiempos presentes no se parecen en nada a los de aquellos siglos y que no deben por lo tanto tratar de ellos.

Pero si, al contrario, no han existido realmente en el orden físico semejantes prodigios, entonces se deduce que pertenecen a las creaciones del entendimiento; y su naturaleza, capaz, aún hoy mismo de las composiciones más fantásticas, acredita la aparición de estas monstruosidades en la historia y no se trata ya sino de saber cómo y por qué se han formulado en la imaginación: ahora bien, examinando con atención los asuntos que componen sus *pinturas*, analizando las ideas que reúnen y combinan, observando todas las circunstancias que alegan, lógrase descubrir, en aquel mismo estado increíble, una solución de las dificultades conforme a las leyes de la naturaleza; se ve que estas relaciones fabulosas tienen un sentido figurado distinto del aparente; que estos supuestos hechos maravillosos son hechos sencillos y físicos, pero que, por haberse concebido y descrito mal, se han desnaturalizado por causas accidentales dependientes del espíritu humano; por la confusión de los signos que ha empleado para pintar los objetos, por la ambigüedad de las palabras, los defectos de los idiomas y la imperfección de la escritura, se ve claramente que esos dioses, que representan unos papeles tan singulares en todos los sistemas, no son más que las *potencias físicas* de la NATURALEZA, los *elementos*, los *vientos*, los *astros* y los *meteoros*, que fueron personificados por el mecanismo necesario del idioma y del entendimiento; que su *vida*, sus *costumbres* y sus *acciones* no son más que la acción de sus *operaciones* y *propiedades*; y que toda su historia se reduce a la descripción de sus fenómenos, trazada por los primeros físicos que los observaron y tomada en sentido contrario por el vulgo que no la entendió, o por las generaciones siguientes que la olvidaron. En una palabra, se reconoce que todos los dogmas

teológicos sobre el *origen del mundo*, sobre la *naturaleza de Dios*, la *revelación* de sus leyes y la *aparición* de su persona, vienen a ser una relación de hechos astronómicos, o unas *narraciones* figuradas y *emblemáticas* del *movimiento* de las *constelaciones*: se observará también de un modo indudable, que la idea misma de la *Divinidad*, tan oscura y complicada hoy, no es en su modelo primitivo sino la de las *potencias físicas del universo*, consideradas unas veces como *múltiples* en razón de sus *agentes* y de sus *fenómenos*; y otras, como un ser *único* y sencillo por el *conjunto* y la conexión de todas sus partes; de modo que el ser llamado *Dios* ha sido tan pronto *fuego*, *viento*, *agua*, y *todos los elementos*, como el *sol*, los *astros*, los *planetas* y todas sus influencias; tan pronto la *materia* del *mundo visible*, la *totalidad del universo*, como las *cualidades* abstractas y metafísicas del *espacio*, la *duración*, el *movimiento* y la *inteligencia*; pero siempre con este resultado: que la *idea de la Divinidad* no ha sido una *revelación milagrosa de seres invisibles*, sino una *producción natural del entendimiento*, una operación del espíritu humano, que ha seguido sus mismos progresos y experimentado revoluciones en el conocimiento del mundo físico y de sus agentes.

Sí, en vano atribuyen los pueblos su culto a inspiraciones celestiales; en vano invocan sus dogmas un estado primitivo de las cosas sobrenatural: la barbarie originaria del género humano, confirmada por sus propios monumentos, desmiente todos estos asertos; pero existe además un hecho irrecusable que habla victoriosamente contra los hechos inciertos y dudosos de lo pasado. Del principio de que *el hombre no adquiere ni recibe ideas sino por el intermedio de sus sentidos*, se sigue con evidencia que toda nación que se atribuye otro origen que el de la experiencia y el de las sensaciones, es una suposición errónea de un raciocinio formado en un tiempo posterior: ahora bien, basta y sobra fijar la atención en los sistemas sagrados del *origen del mundo* y la *acción de los dioses*, para descubrir en cada idea y en cada palabra la anticipación de un orden de cosas que nació mucho más tarde; y apoyada la razón en estas contradicciones, repele todo lo que no puede probarse según el orden natural, no admite como buen *sistema histórico*, sino el que concuerda con la verosimilitud y establece el suyo, diciendo con seguridad:

Antes que una nación hubiese recibido de otra los dogmas ya inventados, antes que una generación hubiese heredado las ideas adquiridas por una nación anterior a ella, no existían en el mundo ninguno de estos sistemas compuestos. Siendo los primeros hombres hijos de la *naturaleza*, anteriores a todo suceso y extraños a todo acaecimiento, nacieron sin idea alguna de los dogmas engendrados por las disputas escolásticas, de los ritos fundados en usos y artes que debían nacer, de los preceptos que suponen precisamente un desarrollo de las pasiones, de los códigos que indican un idioma escrito y un estado social imperfecto y naciente: tampoco tuvieron conocimiento de la *Divinidad*, cuyos atributos se refieren a cosas físicas y a un estado *despótico* de gobierno; ni del *alma* y de todos esos seres metafísicos que no pueden comprenderse con los sentidos, siendo así que es imposible que el entendimiento pueda formarse idea alguna de ellos, si no se vale de los únicos instrumentos que le ha dado la naturaleza para juzgar de las cosas. Para llegar pues, a todos estos resultados, fue preciso que el hombre recorriese un círculo de hechos anteriores y que una multitud de ensayos lentos y repetidos le enseñasen el uso de sus torpes órganos; que la experiencia reunida de muchas generaciones, hubiese inventado y perfeccionado los medios de vivir mejor y que libre el espíritu de las trabas de las primeras necesidades, se elevase hasta el arte complicado de comparar las ideas, de formar raciocinios y de comprender relaciones abstractas".

CAPÍTULO XXII

I- ORIGEN DE LA IDEA DE DIOS: CULTO DE LOS ELEMENTOS Y DE LAS POTENCIAS FÍSICAS DE LA NATURALEZA

"El hombre no comenzó a conocer que estaba sometido a *fuerzas superiores* a la suya e *independientes* de su voluntad, hasta que, meditando sobre su condición, venció una multitud de obstáculos y recorrió una dilatada carrera en la noche de la historia. El sol le alumbraba y calentaba; el fuego le quemaba, el trueno le estremecía, el agua le ahogaba, el viento le impelía; y todos los seres ejercían sobre él una *acción poderosa e irresistible*. Siendo por mucho tiempo un autómatas, experimentó esta acción sin buscar sus causas; pero así que quiso conocerlas, se llenó de *admiración*; y pasando de la sorpresa de una idea primera a la ilusión de la curiosidad, formó una serie de raciocinios.

Considerando primero la *acción* de los elementos sobre su persona, concibió respecto a ella una *idea de debilidad y de sujeción*, y en cuanto a aquéllos una idea de *dominio* y de *poder*; y esta idea de *poder* o de *potencia*, fue el tipo primitivo y fundamental de la idea de la *Divinidad*.

En segundo lugar, excitaron en él los seres naturales, por medio de su acción, las sensaciones de *placer* o de *dolor*, de *bien* o de *mal*: por un efecto natural de su organización, experimentó, con respecto a ellos, *amor* o *aversión*; *deseó* o *temió* su presencia; y el *temor* o la *esperanza* fueron el principio de todas las ideas de *religión*.

Juzgando después de todo por comparación y observando en aquellos seres un movimiento espontáneo, supuso el hombre que este movimiento tenía una voluntad y una inteligencia parecidas a las suyas; y de aquí formó por inducción un nuevo raciocinio. Había experimentado que ciertas operaciones practicadas con relación a cosas semejantes producían el efecto de modificar sus efectos y dirigir su conducta: empleó estas mismas prácticas con los seres poderosos del universo y dijo: Cuando mi semejante, más fuerte que yo, quiera hacerme mal, me humillo delante de él y mi ruego tendrá la virtud de calmarle. Rogaré a los seres poderosos que me dañan; suplicaré a los vientos, a las aguas, a los astros y me oirán; pediré que me libren de los males y que me den los bienes de que disponen; los enterneceré con mis lágrimas, los ablandaré con mis dones y gozaré entonces del bienestar que apetezco.

El hombre sencillo habló al sol y a la luna en la infancia de su razón; animó con su mismo espíritu y sus pasiones los *grande agentes* de la NATURALEZA; creyó variar sus leyes inflexibles por medio de vanos sonidos y de vanas prácticas... Pero, ¡qué error tan funesto! Pidió a las piedras que subiesen, a las aguas que se elevasen, a las montañas que mudaran de sitio; y sustituyendo un mundo fantástico a un mundo verdadero, se los representó como seres dotados de *opinión*, para espanto de su ánimo y tormento de su misma especie.

De este modo, las ideas de *Dios* y de *religión*, lo mismo que todas las demás, han provenido de los objetos físicos y han sido, en el entendimiento del hombre, el producto de sus sensaciones, de sus necesidades, de las circunstancias de su vida y del estado progresivo de sus conocimientos.

Por consecuencia de haber tenido las *ideas* de la *Divinidad* por primeros *modelos* los seres físicos, resultó que la *Divinidad* fue al principio variada y *múltiple*, como las formas bajo que pareció obrar: cada ser fue una *potencia*, un *genio*; y el universo se llenó de innumerables Dioses para los hombres primitivos.

Del principio de que las *ideas* de la *divinidad* tuvieron por *motores* los *afectos* del corazón humano, ajustáronlas a un orden calcado sobre las sensaciones de *placer* y *dolor*, de *amor* o de *odio*; y las *potencias de la naturaleza*, los Dioses, y los genios se dividieron en *benéficos* y *maléficos*, en *buenos* y *malos*; resultando la universalidad de estos dos caracteres, en todos los sistemas religiosos.

Estas ideas ajustadas a las de sus inventores, fueron al principio, y por largo tiempo, confusas y groseras. Los hombres salvajes que vagaban por los bosques, agobiados de necesidades y escasos de recursos, no tenían tiempo para combinar raciocinios ni establecer comparaciones, experimentando muchos más males que bienes, así es que su sensación más habitual era el *miedo*, y toda su teología el *terror*; su culto reducíase a algunas prácticas de respeto, y a presentar algunas ofrendas a unos seres que se representaban tan *feroces* y *avarientos* como ellos. En su estado de *igualdad* y de *independencia*, ninguno se creía capaz de ser mediador para con unos Dioses tan *pobres* como el hombre mismo: nadie tenía tampoco sobrante que dar, y por consecuencia no había parásitos con el nombre de sacerdotes, ni tributos con el título de víctimas, ni dominación con pretexto del altar: el *dogma* y la *moral* reunidos se reducían a la *conservación* de sí mismos; y la religión, sin influjo en las relaciones mutuas de los hombres, era un vano homenaje rendido a las *potencias visibles de la NATURALEZA*.

Tal fue el origen necesario y primitivo de toda idea de la divinidad".

Aquí el orador se dirigió a las naciones salvajes y les dijo: "Yo os lo pregunto, hombres que no habéis recibido todavía ideas extrañas, decidme, si os habéis formado algunas otras. Y vosotros, doctores, decidme si éste no es el testimonio unánime de todas las antiguas escrituras <3>

CAPÍTULO XXII

II- SEGUNDO SISTEMA. CULTO DE LOS ASTROS O SABEISMO.

"Pero estas mismas escrituras nos ofrecen después un sistema más metódico y complicado, cual es el culto de todos los astros, adorados ya bajo sus propias formas, ya bajo emblemas y símbolos que los representan; y este culto fue electo también de los conocimientos que adquirió el hombre en la física, e hizo derivar inmediatamente de las causas primeras del estado social, es decir, de las necesidades y de las artes que en su primer grado entraron como elementos en la formación de la sociedad.

En efecto, cuando principiaron los hombres a reunirse en sociedad, se vieron

precisados a extender los medios de subsistir, y a dedicarse por consiguiente a la agricultura: y el ejercicio de ésta exigió la observación y el conocimiento de los cielos. Fue preciso saber cómo volvía la *naturaleza* a presentar el mismo período de sus operaciones, y los mismos fenómenos la bóveda celeste: en una palabra, fue necesario arreglar la duración y sucesión de las estaciones, de los meses y del año: por lo tanto fue absolutamente preciso conocer ante todas cosas la marcha del *sol*, que se manifestaba el primero y más supremo agente de toda la creación en su revolución *zodiacal*; después la de la luna, que por sus fases y sus apariciones diversas arreglaba y señalaba el tiempo; en fin, fue indispensable conocer las estrellas y aún los planetas, los cuales, por sus apariciones y desapariciones nocturnas, sobre el horizonte y el hemisferio, formaban las divisiones menores del tiempo; y así se fue componiendo un sistema entero de astronomía y un calendario. De este trabajo resultó muy luego y espontáneamente, un método nuevo para considerar las *potencias que dominaban y regían*; habiéndose observado que las *producciones terrestres* tenían unas relaciones regulares y constantes con los *seres celestiales*, que el *nacimiento, crecimiento y destrucción* de cada planta estaban ligados a la *aparición, exaltación y declinación* del mismo astro y del mismo grupo de estrellas; en una palabra, de que la languidez o la actividad de la vegetación parecían depender de las *influencias celestes*, dedujeron los hombres una idea de *acción* y de *poder* de estos *seres celestiales y superiores* sobre los cuerpos terrestres; y los *astros*, como dispensadores de la escasez o la abundancia, se convirtieron en *potencias*, en *genios* <33>, en *Dioses*, en autores de los bienes y de los males.

Habiéndose entonces introducido en el estado social una jerarquía metódica de clases, empleos y condiciones, continuaron los hombres formando raciocinios de su comparación, transportaron sus nuevas nociones a su *teología*; y resultó la formación de un sistema complicado de *divinidades graduales*, en el cual el *sol*, *primer Dios*, fue un *jefe* militar, un *rey* político; la *luna*, una reina compañera suya; los *planetas*, sus servidores, sus mensajeros y comisionados; y la multitud de *estrellas*, un *pueblo*, un *ejército* de héroes, de *genios* encargados de *regir* el *mundo* a las órdenes de subalternos respectivos: cada uno de estos individuos tuvo su nombre, sus funciones y atributos, sacados de sus relaciones e influencias, y hasta un sexo distinto, derivado del género de su nombre.

Y como el estado social había introducido usos y prácticas complicadas, el culto las tornó semejantes; de sencillas y privadas que fueron al principio las ceremonias, se cambiaron en públicas y solemnes; las ofrendas fueron más ricas y más numerosas y los ritos más metódicos; se establecieron parajes para las asambleas, y se formaron capillas y templos; se instituyeron oficiales para la administración, y tuvieron pontífices y sacerdotes; se convino en ciertas fórmulas para ciertas épocas, y la religión se hizo un acto civil y un contrato político. Pero en medio de estos progresos, no se alteraron los principios primitivos; y la idea de *Dios* fue siempre la de los *seres físicos* haciendo el *bien* o el *mal*, es decir, produciendo sensaciones de *pena* o de *placer*: el *dogma* fue el conocimiento de sus *leyes*, o maneras de obrar; y la *virtud* o el *pecado*, la observancia o la infracción de estas leyes; y la moral <34>, en su sencillez nativa, fue una *práctica* sensata de todo lo que *contribuye a la conservación de la existencia y al bienestar propio, o de sus semejantes*.

Si se nos preguntase en qué época nació este sistema, responderemos, autorizados con las antiguas escrituras sobre la astronomía misma, que se remontan sus principios a más de *quince mil años* <35>, y si se pregunta también a qué pueblo debe atribuirse, responderemos que estos mismos

escritos, apoyados en tradiciones unánimes, se atribuyen a los pueblos primitivos de *Egipto*; y cuando encuentra el raciocinio reunidas en aquel país todas las circunstancias físicas que han podido producir dicho sistema, cuando se halla al propio tiempo una zona del cielo, inmediata al trópico, igualmente libre de las lluvias del ecuador y de las nieblas del norte; cuando se encuentra también en el punto céntrico de la esfera antigua, un clima saludable, un río inmenso y sin embargo tranquilo, una tierra fértil sin arte ni trabajo, e inundada sin emanaciones pestíferas, colocada entre dos mares próximos a las regiones más ricas, es fácil entonces de comprender que el habitante del *Nilo*, *agricultor* por la naturaleza de su suelo, *geómetra* por la necesidad anual de medir sus posesiones, *comerciante* por la facilidad de sus comunicaciones, *astrónomo*, en fin, por el estado de su cielo, abierto sin cesar a la observación, debió ser el primero que pasase de la condición *salvaje* a la *civilizada*, y por consiguiente el que adquiriese antes que otro los conocimientos físicos y morales propios del hombre en el estado social.

No hay duda, en las riberas superiores del Nilo, y en un pueblo de raza negra, fue donde se organizó el sistema complicado del *culto de los astros*, considerado en sus relaciones con los productos de la tierra y los trabajos de la agricultura; y este primer culto, caracterizado por su adoración bajo sus *formas* o sus *atributos naturales*, fue una operación sencilla del espíritu humano; pero muy luego la multitud de los objetos, de sus relaciones y acciones recíprocas, complicó las ideas y los signos que las representaban, y sobrevino una confusión tan extraña en su origen como perniciosa en sus resultados".

CAPÍTULO XXII

III- TERCER SISTEMA. CULTO DE LOS SÍMBOLOS O IDOLATRÍA.

"Cuando el pueblo agricultor, fijó su atención en los astros, conoció la necesidad de distinguir los individuos o los grupos de ellos y de nombrarlos con propiedad, para entenderse en su designación; pero se presentó una gran dificultad, porque de una parte, siendo los cuerpos celestes semejantes en sus formas, no ofrecían carácter especial para su denominación; y por otra, el idioma, pobre al nacer, no tenía expresiones para tantas ideas nuevas y *metafísicas*. El móvil ordinario del ingenio, que es la *necesidad*, supo vencer estas dificultades. Habiendo reparado que en la revolución anual, se hallaban constantemente *asociadas* al *salir* y al *ponerse* ciertas estrellas, la renovación y aparición periódica de los productos de la tierra, y así como lo estaban a la posición relativa de dichas estrellas con el *sol*, término fundamental de todas sus comparaciones, combinó el espíritu en su pensamiento las analogías observadas entre los objetos terrestres y celestes: y fue muy natural esta reflexión, así como lo fue el aplicar un mismo signo a las *estrellas* o los *grupos* que formaba, dándoles los mismos nombres que tenían los objetos terrestres que con ellas se relacionaban.

De estemodo el Etíope de Tebas llamó *astros* de la *inundación* o *vierte-aguas*, a los que se hallaban presentes cuando el río empezaba su *inundación*; *astros* del *buey* o del *toro* aquéllos bajo los cuales convenía arar las tierras; *astros* del *león*, los que se veían en el cielo, cuando este animal arrojado de los desiertos por la sed, se presentaba en las orillas del río; *astros* de la *espiga* o de la *virgen*

segadora, aquéllos en cuya época se recogía la cosecha; *astros del cordero*, *astros del cabrito* los que brillaban cuando nacían estos animalitos preciosos; y por este primer procedimiento vieron vencidas algunas de las dificultades que al principio encontraron.

Pero a más de ésto había reparado el hombre, en los seres que le rodean, ciertas cualidades distintivas y propias de cada especie: la primera de sus operaciones fue, como se ha visto, la de aplicar un nombre para designarlos; y por medio de la segunda encontró una manera ingeniosa de generalizar sus ideas; pues trasladando el nombre ya inventado a lo que presentaba una propiedad o una acción análoga, enriqueció su idioma con una metáfora perpetua.

Habiendo observado el mismo *Etíope* que la época de la inundación correspondía siempre con la presencia de una hermosa estrella, que se manifestaba hacia el *nacimiento del Nilo*, y que parecía advertir al labrador que se preparase contra la sorpresa de las aguas, comparó esta acción con la del animal que advierte de los riesgos con sus *ladridos*, y llamó a este astro el *perro*, el *can*, el *ladrador*; del mismo modo llamó *astros del cangrejo*, a los que se descubrían cuando llegando el sol al límite del trópico retrocedía marchando hacia atrás y de lado como el *cangrejo* o *cáncer*; dio el nombre de *astros del macho cabrío* a los que veían cuando llegando el sol al punto más culminante o elevado del cielo, a la parte más superior de *gnomon* horario, imitaban la acción del animal que *trep*a o se *encarama* sobre las puntas de las *rocas*; llamó *astros* de la *balanza*, a los que lucían cuando la *igualdad* de los días y las noches se asemejaba al *equilibrio* de este instrumento; *astros del escorpión*, a los que se observaban cuando ciertos vientos traían un *vapor* que *abrasaba* como el *veneno* del *escorpión*. Por ésto llamó también *anillos* y *serpientes* a la traza que señalaban las órbitas de los astros y los planetas; y tal fue el medio general con que dio nombre a todas las estrellas, y a los planetas por grupos o individuos, según sus referencias con las operaciones del campo y de la tierra, y según las analogías que observó cada nación con los trabajos de la agricultura, y con los objetos de su clima y de su suelo.

Procediendo así, resultó que entraron en *asociación* con los *seres superiores* y *poderosos* del cielo, los *seres abyectos* y *miserables* de la tierra; y esta *asociación* se estrechó por el carácter mismo del idioma y el mecanismo del espíritu. Se decía, usando de una metáfora natural: *El toro esparce sobre la tierra los gérmenes de la fecundidad* (refiriéndose a la primavera); y produce la *creación* y la *abundancia de las plantas* (que nutren). *El cordero* (o carnero); *libra los cielos de los genios maléficos del invierno*; *salva al mundo de la serpiente* (emblema de la estación de las lluvias), y *vuelve a traer el reino del bien* (el *estío*, estación de los placeres). *El escorpión derrama su veneno sobre la tierra, esparce las enfermedades y la muerte*, etc., etc.". En el mismo sentido metafórico se explicaban los demás efectos semejantes.

Este lenguaje, entendido por todos, subistió al principio sin inconveniente; pero andando el tiempo, y cuando se arregló el calendario, como el pueblo no necesitaba ya observar el cielo, perdió de vista el origen y motivo de estas expresiones; y quedando sus alegorías en un enlace continuo con los usos de la vida, resultaron algunos inconvenientes fatales para el entendimiento y la razón. Acostumbrado el ánimo a reunir los *símbolos* con las ideas de sus *modelos*, llegó a confundirlos: entonces aquellos mismos animales que el pensamiento había transportado a los cielos, volvieron a bajar sobre la tierra; pero vestidos ya en este regreso con las galas de los astros, se apropiaron sus atributos, y alucinaron a sus mismos autores. El pueblo creyó entonces ver

cerca de sí a sus *Dioses* y les dirigió con más facilidad sus súplicas; pidió al *carnero* de su rebaño los *benéficos influjos* que esperaba del *carnero* o *cordero celeste*; rogó al *escorpión* que no esparciese su veneno sobre la *naturaleza*, reverenció el *cangrejo* del mar, el *escarabajo* del lodo y el *pescado* del río; y por una serie de analogías erróneas, pero enlazadas, se perdió en el laberinto de los absurdos *consiguientes*.

He aquí el origen de ese *culto antiguo*, y extravagante de los *animales*; he aquí por qué progresión de ideas, pasó el carácter de la *Divinidad* a los animales más viles, y cómo se formó el *sistema teológico*, muy vasto, muy complicado y muy sabio, que llevado desde las orillas del Nilo de región en región por el comercio, la guerra y las conquistas, se apoderó del mundo antiguo; *sistema* que, modificado por el tiempo, las circunstancias y las preocupaciones, se manifiesta todavía a las claras en cien pueblos diferentes y subsiste como base íntima y secreta de la teología de los mismos que le desprecian y repelen".

Al oír estas palabras varios grupos dieron a entender su desaprobación con sus murmuraciones y el orador continuó así: "Ved de dónde viene, por ejemplo, entre vosotros, pueblos *Africanos*, la adoración de vuestros *ídolos, animales, plantas piedras y pedazos de madera* ante los cuales no hubieran vuestros antiguos padres tenido el delirio de postrarse, si no hubiesen visto en ellos unos *talismanes* en que se había *ingerido la virtud de los astros*. Ved vosotras, naciones *Tártaras*, el origen de vuestros *muñecos y mamarrachos* y de todo ese aparato de animales con que *embadurnan* vuestros *chamanes* sus magníficos trajes. Ved el origen de esas *figuras* de pájaros y de serpientes, que todas las naciones salvajes se estampan sobre la piel con ceremonias misteriosas y sagradas. ájaros y de serpientes, que todas las naciones salvajes se estampan sobre la piel con ceremonias misteriosas y sagradas. Y vosotros, Indios, en vano os queréis cubrir con el velo del misterio; el *gavilán* de vuestro Dios *Vichnú* no es más que uno de los *mil* emblemas del *sol* en Egipto; y vuestras encarnaciones de un Dios en *pescado*, en *jabalí*, en *león* y en *tortuga* y todas sus monstruosas aventuras, son metamorfosis del astro que pasando sucesivamente en los *signos* de los *doce animales* (del zodiaco), se supuso que tomaba sus formas y que llenaba sus funciones astronómicas. Vosotros, Japoneses, tenéis en vuestro *toro* que rompe el *huevo del mundo*, aquél del cielo que en otro tiempo *abría la edad de la creación*, o el equinoccio de la primavera; y ese es el mismo *buey Apis*, que adoraba el Egipto y que vuestros antepasados (o doctores judíos) adoraron igualmente en el ídolo del *becerro de oro*. Es también vuestro *toro* hijo de Zoroastro, el que sacrificado en los misterios simbólicos de *Mitra*, derramaba una *sangre fecunda* para el mundo, y en cuanto a vosotros cristianos, vuestro *buey* del Apocalipsis, con alas, *símbolo del aire*, no tiene tampoco otro origen; así como vuestro *cordero de Dios*, sacrificado, como el *toro* de *Mitra*, por la *salvación del mundo*, no es sino ese mismo *sol* en el signo del *carnero celeste*, al cual, abriendo el equinoccio en una edad posterior, se le atribuyó la virtud de libertar el mundo del reino del *mal*, es decir, de la constelación de la *serpiente*, de aquella *gran culebra madre del invierno* y emblema del *Ahrimanes* o *Satanás* de los *Persas*, vuestros maestros. Sí, en vano vuestro celo imprudente condena a los *idólatras* a los tormentos del *Tártaro*, que ha inventado toda la base de vuestro sistema es el culto del *sol*, cuyos atributos habéis reunido sobre vuestro personaje principal. Es el *sol* el que bajo el nombre de *Orus*, *nacía* como vuestro *Dios*, en el *solsticio* de invierno, en los *brazos* de la *virgen celestial*; es él quien pasaba una infancia *humilde* y *pobre*, como lo es la estación de los fríos: es él mismo, el que perseguido por *Tifón* y por los *tiranos* del aire, bajo el nombre de *Osiris*, era *muerto*, encerrado en un *sepulcro oscuro*, emblema del *hemisferio* de *invierno* y que *levantándose* después de la *zona inferior* hacia el punto más *culminante* de

los cielos, *resucitaba* vencedor de los *gigantes* y de los *ángeles destructores*.

Y vosotros, que murmuráis, ¡oh sacerdotes!, vosotros mismos lleváis sobre vuestras personas estos signos: esa tonsura el *disco del sol*; esa *estola* es su *zodiaco*; esos *rosarios* el emblema de los astros y de los planetas. En cuanto a vosotros, pontífices y prelados, vuestra *mitra*, vuestro *báculo*, vuestra *capa* o *manto* son los de *Osiris* y esa *cruz*, cuyo *misterio* ponderáis sin entenderlo, es la *cruz de Serapis*; trazada por la mano de los sacerdotes egipcios, sobre el plan de un mundo figurado, la cual pasando por los *equinoccios* y por los *trópicos*, era el emblema de la *vida futura* y de la *resurrección*, porque tocaba a las *puertas* de marfil y de cuerno, por donde entraban las almas en los cielos".

Al decir estas palabras, empezaron a mirarse con asombro los doctores de todos los grupos; pero no rompiendo ninguno de ellos el silencio, continuó el orador de esta manera:

"Tres causas principales contribuyeron a esta confusión de ideas. Primeramente, las *expresiones figuradas* con que se vio precisada una lengua naciente a indicar las relaciones de los objetos; expresiones que, pasando después de un sentido exclusivo a otro general, de un sentido físico a otro moral, causaron multitud de errores.

Así fue como habiendo dicho primero que el *sol pasaba por encima de doce animales*, se creyó después que los *combatía*, los *reducía a la obediencia* y los *mataba*; de aquí tuvo origen la vida histórica de *Hércules*.

Habiendo dicho que *arreglaba* el tiempo de los trabajos, de las siembras y de las cosechas; y que *distribuía* las *estaciones* y las ocupaciones; que *recorría* los climas; que *dominaba* sobre la *tierra*, etc., se le tomó por un *rey legislador*, por un *guerrero y conquistador* y se compusieron las historias de *Osiris*, de *Baco* y otras semejantes.

Habiéndose dicho que *entraba* un planeta en un signo, se hizo de su *conjunción* un *matrimonio*, un *adulterio* y un *incesto*. Habiéndose dicho que estaba *oculto*, *enterrado*, porque volvía a la *luz* y subía con *exaltación*, se supuso que había *muerto*, que *resucitaba*, que *subía al cielo*, etc.

La segunda causa que produjo confusión fue la de las mismas figuras materiales que sirvieron al principio para pintar las ideas y que fueron la primera invención del espíritu humano en esta parte, con el nombre de *jeroglíficos* o *caracteres sagrados*: por consecuencia de ésto, pintaron un *barco* o el *navío Argos*, para advertir la *inundación* y la necesidad de preservarse de ella; para designar el *viento*, pintaron una *ala de ave*; para indicar la estación y el mes, el *pájaro de paso*, el *insecto*, el animal que aparecía en aquella época; para expresar el invierno, pintaron un *puerco* y una *serpiente*, que gustan de los *lugares húmedos*; y la reunión de todas estas figuras tenía sentidos *convencionales* con sus frases y palabras propias <36>. Pero como este sentido no tenía por sí mismo nada de fijo, ni exacto; como el gran número de estas figuras y de sus combinaciones fue grande y sobrecargó tanto la memoria, resultaron luego confusiones y explicaciones falsas. Inventado después el arte más sencillo de aplicar signos a los sonidos, cuyo número es limitado y de pintar la palabra en vez de pintar los pensamientos, hizo la *escritura alfabética* que se perdiese el uso de las *pinturas jeroglíficas* y cada día dieron lugar aquellas significaciones olvidadas a una multitud de ilusiones, de engaños y de

errores.

En fin, el orden civil de los estados antiguos fue la tercera causa de la confusión. Efectivamente, cuando los pueblos empezaron a dedicarse a la agricultura, como la formación del calendario rural exigía constantes observaciones astronómicas, fue necesario establecer algunos individuos, encargados de asegurarse de la aparición y ocultación de algunas estrellas; advertir la proximidad de la inundación, de ciertos vientos, de la época de las lluvias y del tiempo para sembrar cada especie de grano: se dispensó a estos hombres de los trabajos vulgares, a causa de su servicio particular y la sociedad proveyó a su manutención. En este estado y ocupados únicamente en observar, no tardaron mucho en comprender los grandes fenómenos de la *naturaleza* y de penetrar hasta el secreto de muchas de sus operaciones: conocieron la marcha de los astros y de los planetas; el concurso de sus fases y su relación con los productos de la tierra y con el desarrollo de la vegetación; las propiedades medicinales o nutritivas de las plantas y los frutos; el juego de los elementos y sus afinidades recíprocas. Y como no había otros medios de comunicar estos conocimientos sino el penosísimo de la instrucción oral, no los transmitían sino a sus amigos y parientes; de lo cual resultó una especie de concentración de la ciencia y del saber en algunas familias, que arrogándose un privilegio exclusivo, adquirieron un *espíritu de cuerpo* y de *aislamiento* muy contrario a la cosa pública. Por medio de esta sucesión continua de las mismas investigaciones y de los propios trabajos, fue mucho más rápido el progreso de los conocimientos; pero como se hacía un gran misterio de ellos, sumergido el pueblo de día en día en unas tinieblas más densas, se hizo cada vez más servil y más supersticioso. Viendo que algunos mortales producían ciertos fenómenos, que *anunciaban* exactamente eclipses y cometas, que *curaban* enfermos, que manejaban serpientes, se creyó que tenían comunicación con las *potencias celestiales*; y para lograr bienes y evitar los males que esperaban, fueron considerados como *mediadores* e *intérpretes*: así se establecieron en el seno de los estados unas *corporaciones sacrílegas* de hombres *hipócritas* y *embusteros*, que reconcentraron todos los poderes; y los *sacerdotes*, que eran al mismo tiempo *astrónomos*, *teólogos*, *físicos*, *médicos*, *magos*, *intérpretes de los Dioses*, *oráculos de los pueblos*, *rivales de los reyes*, y sus *cómplices*, establecieron con el título de *religión* un *dominio misterioso* y un *monopolio de instrucción*, que han producido hasta el día de hoy la pérdida de las naciones..."

No bien hubo proferido el orador estas frases, cuando los sacerdotes de todos los grupos cubrieron su voz con una espantosa gritería, acusándole de *impío*, de *irreligioso*, de *blasfemo*, y quisieron impedirle que continuase; pero habiendo observado el legislador, que aquéllo no era sino una *exposición de hechos históricos*, que si eran falsos o inventados sería muy fácil desmentirlos, y que hasta entonces había sido libre el anuncio de todas las *opiniones*, sin cuya circunstancia sería imposible descubrir la verdad, el orador volvió a hablar de este modo:

Ahora bien, de todas estas causas, y de la asociación continua de ideas disparatadas, resultaron infinitos desórdenes en la teología, en la moral y en las tradiciones; y de la circunstancia de que los *animales* representaron a los *astros*, se siguió que pasasen a los Dioses las cualidades de los brutos, sus inclinaciones, simpatías y aversiones, y que se les atribuyeran acciones propias de aquéllos: así es que el dios *ichneumon* hizo la guerra al Dios *cocodrilo*; el Dios *lobo*, quiso *comerse* al Dios *carnero* o *aries*; el Dios *ibi* devoró al Dios *serpiente*; y la Divinidad se convirtió en un *ser extravagante*, *caprichoso* y *feroz*, cuya idea desconcertó el juicio del hombre, y corrompió su moral y su

razón.

Y como, según el espíritu de su culto, cada familia y cada pueblo había tomado por *patrón* especial un *astro* o una *constelación*, las inclinaciones y las antipatías del *animal-símbolo* pasaron a sus sectarios; y los partidarios del Dios *perro* fueron enemigos de los del Dios *lobo*; los adoradores del Dios *buey* miraron con horror a los que le comían; y la religión vino a ser un móvil de odios y de guerras, y una causa insensata de delirios y supersticiones <37>.

Los nombres de los *astros-animales* fueron además adaptados, en este mismo concepto del patronazgo, a los pueblos, a los países, a las montañas, a los ríos, y se tomaron por *Dioses* todos estos objetos, resultando una mezcla de seres geográficos, históricos y mitológicos, que confundió todas las tradiciones.

Por último, mediante las analogías que se les atribuyeron, habiéndose tomado los *dioses-astros* por *hombres*, por *héroes*, por *reyes*, éstos tomaron recíprocamente por modelos las acciones de los *Dioses*, y fueron por imitación *guerreros*, *conquistadores*, *sanguinarios*, *orgullosos*, *lúbricos*, *perezosos*; y así consagró la religión los crímenes de los déspotas, y pervirtió los principios de los gobiernos".

CAPÍTULO XXII

IV- CUARTO SISTEMA. CULTO DE LOS PRINCIPIOS O DUALISMO.

"Sin embargo la abundancia y la paz de que gozaban los sacerdotes astrónomos en sus templos, les proporcionaron hacer todos los días nuevos progresos en las ciencias; y por haberse desarrollado gradualmente a sus ojos el *sistema del mundo*, establecieron sucesivamente diversas *hipótesis de sus efectos* y de sus *agentes*, que se convirtieron en otros tantos *sistemas teológicos*.

A más de ésto, las *navigaciones de los pueblos marítimos*, y las *caravanas* de los *nómadas* de Asia y del Africa, les hicieron conocer la tierra desde las *Islas afortunadas* hasta la *Sérica*, y desde el *Báltico* hasta los manantiales del *Nilo*; y por la comparación de los fenómenos de diversas zonas, descubrieron la *redondez* del globo, de lo cual siguió una teoría nueva. Habiendo observado que todas las *operaciones* de la naturaleza, en el período de un año se reducían a dos principales, la de *producir* y la de *destruir*; que cada una de estas operaciones se cumplía del mismo modo en la mayor parte del globo, desde el uno al otro equinoccio, es decir, que, durante los seis meses de verano todo se *procreaba* y *multiplicaba*, y durante los seis meses de invierno se *consumía* y *estaba casi muerto*, atribuyeron a la NATURALEZA dos *potencias contrarias*, en un estado continuo de *lucha* y de esfuerzo; y cconsierando la esfera celeste bajo este aspecto, dividieron los *cuadros* que figuraban en dos *mitades* o *hemisferios*, de tal modo que las constelaciones que se veían en el *cielo de verano* formaron un *imperio directo* y *superior*; y las que se hallaban en el de *invierno* formaron otro *imperio antípoda e inferior*. De aquí resultó, que como las *constelaciones* de verano *acompañaban* la estación de los días largos,

luminosos y cálidos, y la de los frutos y las mieses, fueron tenidas por *potencias de luz*, de *fecundidad* y de *creación*, y por transición del sentido físico al moral, se consideraron como *genios*, o *ángeles de sabiduría* o de *ciencia*, de *pureza*, de *beneficencia* o de *virtud*. Sucedió lo contrario en cuanto a las *constelaciones* de invierno, que por experimentarse en su época las noches largas y las nieblas polares, fueron caracterizadas de *genios*, de *tinieblas*, de *destrucción* y *muerte* y por transición igual a la anterior, en *ángeles de ignorancia*, de *malignidad de pecado* y de *vicio*. Así dispuestas las cosas consideraron el cielo dividido en dos dominios o *facciones*, y no fue menester más para que la analogía de las ideas humanas abriese una vasta carrera a los extravíos de la imaginación; pero una circunstancia particular dispuso el engaño y la ilusión.

En la primera representación de la esfera celeste <38> que delinearon los sacerdotes astrónomos, el zodíaco y las constelaciones presentaban sus mitades en *oposición* diametral: el hemisferio de invierno, *antípoda* del de verano, le era *adversario*, *contrario* y *opuesto*; y por la metáfora perpetua, pasaron estas palabras al sentido moral, y los ángeles y genios *adversarios* <39> se convirtieron en *sublevados* y *enemigos*. Desde entonces toda la historia astronómica de las constelaciones se cambió en la historia política: el cielo fue un estado *humano*, y todo sucedió en él como en la tierra. Como los estados siendo despóticos, tenían su monarca, y el sol parecía serlo del cielo, el *hemisferio de verano* (imperio de la luz) y sus *constelaciones* (pueblo de ángeles blancos), tuvieron por rey un Dios *ilustrado*, *inteligente*, *creador* y *bueno*. Y como toda facción *rebelde* debe tener su *jefe*, el cielo de *invierno* (imperio subterráneo de tinieblas y tirsteza), sus *astros* (pueblo de ángeles negros, gigantes o demonios), tuvieron por jefe un *genio* maléfico, cuyo papel se atribuyó a la *constelación* más notable para cada pueblo. En Egipto fue al principio el *escorpión*, *primer* signo del zodíaco después del de la balanza, y por largo tiempo *jefe* de los signos del invierno: después fue la *osa* o el *asno* polar, llamado *Tifón* <40>, es decir *diluvio*, a causa de las *lluvias* que *inundan* la tierra cuando este astro *domina*. En *Persia*, y en un tiempo posterior, fue la *serpiente*; la que, bajo el nombre de *Ahrimanes*, formó la base del sistema de *Zoroastro*; y esta misma es, ioh cristianos y judíos!, vuestra *serpiente* de Eva (o de la virgen celestial), y aquella de la *cruz*; en ambos casos, emblema de *Satán*, el enemigo o el gran *adversario* del *Anciano de los tiempos* (o el Padre eterno), cantado por Daniel.

En la Siria fue el *puerco* o el *jabalí*, enemigo de *Adonis*, porque en aquella región desempeñó el papel de la *osa boreal* el bruto cuyas inclinaciones al *fango* son emblemáticas del *invierno*, y de aquí que los hijos de Moisés y de Mahoma, le miréis con horror, a imitación de los sacerdotes de *Menfis* y *Baalbeck*, que veían en él al matador de su Dios *sol*. También es el tipo primitivo de vuestro *Chib-eu*, ioh indios!, que fue en otro tiempo el *Plutón* de vuestros hermanos los Griegos y Romanos: del mismo modo que ese vuestro *Bermah*, ese Dios *creador*, no es otra cosa que el *Ormuzd* persa, y el *Osiris* egipcio, cuyo nombre sólo revela un *poder creador*, *procreador de formas*. Todos estos Dioses recibieron un culto análogo a sus atributos verdaderos o supuestos, el cual se dividió en dos partes distintas, a causa de sus diferencias. En la una, recibió el dios *bueno* el culto de *amor* y de *alegría*, de donde se derivan todos los actos religiosos del género alegre, como las fiestas, los bailes, las ofrendas de flores, de leche, de miel, de perfumes, en una palabra, de todo lo que halaga los sentidos y el alma: en la otra, recibió el Dios *malo* un culto de *miedo*, de *dolor*, de donde resultan todos los actos religiosos del género triste <41>, los llantos, el luto, la desolación, las privaciones, las ofrendas

sangrientas y los bárbaros sacrificios.

De aquí también proviene la división de los seres terrestres en *puros* e *impuros*, en *sagrados* o *abominables*, según sus especies se encontraran entre las constelaciones de uno de los Dioses, lo que produjo por un lado las supersticiones de las *manchas* y de las *purificaciones*, y por otro las supuestas *virtudes* eficaces de los *amuletos*, de las reliquias y de los *talismanes*.

Comprenderéis ahora, continuó el orador dirigiéndose a los Indios, a los Persas, a los Judíos, Cristianos y Musulmanes, el origen de vuestras ideas de *combates* y de *rebeliones*, de que están colmadas unánimemente vuestras *mitologías*. Ya veis lo que significan esos *ángeles blancos* y *negros*, los *querubines* y *serafines* con cabezas de *águila*, de *león* o de *toro*, los diablos o *demonios* con *cuernos de macho cabrío* y *colas de serpiente*; los *tronos* y las *dominaciones* colocados en siete órdenes o *graduaciones como las siete esferas de los planetas*; seres todos que representan los mismos papeles, que tienen los mismos atributos en las *vedas*, las *biblias* o los *zendavestas*, llámese su jefe *Ormuzd* o *Bermah*, *Tifón* o *Chivén*, *Miguel* o *Satanás*, ya se presenten bajo la forma de *gigantes* con cien brazos y pies de serpientes, o de Dioses transformados en *leones*, *ibis*, *toros* o *gatos*, según los cuentos sagrados de los Griegos y los Egipcios; de todos modos veis claramente la filiación sucesiva de estas ideas, y de qué modo se han ido suavizando las formas toscas que al principio tenían según se iban alejando de su origen, y civilizándose los ánimos para hacerlas parecer menos chocantes y raras.

Y así como el sistema de dos *principios* o de los *Dioses contrarios*, nació del de los *símbolos*, formados uno y otro de la misma contextura, así mismo vais a ver cómo aquel sistema sirvió luego de base y escalón a otro nuevo que le debió su origen".

CAPÍTULO XXII

V- CULTO MÍSTICO Y MORAL O SISTEMA DEL OTRO MUNDO

"En efecto, cuando el vulgo oyó hablar de un *nuevo cielo* y de *otro mundo*, dio al momento una existencia real a las *ficciones*, y colocó en él un teatro sólido de escenas positivas; y las nociones geográficas promovieron y favorecieron este nuevo engaño.

Por una parte los navegantes fenicios y los que, pasando las *columnas de Hércules*, iban a buscar el estaño de *Tulé* y el ámbar del *Báltico*, referían que a la extremidad del mundo, al fin del Océano (el Mediterráneo entonces), donde el sol se pone para las regiones asiáticas, había unas *islas afortunadas*, mansión de una primavera eterna, y más allá unas *regiones hiperbóreas* situadas *debajo de tierra* (con respecto a los trópicos), en donde reinaba una noche *eterna* <42>. Sobre estas relaciones, mal entendidas y confusamente hechas, fundó la imaginación los *Campos Eliseos* <43>, *lugar de delicias*, *colocado en un mundo inferior*, con su cielo, su sol y sus astros, y el *Tártaro*, *lugar de tinieblas*, *de humedad*, *de lodo* y *de hielos*. Siguióse de aquí que como el hombre tiene curiosidad de saber todo lo que ignora, y desea vivir mucho tiempo, había ya querido averiguar lo que sería de él después de muerto, porque reflexionó acerca del *principio de la vida* que animando a su cuerpo se

separa de él sin desfigurarlo, e imaginó las *sustancias sutiles*, los *fantasmas* y las *sombras* complaciéndose en creer que continuaría en el mundo *subterráneo* una vida que no quería perder, y los *lugares infernales* fueron unos sitios muy cómodos para recibir los objetos amados a que no podía renunciar.

Por otra parte, hacían los *sacerdotes*, *astrólogos* y *físicos* unas relaciones de sus cielos y unos cuadros tales, que se acomodaban perfectamente a sus ficciones. Llamando en su idioma metafórico a los *equinoccios* y los *solsticios*, las *puertas de los cielos* o *entradas de las estaciones*, explicaron los fenómenos terrestres, diciendo: "*Que por la puerta de cuerno* (que primero fue el toro y después el carnero), y *por la de cáncer*, descendían los fuegos vivificantes que animaban en la primavera la vegetación y los espíritus acuosos que causaban en el solsticio la inundación del Nilo; que por la puerta de marfil (la balanza y antes el arco o sagitario), y *por la de capricornio* o la de la urna, se volvían otra vez a su manantial y a subir a su origen las emanaciones o influencias de los cielos; y la vía láctea <44>, que pasaba por estas puertas de los solsticios, les parecía colocada expresamente para servir de *ruta* y de *vehículo*. A más de ésto, la escena celeste presentaba en su atlas un río, el Nilo (figurado por las roscas de la *hidra*); un barco (el navío *Argos*) y el *perro* o *can Sirio*, ambos relacionados con este río cuya inundación pronosticaban. Asociadas estas circunstancias a las primeras y añadiendo otros detalles, aumentáronse las verosimilitudes; y para llegar al *Tártaro* o al *Eliseo*, fue preciso que las almas atravesaran los ríos del *Stix* y del *Aquerón* en la *barca* del barquero *Aqueronte* y que pasaran por las puertas de cuerno o de marfil, custodiadas por el *perro* o can *Cerbero*. En fin, un uso o costumbre civil se unió a todas estas raras ficciones y acabó dándoles consistencia y vigor.

Habiendo reparado los Egipcios que en su ardiente clima era la putrefacción de los cadáveres un foco de enfermedades y de peste, instituyeron en varios de sus estados el uso de enterrar los muertos lejos de las tierras habitadas, en el desierto que está al *occidente*. Era menester, para llegar a él, atravesar los canales del río y por consiguiente *ser recibido en una barca* y pagar un estipendio al barquero, sin lo cual, privado el cuerpo de sepultura hubiera sido pasto de las fieras. Este uso inspiró a los legisladores civiles y religiosos un medio eficaz para influir sobre las costumbres; y estimulando la piedad filial y el respeto a los muertos en aquellos hombres generosos y feroces, establecieron como condición necesaria, que sufriera el muerto un juicio previo, mediante el cual se decidiera si merecía ser admitido en la *ciudad negra* entre los individuos de su familia. Se relacionó tan hábilmente esta idea con las otras, que quedó unida a ellas y el pueblo no tardó en admitirla y los infiernos tuvieron su *Minos* y su *Radamanto*, con la varita, el sitial, los porteros y la urna, lo mismo que en el estado terrestre y civil. Entonces se convirtió la Divinidad en un ser moral y político, en un legislador social, tanto más temido cuanto más inaccesible fue a los ojos de los mortales este legislador supremo, este juez final. Entonces también aquel *mundo fabuloso y mitológico*, tan extravagante, compuesto de miembros distintos, se convirtió en un *lugar de castigo* y de recompensa, donde se suponía que la *justicia* divina corregía cuanto de vicioso y erróneo tenía la justicia de los hombres; y este sistema *espiritual y místico* adquirió tanto más crédito, cuanto más se apoderó del hombre halagando sus naturales inclinaciones. El débil oprimido creyó ver así una esperanza de indemnización y el consuelo de la venganza futura; el opresor, contaba siempre con la impunidad a fuerza de ricas ofrendas y se proporcionó con el error del vulgo un arma más para subyugarle; y los jefes de los pueblos, los reyes y los sacerdotes, vieron en este sistema nuevos medios de dominio, por el privilegio que se reservaron de repartir las gracias y los castigos del gran juez, según los

delitos o las acciones meritorias, que caracterizaron a su arbitrio.

He aquí en qué forma se ha introducido en el *mundo visible y real* un *mundo invisible o imaginario*; he aquí el origen de esos lugares de *delicias* y de *penas*, de que habéis hecho vosotros los *Persas*, vuestra tierra *rejuvenecida*, vuestra ciudad de *resurrección*, colocada bajo el *ecuador*, con el atributo singular de que los *dichosos no hacen en ella sombra*. He aquí, *judíos y cristianos* discípulos de los *Persas*, de dónde proceden vuestro *Jerusalén* del Apocalipsis, vuestro *paraíso* y vuestro *cielo*, caracterizados por todos los detalles del cielo astronómico de *Hermes*: y vosotros, musulmanes, sabed igualmente, que vuestro infierno, abismo *subterráneo*, con su puente por encima; vuestra *balanza* que pesa las almas y sus obras; vuestro *juicio* de los ángeles *Monkir y Nekir* han tomado sus modelos con las ceremonias *misteriosas* de la *caverna de Mitra* <45>; y vuestro cielo en nada se diferencia del de *Osiris, Ormuzd y Bermah*".

CAPÍTULO XXII

VI- SEXTO SISTEMA. MUNDO ANIMADO O CULTO DEL UNIVERSO BAJO DIFERENTES EMBLEMAS

"Mientras los pueblos se extraviaron en el laberinto tenebroso de la mitología y de las fábulas, los sacerdotes físicos continuaron sus investigaciones sobre el orden y la disposición del *universo*, logrando descubrir nuevos resultados y arreglar nuevos sistemas de *potencias* y de *causas motrices*.

Limitados por mucho tiempo a las simples *apariencias*, no habían visto en el curso de los astros sino un movimiento desconocido de cuerpos luminosos, que a su parecer rodeaban a la *tierra*, punto central de todas las esferas; pero así que descubrieron la *redondez* de nuestro planeta, formaron, por las consecuencias de este primer hecho, consideraciones nuevas; y de una en otra inducción se elevaron a los pensamientos más sublimes de la astronomía y de la física.

En efecto, una vez concebida esta idea luminosa y sencilla, de que *el globo terrestre es un pequeño círculo inscrito en el círculo más grande de los cielos*, la teoría de los *círculos concéntricos* se ofreció por sí misma, para resolver el problema del círculo *incógnito* o *desconocido* del globo terráqueo por medio de puntos conocidos del círculo celeste; y la medida de uno o de muchos grados del meridiano dio con exactitud la circunferencia total. Tomando entonces por *compás* el *diámetro* descubierto de la tierra, le abrió un ingenio feliz con una mano atrevida sobre las órbitas inmensas de los cielos y por un raro fenómeno, midió el hombre las distancias infinitas de los astros y desde el grano de arena en que vivía se lanzó a los abismos del espacio y del tiempo. Allí se le presentó a la vista un nuevo orden del *universo*: le pareció que el átomo que habitaba no era ya su *centro* y que este empleo importantísimo pertenecía a la masa enorme del *sol*; por consecuencia de este descubrimiento, observó que era dicho astro el eje inflamado de *ocho esferas* que le rodeaban y cuyos movimientos se sometieron después a la exactitud del cálculo.

Era ya mucho para el género humano el haber intentado conocer la disposición y el orden de los *grandes seres* de la NATURALEZA; pero no contento con este

primer esfuerzo, quiso también conocer el *mecanismo* y *adivinar el origen* y el *principio motor*; y aquí fue donde, empeñado en las profundidades abstractas y metafísicas del *movimiento* y de su *primera causa*, de las *propiedades* inherentes o comunicadas de la *materia*, de sus *formas sucesivas*, de su *extensión*, es decir, del espacio y del tiempo sin límites, se perdieron los *físicos teólogos* en un caos de raciocinios sutiles y de controversias escolásticas.

Y habiéndoles hecho ver la acción del sol sobre los cuerpos terrestres, que la sustancia de aquel astro grandioso era como un *fuego puro y elemental*, hicieron de él un *foco* y *depósito* de un océano de fluido *ígneo luminoso*, que, bajo el nombre de *éter* llenó el universo y esparció la vida. Los análisis de una *física* bien entendida hicieron descubrir posteriormente este mismo *fuego* u otro del todo parecido, en la composición de todos los cuerpos, y habiendo visto también que era el *agente esencial* de este *movimiento espontáneo*, que se llama *vida* en los animales y *vegetación* en las plantas, concibieron el movimiento y el mecanismo del *universo* como el de un TODO *homogéneo*, de un *cuerpo idéntico*, *cuyas partes, aunque distantes, tenían sin embargo un enlace íntimo*; y el *mundo* fue un *ser viviente*, animado por la circulación orgánica de un fluido *ígneo* y también *eléctrico*, que, por un primer término de comparación tomado en el *hombre* y en los animales, tuvo al *sol* por *corazón* o *foco* <46>.

Todas estas observaciones de los filósofos teólogos produjeron el resultado de algunos principios, cuales fueron *que nada perece en el mundo; que los elementos son indestructibles; que cambian de combinaciones mas no de naturaleza; que la vida y la muerte de los seres son modificaciones variadas de los mismos átomos; que la materia posee por sí misma propiedades de donde resultan todas sus maneras de ser; y que el mundo es eterno sin límites de espacio ni de duración*. Pero aunque acordes los teólogos y los filósofos en estos principios, variaron sin embargo infinito en las aplicaciones y en el modo de expresarlos. Unos dijeron que *el universo entero era Dios*; y según ellos fue *Dios* un ser efecto y causa, a un tiempo agente y paciente, principio motor y cosa movida, teniendo por leyes unas propiedades invariables que constituyen la fatalidad; y éstos pintaron su idea, con el emblema de *Pan* (el gran todo), o de *Júpiter* con la frente *estrellada*, el cuerpo *planetario* y los *pies de animales*; ya con el símbolo del *huevo órfico*, cuya yema suspendida en medio de un líquido circuido de una *bóveda*, figura el *globo del sol*, flotando en el *éter* en medio de la *bóveda* de los cielos <47>; tan pronto con la forma de una *gran serpiente redonda*, que figuraba los cielos donde colocaban el primer móvil, y por esta razón era de *color azul*, sembrado de *manchas de oro* (las estrellas), *devorando su cola*, es decir, volviendo a entrar en sí mismo, y *enroscándose* eternamente como las revoluciones de las esferas, otras veces representaron su pensamiento por medio de un *hombre* que tenía los pies ligados y *juntos* para significar la *existencia inmutable*; envuelto con un manto de *todos los colores*, como el espectáculo de la NATURALEZA, y teniendo en la cabeza una *esfera de oro*, emblema de la esfera de las estrellas: o bien por medio de otro hombre, ya sentado sobre la flor del loto conducida por sobre el abismo de las aguas, ya acostado sobre *doce baldosas*, que figuraban los doce signos celestes... Ahí tenéis, *Indios, Japoneses, Siameses, tibetanos y Chinos*, la teología, que después de creada por los egipcios, se ha transmitido y conservado entre vosotros en los cuadros que pintáis de *Bermah*, de *Buda*, de *Sommonacodom* y de *Omito*: ahí tenéis también vosotros, Hebreos y Cristianos, la opinión de que habéis conservado una pequeña parte en vuestro *Dios*, *soplo llevado sobre las aguas*, por una alusión al *viento*, que en el *origen del mundo*, es decir, al partir las *esferas del signo de cáncer*, anunciaba la inundación del *Nilo* y parecía preparar la *creación*".

CAPÍTULO XXII

VII- SÉPTIMO SISTEMA. CULTO DEL ALMA DEL MUNDO, ESTO ES, DEL ELEMENTO DEL FUEGO, PRINCIPIO VITAL DEL UNIVERSO.

"Algunos no conformándose con la idea de *ser causa y efecto* al mismo tiempo, *agente y paciente*, que reuniese en una misma naturaleza dos naturalezas contrarias, separaron el *principio motor* de la *cosa movida*; y diciendo que la *materia* era *inerte* por sí misma, pretendieron que un *agente distinto*, del cual no era ella más que la *cubierta* y la *funda*, le había comunicado sus propiedades. Este *agente* fue para unos el *principio ígneo*, reconocido como autor de todo *movimiento*; para otros fue el fluido llamado *éter*, que se tenía por más activo y más sutil; y como llamaban al *principio vital y motor* de los animales *alma* y *espíritu*, como raciocinaban sin cesar por comparación, singularmente con la del *ser humano*, dieron al *principio motor* de todo el universo el nombre de *alma*, de *inteligencia*, de *espíritu*, y *Dios* fue el *espíritu vital* que, *esparcido en todos los seres*, *animó el vasto cuerpo del mundo*. Los que seguían esta idea la pintaron unas veces por *Yu-piter*, *esencia del movimiento* y de la *animación*, *principio de la existencia* misma: otras veces por *Vulcano* o *Phtha*, *fuego principal y elementario*, o por el altar de *Vesta*, colocado en el *centro* de su templo, como el *sol* en las *esferas*, y otras veces, en fin, por *Knef*, ser humano vestido de *azul oscuro*, teniendo en la mano un *cetno* y en la *cintura* un *ceñidor* (el *zodiaco*); en la cabeza un *gorro con plumas*, para *expresar lo fugaz de su pensamiento* y produciendo su boca el *gran huevo*.

Así, por consecuencia de este sistema, contenía cada ser en sí mismo una porción del fluido *ígneo*, o *etéreo*, motor universal y común; y siendo este fluido (*alma del mundo*) la *Divinidad*, las *almas* de todos los seres fueron, por consiguiente, una *porción* de *Dios* mismo, que participaban de todos sus atributos, y eran, por lo tanto, una sustancia *indivisible, simple e inmortal*; de aquí provino todo el sistema de la *inmortalidad* del alma, que primeramente fue eternidad <48>. De aquí se siguieron también las *transmigraciones* conocidas con el nombre de *metempsicosis*, es decir, tránsito del *principio vital* de un cuerpo a otro, cuya idea nació de la *transmigración verdadera* de los elementos *materiales*. Ved ahí, *Indios, Budistas, Cristianos y Musulmanes*, de donde se derivan todas vuestras opiniones sobre la *espiritualidad* del alma; ved cuál fue el origen de los desvaríos de *Pitágoras* y de *Platón*, vuestros maestros, los cuales no fueron tampoco más que ecos de otra última secta de filósofos ilusos de que voy a hablaros".

CAPÍTULO XXII

VIII- OCTAVO SISTEMA. MUNDO MÁQUINA: CULTO DEL SEMI-URGOS, O GRANDE OBRERO

"Aunque los teólogos sólo fijaron su atención en las sustancias *sutiles* y *delicadísimas* del *éter* o del *fuego primordial*, no habían dejado de considerarlas como seres palpables y perceptibles a los sentidos y la teología continuó siendo la *teoría* de las *potencias físicas*, colocadas ya entre los astros o bien esparcidas por todo el universo; pero en dicha época algunos espíritus superficiales, perdiendo el hilo de las ideas que habían dirigido estos estudios profundos, o ignorando los hechos que le servían de fundamento, desnaturalizaron todos los resultados con la introducción de una nueva y extraña quimera. Supusieron que este *universo*, estos cielos, estos astros, este sol, no eran sino una *máquina* de un género común; y aplicando a esta primera hipótesis una comparación sacada de las *obras del arte*, levantaron el edificio de los sofismas más extravagantes: "*Una máquina, dijeron, no se fabrica a sí misma* <49>; *tiene un obrero anterior y ella le indica por su misma existencia. El mundo es una máquina; luego existe un fabricante.*

De aquí salió el *semi-urgos* o *gran obrero*, constituido en *divinidad* autocrática y suprema. En vano opuso la antigua filosofía que el mismo *obrero* tenía en tal caso necesidad de *padres* y *autores* y que no se hacía más que añadir un escalón, si se quitaba al mundo la eternidad para dársela a él. No contentos los innovadores con esta primera paradoja, pasaron a otra segunda, y aplicando a su *obrero* la teoría del *entendimiento* humano, sostuvieron que el *semi-urgos* había fabricado su máquina por un *plano ideal* que residía en su *entendimiento*: y como los físicos, que habían sido sus maestros, colocaban en la *esfera* de los fijos el *gran móvil regulador*, bajo el nombre de *inteligencia* y de *raciocinio*, los *espiritualistas*, que eran sus meros imitadores, se apoderaron de este *ser*, lo identificaron con el *semi-urgos* haciendo una sustancia diferente que *existía por ella misma* y a la cual llamaron *mente* o *logos* (palabra y raciocinio). (palabra y raciocinio). Y como por otra parte admitían la existencia del *alma del mundo* o *principio solar*, se vieron obligados a componer tres grados o escalones de personas *divinas*, que fueron: 1º. el *semi-urgos* o *Dios obrero*; 2º. el *logos*, *palabra* y *raciocinio*; 3º. El *espíritu* o el *alma* (del mundo) <50>. He aquí, cristianos, la novela sobre la que habéis fundado vuestra *trinidad*; he aquí el sistema que nació *herético* en los templos egipcios, que se volvió *pagano* transportado a las escuelas de Italia y de Grecia y que hoy es *católico ortodoxo* por la conversión de sus partidarios, los discípulos de *Pitágoras* y *Platón*, hechos *cristianos*.

Así es como la Divinidad comenzó por ser en origen la *acción sensible, múltiple*, de los *meteoros* y los *elementos*.

Después, la *potencia* combinada de los *astros* considerados en sus relaciones con los seres terrestres: luego, los mismos *seres terrestres*, por la confusión de los *símbolos* con sus modelos.

A poco, la *doble potencia* de la naturaleza en sus *dos operaciones* principales de *producción* y *destrucción*.

Más adelante el *mundo animado* sin distinción de *agente* y de *paciente*, de *causa* y de *efecto*.

Posteriormente, el *principio solar* o *elemento del fuego*, reconocido por *motor único*.

Por último, así es como la *Divinidad* ha venido a parar en ser *quimérico* y *abstracto*, en una *sutileza* escolástica de *sustancia sin forma*, de *cuerpo sin*

figura, en un verdadero *delirio* del espíritu, que se resiste a la razón. Pero en vano quiere ocultarse a los sentidos en este último tránsito; el sello de su origen está impreso en ella indeleblemente y sus mismos atributos, calcados todos sobre los atributos físicos del *universo*, con la *inmensidad*, la *eternidad*, la *invisibilidad*, la *incomprensibilidad*, o sobre los afectos morales del hombre, como la *bondad*, la *justicia*, la *majestad*, etc. Y en sus propios nombres, todos derivados de los seres físicos que le han servido de *tipos*, especialmente del *sol*, de los *planetas* y del *mundo*; todo nos recuerda sin cesar al espíritu, y a despecho de los corruptores, saltan a la vista los rasgos indelebles de su verdadera naturaleza.

Esta serie de ideas había recorrido ya el espíritu humano en una época anterior a las relaciones positivas de la historia y como su continuación acredita que han sido el resultado de una misma serie de estudios y de trabajos, todo convence y obliga a colocar el origen de estos elementos primitivos en *Egipto*, donde nacieron en efecto: la rapidez de su desarrollo se debió a la curiosidad de los ociosos sacerdotes físicos, alimentada misteriosamente en el retiro de los templos por el *enigma* del *universo*, que tenían siempre a la vista; y también se debió a la división política que reinó por largo tiempo en aquella región, y a los diferentes colegios de sacerdotes que había en cada estado, los cuales, tan pronto auxiliándose unos de otros, como mostrándose rivales, facilitaron con sus disputas los progresos de las ciencias y los descubrimientos <51>.

Entonces había sucedido ya en las orillas del Nilo lo que se ha repetido después en otras partes. Cuando se formaba cada sistema, suscitaba la novedad discusiones y *cismas*; después se acreditaban con las persecuciones, y unas veces destruía los ídolos anteriores y otras los incorporaba modificándolos... Pero sobreviniendo las revoluciones políticas y con ellas la agregación de los estados y mezcla de los pueblos, se confundieron todas las opiniones, y al perderse la serie de las ideas, cayó la teología en un caos y se convirtió en un *logogrifo* o emigma de antiguas tradiciones, que no pudieron entenderse. Extraviada la religión de su objeto, ya no fue más que un medio político para conducir a un vulgo crédulo, del cual se apoderaron unas veces ciertos hombres crédulos también y engañados por sus propias ilusiones, y otras algunos hombres atrevidos y enérgicos, que se propusieron planes de ambición desmedida".

CAPÍTULO XXII

IX- RELIGIÓN DE MOISÉS O CULTO DEL ALMA DEL MUNDO (IUPITER)

"A este número perteneció el legislador de los *Hebreos*, pues queriendo separar su nación de todas las demás y formarse un imperio aislado y diferente, concibió el designio de sentar sus bases sobre las preocupaciones religiosas y de levantar alrededor de él un muro sagrado de opiniones y de ritos. Pero en vano proscribió el culto de los *símbolos* que reinaba en el bajo Egipto y en Fenicia; su Dios no dejó de ser por eso un *Dios egipcio*, inventado por los sacerdotes de quienes era discípulo *Moisés* <52>; y *Yahuh* <52>, descubierto por su mismo nombre, la *esencia* (de los seres) y por su *símbolo*, el *zarzal de fuego*, es lo mismo que el *alma del mundo* y *principio motor*, que adoptó poco después Grecia, con la propia denominación en su *Yu-piter*, *ser engendrador*, y

con el de *Ei*, la *existencia*, que adoraban los tebanos bajo el nombre de *Knef*; que *Sais* adoraba en el emblema de *Isis encubierta*, con esta inscripción: *yo soy todo lo que ha sido, todo lo que es, todo lo que será y ningún mortal ha levantado mi velo*; que Pitágoras honraba con el nombre de *Vesta* y que la filosofía estoica definía con exactitud, llamándole el *principio del fuego*. Moisés hizo vanos esfuerzos para borrar de su religión todo aquello que recordaba el culto a los astros: a pesar suyo quedaron una multitud de rasgos que le recordaban; y las *siete luces* o *planetas* del gran candelabro, las *doce piedras* o *signos* del *pectoral* del gran sacerdote, la fiesta de los dos *equinoccios*, que en aquella época formaban cada año, la ceremonia del *cordero* o *carnero celestial* (Aries), que estaba entonces en su décimo quinto grado; en fin, el nombre mismo de *Osiris*, conservado en su cántico y el arca o cofre imitado del sepulcro en que fue encerrado este Dios, quedan todavía para demostrar la filiación de sus ideas y su extracción del manantial común".

CAPÍTULO XXII

X- RELIGIÓN DE ZOROASTRO

"A esta misma clase de hombres audaces y enérgicos, perteneció también Zoroastro, el cual dos siglos después de Moisés, en tiempos de David, rejuveneció y moralizó, entre los *Medos* y los *Bactrianos*, todo el sistema egipcio de *Osiris* y de *Tifón*, bajo los nombres de *Ormuzd* y de *Ahrimanes*. Para explicar el sistema de la naturaleza, supuso dos grandes dioses o poderes, el uno ocupado en criar y producir dentro de un imperio de luz y dulce calor (el verano) al que llamó *Dios de sabiduría*, de bondad y virtud; el otro ocupado en destruir dentro del imperio de tinieblas y de frío (que es el invierno) y le llamó Dios de ignorancia, de daño y de pecado. Por expresiones figuradas y después desconocidas, llamó *creación* del mundo, la renovación de la escena física en cada primavera, *resurrección* a la renovación de las esferas en los períodos seculares; *vida futura*, *infierno* o *paraíso*, al *Tártaro* y al *Eliseo* de los *astrólogos* y *geógrafos*; en una palabra, no hizo más que consagrar los mismos sueños del sistema místico que antes existían".

CAPÍTULO XXII

XI- BRAHMANISMO O SISTEMA INDIO

Tal fue también el legislador indio, que, bajo el nombre de *Manu*, anterior a Zoroastro y a Moisés, consagró allá en las orillas del Ganges, la doctrina de los tres principios o Dioses que conoció la Grecia; el uno llamado *Bermah* o Júpiter, que fue autor de toda creación o producción (el sol de la primavera); el segundo llamado *Chivén* o *Plutón*, que fue el Dios de toda destrucción (el sol del invierno); el tercero llamado *Vichnú* o *Neptuno*, que fue el Dios conservador del estado estacionario (el solsticial, *stator*) y como todos tres distintos no forman más que un sólo Dios o poder, el celebrado en las vedas como en los himnos órficos, es decir, Júpiter, con sus tres ojos (N. del A.: ojo y sol son la misma palabra en la mayor parte de las lenguas antiguas del Asia), o el sol en sus tres influencias, o estaciones; tenéis aquí el origen del sistema trinitario

sutilizado por Pitágoras y Platón, y desfigurado por sus intérpretes".

CAPÍTULO XXII

XII- BUDISMO O SISTEMA MÍSTICO

"He aquí lo que fueron los reformadores moralistas venerados después de Manu, con los nombres de Buda, Gaspa, Chekia, Gutama, etc., quienes de los principios de la *metempsychosis*, diversamente modificada, dedujeron doctrinas místicas, útiles en su origen, inspirando a sus sectarios el *horror al asesinato*, la *compasión a todo ser sensible*, el *temor a las penas con que se castiga el vicio*, y la *esperanza del premio a la virtud en una vida ulterior*, bajo formas nuevas; pero que vinieron a ser perniciosas por el abuso de una metafísica ideal, que proponiéndose contrariar el orden natural, quiso que el *mundo palpable y material* fuese una *ilusión fantástica*; que la existencia del hombre fuese un sueño, y la muerte el verdadero despertar; que su cuerpo fuese una prisión impura de la cual debía desear salir, o una cubierta grosera, que sólo podía transparentar la luz interna, debilitándola con el ayuno, las mortificaciones o contemplaciones, y con otra multitud de prácticas tan extrañas, que el vulgo admirado no podía darse cuenta del poder de sus autores, sino considerándoles como seres sobrenaturales; o Dioses hechos hombres u hombres hechos Dioses.

He aquí los materiales que existían esparcidos en el Asia, después de muchos siglos, cuando un conjunto inopinado de acaecimientos y de circunstancias, vino a formar nuevas combinaciones en las orillas del Eufrates y del Mediterráneo".

CAPÍTULO XXII

XIII- CRISTIANISMO O CULTO ALEGÓRICO DEL SOL, ETC.

"Cuando constituyó Moisés el pueblo de Israel, pretendió en vano defenderse de la invasión de las ideas extrañas, porque una tendencia invencible, fundada en afinidades de origen, había hecho volver siempre a los hebreos al culto de las naciones vecinas; y las relaciones indispensables del comercio y de la política que tenían con ellas, fortalecieron cada vez más este ascendiente. En tanto que se mantuvo el régimen nacional, la fuerza coercitiva del gobierno y de las leyes se opuso a las innovaciones, y retardó su marcha. A pesar de ésto, los *lugares elevados estaban llenos de ídolos* y el *Dios sol tenía su carro* y sus caballos pintados en los palacios de los reyes, y hasta en el templo de *Yahuh*; pero cuando las conquistas de los sultanes de *Nínive* y de *Babilonia* disolvieron el lazo del *poder público*, el pueblo entregado a sí mismo, y estimulado por sus conquistadores, admitió las opiniones profanas y se desarrollaron públicamente en Judea. Trasladadas las colonias Asirias al lugar que ocupaban las tribus, llenaron el reino de Samaria con los dogmas de los magos, que penetraron muy luego en el reino de Judá: subyugada después Jerusalén, y corriéndose a este país abierto los *Egipcios*, los *Sirios* y los *Arabes*, llevaron también sus dogmas, y la religión de Moisés sufrió con ésto una doble alteración. Por otra parte, los

sacerdotes y los grandes, trasladados a Babilonia, e instruidos en las ciencias de los caldeos, se empaparon, durante una permanencia de cincuenta años, de toda su teología; y desde este momento se naturalizaron entre los Judíos los dogmas del genio *enemigo* (Satanás), del *arcángel Miguel*, del *Anciano de los tiempos* (Ormuzd, o el Eterno), de los *ángeles rebeldes*, del *combate en los cielos*, del *alma inmortal* y de la *resurrección*; cosas todas desconocidas de Moisés, o condenadas por el mismo silencio que había guardado acerca de ellas.

Al volver a su patria, llevaron a ella los emigrados estas ideas, y la innovación que producían causó desde luego las disputas de sus partidarios los *Fariseos*, y de sus antagonistas los *Saduceos*, representantes que eran del antiguo culto nacional. Pero favorecidos los primeros por las inclinaciones del pueblo y por los hábitos ya contraidos, y apoyados por la autoridad de los *Persas*, sus libertadores y maestros, acabaron por tomar ascendiente sobre los segundos, y los hijos de Moisés aceptaron la doctrina de Zoroastro.

Una analogía casual entre dos ideas principales, favoreció sobre todo esta coalición, y se hizo la base de un sistema posterior, no menos asombroso en sus *resultados* que en las causas de su formación.

Después que los Asirios hubieron destruido el reino de *Samaria*, teniendo algunos ánimos juiciosos la misma suerte para *Jerusalén*, no habían cesado de *anunciarla y predecirla*; y todas sus *predicaciones* habían tenido el carácter particular de *reacción* y de *regeneración*, deseos anunciados con la forma de *profecías*: los *sacerdotes* habían anunciado en medio de su entusiasmo *un rey libertador que daría a la nación su antigua gloria haciendo del pueblo hebreo un pueblo poderoso, conquistador y de Jerusalén la capital de un imperio extendido sobre todo el universo*.

Habiendo realizado los sucesos la primera parte de estas predicciones, que era la *ruina de Jerusalén*, creyó el pueblo la segunda con mayor facilidad, porque cayó en la desgracia; y afligidos los Judíos esperaron, con la impaciencia de la necesidad y del deseo, *el rey victorioso y libertador* que debía *salvar* la nación de *Moisés*, y restablecer el imperio de *David*.

Varias tradiciones sagradas y mitológicas de tiempos anteriores, habían esparcido igualmente en toda Asia un dogma muy análogo. No se hablaba de otra cosa sino de un *gran mediador*, de un *juicio final*, de un *salvador futuro*, que como *rey, Dios, conquistador y legislador*, debía volver la tierra a la *edad de oro*, libertarla del imperio del *mal*, y dar a los hombres el *reino del bien, de la paz y de la felicidad*. Estas ideas ocupaban tanto más a los pueblos cuanto mayor consuelo les proporcionaban en el estado funesto a que les habían reducido las devastaciones sucesivas de las conquistas, y el bárbaro despotismo de los conquistadores, y de sus delegados. Esta conformidad entre los *oráculos* de las naciones y los de los *profetas*, excitó la atención de los judíos; y sin duda los *profetas* habían tenido el arte de calcar sus cuadros sobre el estilo y el carácter de los libros sagrados empleados en los *misterios paganos* porque era general en Judea la esperanza de aguardar el grande *enviado*, el *salvador* final, cuando se presentó una rara circunstancia a determinar la época de su venida.

Estaba escrito en los libros sagrados de los persas y de los caldeos, que el *mundo*, compuesto de una *revolución* total de *doce mil*, se hallaba dividido en dos *revoluciones* parciales; de las cuales la una, *edad y reino del bien*, *terminaba* al cabo de *seis mil*, y la otra *edad y reino del mal*, *terminaba* al cabo

de otros seis mil.

Los primeros autores dieron a estas relaciones el sentido de significar la *revolución anual del gran orbe celeste*, llamado *mundo* (revolución compuesta de doce meses o signos, divididos en *mil partes* cada uno), y los *dos períodos* sistemáticos del *invierno* y el *verano*, compuestos igualmente cada uno de *seis mil*. Estas expresiones tan equívocas fueron mal explicadas, recibieron un sentido *absoluto y moral* en lugar del sentido *físico y astrológico* y sucedió que el *mundo anual* fue tomado por un *mundo secular*, los *mil* de signo o mes, por *mil años*; y suponiendo por los hechos, que se vivía en la *edad del mal*, se infirió que debía acabar al concluir los supuestos *seis mil años*.

En los cálculos admitidos por los judíos se empezaba a contar cerca de seis mil años desde la creación (ficticia) del *mundo*: esta coincidencia produjo la exaltación de los espíritus. No se ocuparon más que de un fin *próximo*: se preguntó a los sacerdotes, se consultaron sus libros *místicos* y señalaron diversos plazos. Se esperó el gran mediador; a fuerza de hablar de él, alguno dijo haberle visto y un individuo exaltado creyó serlo y se hizo partidario, los cuales, privados de su jefe por un incidente verdadero o verosímil, pero pasado oscuramente, dieron lugar por sus narraciones a un rumor gradualmente organizado en historia regular: sobre este primer proyecto se establecieron las tradiciones mitológicas y resultó ser un sistema auténtico y completo, del que ya no fue lícito dudar.

Decían dichas tradiciones mitológicas: Que en el origen, una mujer y un hombre habían introducido en el mundo por su caída, el mal y el pecado.

Indicaban con ésto el hecho astronómico de la virgen celestial (o virgo) y del *hombre carretero, boyero o vaquero* (*Bootes*, nombre de una constelación boreal), que *poniéndose u ocultándose* entre los rayos del sol en el *equinoccio de otoño*, abandonaba el *cielo* a las constelaciones del *invierno* y parecía, al *caer* bajo el horizonte, que *introducía* en el *mundo* el genio del *mal*, *Ahrimanes*, figurado por la constelación de la *serpiente*.

También indicaban dichas tradiciones mitológicas: Que la mujer había arrastrado tras de sí, o seducido al hombre.

En efecto, como la virgen (o virgo) se *pone u oculta la primera*, parece como que *arrastra tras de ella* al boyero o *carretero*.

Decían además: Que la mujer le había tentado, presentándole frutos hermosos a la vista y buenos de comer, los cuales daban la ciencia del bien y del mal.

Efectivamente, la *virgen* tiene en la mano un *ramo de frutos*, que parece presentar al boyero; y el ramo, emblema del otoño, colocado en el *cuadro de Mitra* sobre los límites del *invierno* y del *verano*, parece que abre la puerta y que da la *ciencia* y la *llave* del *bien* y del *mal*.

Decían igualmente las tradiciones mitológicas: que esta pareja había sido echada del jardín celestial y que un querubín había sido colocado para guardar la puerta con una espada de fuego.

Así es, porque cuando la *virgen* y el *boyero caen* bajo el horizonte de poniente, *sube Perseo* por el otro lado con la espada en la mano, y parece que este genio

los arroja del *cielo de verano, jardín y reino de frutos y flores*.

Decían aún: Que debía nacer de esta virgen un renuevo, un niño, que destruiría la cabeza de la serpiente, y libraría al mundo del pecado.

Con esta explicación designaban al sol, que en la época del solsticio de invierno, cuando los magos de los Persas sacaban el horóscopo o pronóstico del año nuevo, se hallaba colocado en el seno de la virgen, saliendo refulgente en el horizonte oriental; y por lo tanto estaba figurado en sus cuadros astrológicos bajo la forma de un niño criado por una virgen casta, que se convertía después en el equinoccio de la primavera en carnero o cordero (Aries), vencedor de la constelación de la serpiente, la cual desaparecía de los cielos.

Decían también: Que viviría en su infancia este reparador de la naturaleza divina o celestial, abatido, humilde, oscuro y pobre.

Y era porque el *sol* de invierno está inclinado al horizonte, casi abatido, humilde, y este primer período de sus cuatro *edades* o *estaciones* es un tiempo de *oscuridad*, de *escasez*, de *ayuno* y de *privaciones*.

Decían así mismo: Que habiendo sido muerto por los malos, resucitó gloriosamente y subió de los infiernos a los cielos, donde reinaba por toda la eternidad.

De este modo representaban la *vida del sol*; que terminaba su carrera en el *solsticio de invierno*, cuando *Tifón y los ángeles reveldes dominaban*; pareciendo que ellos le habían dado *muerte*; pero que muy pronto *renacía y resucitaba* en la bóveda de los cielos, donde se halla todavía.

Por último, citando dichas tradiciones hasta sus nombres *astrológicos y misteriosos*, decían que unas veces se llamaba *Cris*, es decir, el *conservador*, de donde vosotros, Indios, habéis formado vuestro Dios, *Cris-en* o *Crisna*; y vosotros, cristianos, griegos y occidentales, vuestro *Cris-to*, hijo de *María*; otras veces se nombraba *Yes*, por la reunión de tres letras que, en valor numeral, formaban el número 608, uno de los *períodos solares*; y he aquí, ¡oh europeos!, el nombre que se ha convertido con la final latina en *Yes-us* o *Jesús*, nombre antiquísimo y cabalístico atribuido al joven *Baco, hijo clandestino (nocturno) de la virgen Minerva*, el cual representa en toda la historia de su vida y muerte la del *Dios de los cristianos*, es decir del *astro del día*, de que ambos son emblemas".

Al oír tales expresiones, se levantó una gritería terrible entre los *grupos cristianos*; pero los musulmanes, los ламas y los indios los hicieron callar y el orador pudo acabar así su discurso:

"Ahora sabéis de qué manera se compuso el resto de este sistema en el caos de la anarquía de los tres primeros siglos; de qué modo desunieron los ánimos una multitud de opiniones extravagantes y los desunieron con un entusiasmo y una obstinación recíprocas, porque, como fundadas en antiguas tradiciones, eran igualmente sagradas. Sabéis cómo asociado el *gobierno* a una de estas sectas, al cabo de trescientos años, la hizo una *religión ortodoxa*, es decir *dominante*, con exclusión de las otras, que por su inferioridad se convirtieron en *herejías*; cómo y por qué medios de violencia y de engaño se propagó esta religión, creció mucho y después se dividió y debilitó; cómo, sesientos años después de la innovación del *cristianismo*, se formó otro sistema de sus propios

materiales y de los del sistema de los judíos y cómo supo Mahoma formarse un imperio *político y teológico*, a expensas del de *Moisés* y del de los *vicarios de Jesús...*

Si resumís ahora la historia entera del espíritu religioso, veréis que noha tenido al principio más *autor* que las *sensaciones* y las *necesidades* del hombre; que la idea de *Dios*, ha tenido por tipo y modelo las *potencias físicas* de los *seres materiales* obrando *bien* o *mal*, es decir causando *placer* o *dolor* al *ser sensible*; que en la formación de todos estos sistemas, ha seguido siempre el espíritu religioso la misma marcha y los mismos procedimientos; que en todos ellos no ha cesado el dogma de representar, bajo el nombre de *Dioses*, las operaciones de la NATURALEZA, las pasiones de los hombres y sus errores; y que todos han tenido por objeto la moral, el *deseo del bienestar* y la *aversión al dolor*; pero que los pueblos y la mayor parte de los legisladores, ignorando los caminos que conducían a ellos, han formado ideas falsas y por la misma razón opuestas, del *vicio* y de la *virtud*, del *bien* y del *mal*, ésto es, de lo que hace al hombre *dichoso* o *desgraciado*; que en todos estos sistemas, los medios y las causas de *propagarlos* y *establecerlos* han ofrecido las mismas escenas de pasiones y excesos, las mismas disputas sobre palabras, los propios pretextos de celo, de revoluciones y de guerras suscitadas por la *ambición de los jefes*, por las *trapacerías de los promulgadores*, por la *credulidad de los prosélitos*, por la *ignorancia del vulgo* y por la *codicia exclusiva* y el *orgullo intolerante* de todos; veréis, en fin, que la historia entera del *espíritu religioso* es la historia de las *incertidumbres del espíritu humano*, el cual, colocado en un *mundo que no conoce*, quiere sin embargo adivinar el *enigma*; y espectador siempre absorto de este *prodigio misterioso y visible*, imagina *causas*, supone fines e inventa sistemas; y cuando ve que uno es defectuoso, lo destruye por otro que no es menos malo; detesta el error que abandona, desconoce el que abraza, repele la verdad que busca, compone quimeras de seres disparatados, y soñando siempre *sabiduría* y *felicidad*, se pierde en un laberinto de *ilusiones* y de *desgracias*".

CAPÍTULO XXIII

IDENTIDAD DEL FIN DE LAS RELIGIONES

Así habló el orador de los hombres que habían investigado el origen y la filiación de las ideas religiosas... Pero racionando los teólogos de diferentes sistemas, dijeron unos: "Es una exposición impía, que se propone destruir toda creencia, e infundir la alarma y la insubordinación en los espíritus, anonadando nuestro poder: es un cuento, dijeron otros y una reunión de conjeturas dispuestas con arte; pero sin fundamento alguno. Las *personas moderadas y prudentes*, añadían: *Supongamos que todo eso sea verdad, ¿por qué revelar estos misterios? No hay duda que nuestras opiniones están llenas de errores, pero estos errores son un freno necesario para la multitud: el mundo marcha así, hace dos mil años, ¿por qué se quiere que hoy cambie de rumbo?*

Ya empezaba a tomar mucho cuerpo el rumor de la reprobación contra toda novedad, cuando un grupo numeroso de hombres de las clases del pueblo y de los salvajes de todos los países, de todas las naciones, sin profetas, ni doctores, ni código religioso, se adelantó en el circo, atrayendo sobre sí la atención de

toda la asamblea; y uno, alzando la voz, dijo al legislador:

"Arbitro y mediador de los pueblos: desde el principio de este debate estamos escuchando las relaciones más extrañas y nuevas para nosotros; y nuestro ánimo, sorprendido y confuso ante tantas cosas, unas sapientísimas, otras absurdas, que de ningún modo comprende, se queda con la misma incertidumbre y las mismas dudas. Sólo una reflexión nos hace efecto, y es ésta: al resumir tantos hechos prodigiosos, tantas aseveraciones contrarias, preguntamos: *¿qué nos importan todas estas discusiones?, ¿qué necesidad tenemos de saber lo que ha pasado cinco o seis mil años hace en un país que no conocemos, y entre hombres absolutamente extraños para nosotros? Que sea cierto o que sea falso, ¿de qué nos sirve saber si el mundo existe desde seis mil o veinte mil años a esta parte, si se ha hecho de nada o de algo, por sí mismo o por un obrero que también necesitaría un autor si ésto fuera así?* ¡Cómo!, ¿seremos capaces de responder de lo que pasa en el sol, en la luna o en los espacios infinitos cuando no estamos seguros de lo que pasa cerca de nosotros? Hemos olvidado los acontecimientos de nuestra infancia, ¿y pretendemos conocer los de la del mundo? ¿Y quién atestiguará lo que nadie ha visto?, ¿quién certificará lo que nadie entiende?

¿Qué añadirá o disminuirá a nuestra existencia el decir sí o no sobre todas estas ilusiones? Hasta ahora, ni nuestros padres, ni nosotros hemos tenido el menor conocimiento de ellas, y no por eso hemos tenido más ni menos sol, más ni menos subsistencia, más ni menos bienes o males.

Si el conocimiento de todo ello fuese necesario, ¿por qué hemos vivido nosotros sin él tan bien o mejor que los que tanto se inquietan por adquirirlo? Si es superfluo, ¿por qué nos cargaremos ahora con este peso?". Y dirigiéndose a los doctores y a los teólogos continuó: "¡Cómo! ¿Habrà de ser preciso que nosotros, hombres ignorantes y pobres, que apenas tenemos bastante tiempo para cuidar de nuestra subsistencia, y para las labores de que vosotros os aprovecháis, habrá de ser preciso repito, que aprendamos todas estas historias que contáis, que leamos tantos libros como nos proponéis, que aprendamos tantas lenguas en que están compuestos? Mil años de vida no bastarían...".

"No es necesario, respondieron los doctores, que adquiráis tanta ciencia: nosotros la tenemos por vosotros...".

"Pero si vosotros mismos, replicaron los hombres sencillos, no estáis acordes en medio de toda esa ciencia... ¿De qué sirve poseerla?...

Y a más de ésto, ¿cómo podríais responder por nosotros? Si la fe de un hombre se aplica a muchos, ¿qué necesidad tenéis de creer vosotros mismos? Vuestros padres habrán *creído* por vosotros, y ésto será puesto en razón, puesto que también han *visto* por vosotros.

Pero, ¿qué es *creer*, si *creer* no influye sobre acción alguna? ¿Y sobre qué acción influye, por ejemplo, el *creer* al mundo *eterno o no*?"

"Eso ofende a Dios", dijeron los doctores.

"¿Dónde está la prueba?", replicaron los hombres sencillos.

"En nuestros libros", respondieron aquéllos.

"No los entendemos", dijeron éstos.

"Nosotros los entendemos por vosotros", añadieron los doctores.

"Ahí está la dificultad, dijeron los hombres sencillos: ¿con qué derecho os establecéis *mediadores* entre Dios y nosotros?"

"Por sus órdenes", contestaron los doctores.

"¿Dónde está la prueba?", dijeron los hombres sencillos.

"*En nuestros libros*", respondieron los doctores.

"*No los entendemos*, replicaron los otros; y ¿cómo es que este Dios justo os concede ese privilegio sobre nosotros? ¿Cómo nos obliga este padre común a creer en un grado menor de evidencia que vosotros? Concedamos que os haya hablado y que no os engañe, porque es infalible: pero vosotros nos habláis... *¡vosotros!*... y ¿quién nos asegura que no estáis llenos de errores, o que no podréis infundírnoslos? Y si somos engañados, ¿cómo podrá salvarnos ese Dios justo contra la ley que existe, o condenarnos no habiéndola conocido?"

"Os ha dado la *ley natural*", dijeron los doctores.

"¿Y qué es la *ley natural*?, replicaron los hombres sencillos. Si esta ley basta, ¿para qué ha dado otras? Si no basta, ¿por qué la ha dado imperfecta?"

"Sus juicios son misteriosos, respondieron los doctores, y su justicia no es como la de los hombres".

"Si su justicia, replicaron los otros, no es como la nuestra, ¿qué medios tendremos para conocerla?, y en resumen, ¿a qué vienen todas esas leyes, y cuál es el fin que se proponen?"

"El de haceros más dichosos, dijo un doctor, haciéndoos mejores y virtuosos, con este objeto se ha manifestado Dios por medio de tantos oráculos y prodigios, para enseñarles a usar de sus beneficios y a no dañarse recíprocamente".

"En este caso, concluyeron los hombres sencillos, no hay necesidad de tantos estudios y razonamientos, y enséñenos cuál es la religión que llena mejor el fin que todas se proponen".

Al momento cada uno de los grupos empezó a ponderar su moral, a preferirla a todas las demás, y con este motivo se suscitaron entre los cultos unas disputas terribles. "*Nosotros somos, dijeron los musulmanes, los que poseemos la moral por excelencia y los que enseñamos todas las virtudes agradables a los hombres y a Dios: profesamos la justicia, el desinterés; el acatamiento a la providencia, la caridad con nuestros hermanos, la limosna, la resignación; nosotros no atormentamos las almas con temores supersticiosos, vivimos sin inquietudes y morimos sin remordimientos*".

"¿Cómo os atrevéis, replicaron los sacerdotes cristianos, a hablar de moral, vosotros cuyo jefe ha tenido una vida licenciosa, y ha predicado el escándalo?, ¿vosotros cuyo primer precepto es el homicidio y la guerra? Que nos sirva de

testigo la experiencia: de mil doscientos años de historia a esta parte, no ha cesado de esparcir vuestro fanático celo la turbación y la carnicería entre todas las naciones y si en el día esa Asia tan floreciente en otros tiempos, cae en la barbarie y en la aniquilación, vuestra doctrina es la que tiene la culpa; doctrina enemiga de toda instrucción que, santificando por una parte la ignorancia, y consagrando el despotismo más absoluto en el que manda, e imponiendo por otra la obediencia más ciega y más pasiva a los gobernados, ha entorpecido las facultades del hombre, y sumergido a las naciones en el embrutecimiento.

No sucede ésto con nuestra moral sublime y celestial: ella es la que ha sacado a la tierra de su barbarie primitiva, de las supersticiones insensatas o crueles de la idolatría, de los sacrificios de sangre humana, de los desórdenes vergonzosos de los misterios paganos, la que ha purificado las costumbres, proscrito los incestos y los adulterios, civilizado las naciones salvajes, hecho desaparecer la esclavitud, introducido virtudes nuevas y desconocidas, la *caridad* para los hombres, su *igualdad* delante de Dios, el *perdón* y *olvido* de las injurias, el *dominio* de todas las pasiones, el *desprecio* de las grandezas mundanas; en una palabra, una vida del todo espiritual y santa".

"Gran admiración nos causa, respondieron los musulmanes, el ver cómo sabéis unir esta caridad, esta dulzura evangélica, de que tanto os vanagloriáis, con las injurias y los ultrajes que soléis emplear para herir continuamente a vuestros *prójimos*. Cuando vosotros acusáis con tanta gravedad las costumbres del grande hombre que reverenciamos, podríamos encontrar represalias en la conducta del que adoráis; pero desdeñando semejantes medios, y limitándonos al verdadero objeto de la cuestión, sostenemos que vuestra moral evangélica no es tan perfecta como vosotros creéis; que no es cierto haya introducido en el mundo virtudes desconocidas y nuevas, ni esa *igualdad* de los *hombres ante Dios*, esa *fraternidad* y *benevolencia* que son consiguientes, puesto que todo ello estaba prescrito en los dogmas antiguos de los *Hecméticos* o *Samaneos*, de los cuales descendéis. Y en cuanto al perdón de las injurias, los mismos paganos lo habían enseñado; pero en la extensión que vosotros le dais, lejos de ser una virtud, se convierte en una inmoralidad y en un vicio. Vuestro precepto tan ponderado de *presentar la otra mejilla, después de haber recibido un bofetón en la una*, no sólo es contrario a todos los sentimientos del hombre, sino que es opuesto a todos los principios de justicia, porque alienta a los malos con la impunidad, envilece a los buenos con la servidumbre, entrega al mundo al desorden y a la tiranía, y disuelve la sociedad: tal es el verdadero espíritu de vuestra doctrina: vuestros evangelios en sus preceptos y parábolas, representan siempre a *Dios* como a un *déspota* sin regla alguna de equidad; es un padre lleno de parcialidad, que trata a un *hijo* licencioso y *pródigo* con más cariño que a los otros hijos obedientes y de buenas costumbres; es un amo caprichoso, que da el mismo *salario* a los *obreros* que han trabajado una hora, que a los que se han afanado todo el día, y que *prefiere* los *últimos* venidos a los *primeros*; en fin no hay principio que no sea el de una moral *misántropa* y *antisocial*, que separa a los hombres de todo trabajo e industria útiles a la sociedad, y de la vida misma y no se encamina a otra cosa sino a formar ermitaños y célibes.

En cuanto al modo de haberla practicado, apelamos también al testimonio de los hechos: y os preguntamos si es la *dulzura evangélica* la que ha suscitado vuestras interminables guerras de sectas, las persecuciones atroces de esos *herejes*, vuestras cruzadas contra el *arrianismo*, el *maniqueísmo*, el *protestantismo*, sin hablar de las que habéis hecho contra nosotros, ni de las asociaciones sacrílegas, que aún subsisten, de hombres juramentados para continuarlas. Os preguntamos también, si es la *caridad evangélica* la que os ha

hecho exterminar pueblos enteros de América, y aniquilar los imperios de Méjico y del Perú; la que os induce a continuar devastando el Africa, cuyos habitantes vendéis como animales, a pesar de vuestra *abolición* de la *esclavitud*; la que os hace asolar la India, cuyos dominios usurpáis; en fin, si es la *caridad evangélica* la que os hace turbar, de tres siglos a esta parte, en sus mismos hogares a los pueblos de los tres continentes, de los cuales los más prudentes, como han sido los Chinos y Japoneses, se han visto precisados a arrojarlos de sus dominios para sacudir vuestras cadenas y recobrar la paz interior".

Al instante que se pronunciaron estas reconvenciones los *bracmanes*, los *rabinos*, los *bonzos*, los *chamanes*, los *sacerdotes* de las islas Molucas y de las costas de guinea, confundieron con las suyas a los doctores cristianos y dijeron: "Sí, sí, estos hombres son unos malvados, unos hipócritas que predicán la *sencillez* para ganar la *confianza*; la *humildad* para sojuzgar más fácilmente; la *pobreza*, para apropiarse *todas las riquezas*: prometen *otro mundo* para *apoderarse mejor de éste*; y al paso que os hablan de *tolerancia* y de *caridad*, queman en nombre de Dios a los hombres que no le adoran como ellos".

"Ministros embusteros, respondieron los católicos, vosotros sois los que abusáis de la credulidad de las naciones ignorantes para subyugarlas. Vosotros sois los que convertís vuestro ministerio en un arte de impostura y trapacería, vosotros los que habéis hecho de la religión un negocio de avaricia y de especulación. Vosotros suponéis que os comunicáis con los espíritus, y todos sus oráculos se reducen a anunciar vuestras voluntades: pretendéis leer en los astros, y el *destino* no decreta más que lo conforme con vuestros deseos: hacéis hablar a los ídolos, y los Dioses sólo son los instrumentos de vuestras pasiones: habéis inventado los sacrificios y las libaciones para atraeros la leche de los rebaños, la carne y la grasa de las víctimas; y bajo el manto de la piedad y de la abstinencia, devoráis las ofrendas hechas a los Dioses *que no comen*, y la substancia arrancada a los pueblos que *trabajan*".

"Y vosotros, gritaron los bracmanes, los bonzos, los chamanes, vendéis a los vivos crédulos, oraciones inútiles por las almas de los muertos; os habéis arrogado el poder y las funciones de Dios mismo con esas *indulgencias* y *absoluciones*; y haciendo un tráfico infame de sus gracias y de sus perdones, habéis hecho del cielo una almoneda pública, y fundado con vuestro sistema de *expiaciones*, una tarifa del rescate de los delitos, que ha pervertido todas las conciencias".

"Añadid a eso, dijeron los *imanes*, que estos hombres han inventado la más profunda de las maldades, cual es la obligación absurda e impía de contarles los secretos más íntimos de las acciones, de los pensamientos, de las *veleidades* (la confesión), de modo que su insolente curiosidad lleva su inquisición hasta el santuario sagrado del lecho nupcial e invade el asilo inviolable del corazón".

Entonces, y a fuerza de reconvenciones recíprocas, revelaron los doctores de los diferentes cultos todos los delitos de su ministerio, todos los vicios ocultos de su estado y se vio que en todos los pueblos eran absolutamente idénticos el *espíritu de los sacerdotes*, el *sistema de su conducta*, *sus acciones* y *sus costumbres*.

Que en todas partes habían formado *asociaciones secretas* y *corporaciones*

enemigas del resto de la sociedad.

Que en todas partes se habían *atribuido prerrogativas o inmunidades*, por medio de las cuales vivían libres de las cargas de las otras clases.

Que en todas partes vegetan sin experimentar las fatigas del labrador, los riesgos del militar, ni los reveses del comerciante.

Que en todas partes viven célibes, a fin de eximirse hasta de los cuidados domésticos.

Que en todas partes encuentran, bajo la capa de la *pobreza*, el secreto de ser ricos y de proporcionarse todo género de placeres.

Que con el título de *mendicantes*, perciben *impuestos* mayores que los de los príncipes.

Que bajo el de los dones y ofrendas, adquieren rentas seguras y libres de toda carga.

Que bajo el nombre de *recogimiento* y de *devoción*, viven en la ociosidad y en el desenfreno de las costumbres.

Que han hecho una *virtud* de la *limosna*, para disfrutar tranquilamente del trabajo ajeno.

Que inventaron las ceremonias del culto, para atraer sobre ellos el respeto popular, representando el papel de Dioses de que se llamaron *intérpretes* y *mediadores*, para atribuirse todo el poder.

Que con este designio; y según las luces o la ignorancia de los pueblos, fueron alternativamente *astrólogos*, *adivinos* y *magos*, *nigrománticos*, *charlatanes*, *médicos*, *cortesanos* y *confesores* de príncipes, siempre aspirando al fin de gobernar en ventaja propia.

Que unas veces levantaron el poder de los reyes y consagraron sus personas, para conseguir sus favores y participar de su poder.

Que otras predicaron el *asesinato de los tiranos* (reservándose la facultad de especificar la tiranía), a fin de vengarse de su desprecio o de su desobediencia.

Que siempre llamaron *impiedad* a lo que dañó a sus intereses, que se opusieron a toda instrucción pública, para ejercer el monopolio de la ciencia; en fin, que en todo tiempo y en todo lugar, encontraron el secreto de vivir en paz en medio de la anarquía que causaban, seguros bajo el despotismo que favorecían, descansados en medio del trabajo que predicaban, llenos de abundancia cuando los otros de miseria; y todo ésto por ejercitar el comercio singular de *vender palabras y gestos* a gentes crédulas, que se los pagaban como si fuesen objetos del mayor precio.

Al escuchar tales infamias, se llenaron los pueblos de furor y quisieron despedazar a los hombres que les habían engañado con tal descaro; pero el legislador contuvo este movimiento de violencia y dirigiéndose a los jefes y a los doctores, les dijo: ¡Cómo!, fundadores de pueblos, ¿de ésta manera les

habéis engañado?".

Confundidos los sacerdotes, respondieron:

"¡Oh legislador!, somos hombres y *los pueblos son supersticiosos*: ellos han sido los que han dado causa a nuestros engaños".

Los reyes dijeron: "¡Oh legislador!, los pueblos son *serviles e ignorantes*: ellos se han posternado delante del yugo que apenas nos atrevíamos a mostrarles".

Entonces, volviéndose el legislador a los pueblos, les dijo: "¡Pueblos, pueblos!, acordaos de lo que acabáis de oír: estas son dos *profundas verdades*. Sí, vosotros mismos causáis los males que originan vuestras quejas: vosotros sois los que alentáis a los tiranos con una baja adulación de su poder, con el aplauso imprudente que tributáis a sus falsas bondades, con el envilecimiento en la obediencia, el desenfreno en la libertad y la adopción ciega de cualquier impostura. Y siendo así, ¿sobre quién queréis que recaiga el castigo de las faltas de vuestra propia ignorancia?".

Los pueblos quedaron sobrecogidos y al oír este apóstrofe guardaron el más profundo silencio.

CAPÍTULO XXIV

SOLUCIÓN DEL PROBLEMA DE LAS CONTRADICCIONES

El legislador, volviendo a tomar la palabra, dijo: "¡Oh naciones!, hemos oído debatir vuestras opiniones, y las disputas que os desunen nos hacen reflexionar y nos ofrecen infinitos problemas que aclarar y que proponeros.

Considerando, en primer lugar, la diversidad y la oposición de las creencias que tenéis, os preguntamos: ¿en qué motivos fundáis vuestro convencimiento? ¿Habéis hecho una elección bien meditada, para seguir el estandarte de un profeta con preferencia al de otro? Antes de adoptar una doctrina con preferencia a otra, ¿las habéis comparado?, ¿las habéis examinado maduramente, o es que las habéis recibido sólo por la casualidad del nacimiento, o por el imperio de la costumbre y de la educación? ¿No nacéis cristianos en las orillas del *Tiber*, musulmanes en las del *Eufrates*, idólatras en las del *Indo*, como nacéis rubios en las regiones frías, y tostados bajo el sol ardiente del Africa? Y si vuestras opiniones son un efecto de vuestra situación fortuita sobre la tierra, de la parentela o de la imitación, ¿por qué la casualidad ha de ser para vosotros un motivo de convicción y un argumento de verdad?

Cuando reflexionamos, en segundo lugar, sobre la exclusión respectiva y la intolerancia arbitraria de vuestras pretensiones, nos horrorizan las consecuencias que siguen a vuestros propios principios. Pueblos, que os ofrecéis todos recíprocamente a las disposiciones de la cólera celeste, suponed que bajase de los cielos en este momento el *Ser universal* que reverenciáis y que, rodeado de todo su poder se sentase sobre su trono para juzgarnos a todos y os dijese:

"¡Mortales!, la justicia que voy a ejercer sobre vosotros es vuestra propia justicia. Sí, de tantos cultos que observáis, uno sólo va a ser el preferido; todos los demás, toda esta multitud de estandartes, de pueblos y profetas, serán condenados a una perdición eterna, y aún no basta... Entre las sectas del culto escogido, una sólo puede agradarme, y todas las demás serán condenadas; y tampoco basta ésto. De este pequeñísimo grupo escogido, es menester que excluya a todos aquellos individuos que no han llenado las condiciones que imponen sus preceptos: ved hombre a qué corto número de elegidos habéis limitado vuestra especie; a qué poquedad de beneficios reducís mi bondad inmensa; a qué soledad de admiradores condenáis mi inmensa gloria y mi eterna grandeza".

Dicho ésto, se levantó el legislador y añadió: "No importa, así lo habéis querido; ea, pueblos, ahí está la urna con todos vuestros nombres, uno sólo va a salir... ¡Animo!, sacad la suerte de esta terrible urna..."

Pero los pueblos llenos de espanto, gritaron: "¡No, no, todos somos hermanos, todos iguales, y no podemos condenarnos recíprocamente!"

Entonces volvió a sentarse el legislador, y dijo: "Hombres, hombres, que disputáis sobre tantas materias, prestad vuestra atención a un problema que vosotros me ofrecéis y que debéis resolver vosotros mismos". Los pueblos prestaron la mayor atención, y levantando un brazo el legislador hacia el cielo en dirección al sol, dijo:

"Pueblos, ¿ese sol que os alumbra, os parece cuadrado o triangular?"

"No, respondieron unánimemente, es redondo".

Tomando después la balanza de oro que estaba sobre el altar, dijo: "Este oro que manejaís todos los días, ¿es más pesado que un volumen igual de cobre?"

"Sí, contestaron acorde los pueblos; el oro es más pesado que el cobre".

El legislador tomó luego la espada, y dijo:

"¿Este hierro es menos duro que el plomo?"

"No, dijeron los pueblos".

"¿El azúcar es dulce y la hiel amarga?"

"Sí".

"¿Amáis todos vosotros el placer y aborrecéis el dolor?"

"Sí".

"Así pues, todos estáis acordes sobre estos puntos y sobre una multitud de otros semejantes. }

Decidme ahora: ¿Hay un abismo en el centro de la tierra y habitantes en la luna?"

Al presentar esta cuestión, se levantó un rumor universal; y respondiendo cada uno de diferente modo, decían muchos que *sí*, y muchos otros que *no*, éstos que *podía ser*; aquéllos que la cuestión era *ociosa y ridícula* y otros que *sería bueno saberlo*: en fin, la discordancia fue completa.

Después de algún tiempo, pudo el legislador imponer silencio y añadir: "Pueblos, explicadme ahora este problema. Yo os propuse muchas cuestiones sobre las cuales estuvisteis acordes, sin distinción de raza ni de secta: *hombres blancos, hombres negros*, sectarios de *Mahoma* o de *Moisés*, adoradores de *Buda* o de *Jesús*, todos, todos habéis dado la misma respuesta. Os propongo otra y al momento discordáis. *¿Por qué esta unanimidad en un caso y esta discordia en otro?*".

El grupo de hombres sencillos y salvajes tomó entonces la palabra, y respondió: "La razón es muy obvia: en el primer caso, *veíamos y palpábamos* los objetos y hablábamos por sensación propia: en el segundo, se hallaban fuera del alcance de nuestros sentidos y sólo hablábamos por conjeturas".

"Habéis resuelto el problema, dijo el legislador, y así vuestra misma confesión sienta esta primera verdad:

"Que siempre que los objetos se pueden someter a vuestros sentidos, estáis acordes en las decisiones.

Y que sólo diferenciáis de opinión y de sentimientos, cuando los objetos están distantes y fuera de vuestro alcance.

Ahora bien, de este primer hecho sigue otro, tan claro y tan digno de fijar la atención.

De vuestra concordancia en lo que concocéis con exactitud, se deduce que *sólo estáis discordes en aquello que no conocéis bien, y sobre aquello de que no estáis muy seguros*; es decir, que *disputáis, reñís y peleáis por cosas inciertas y dudosas*. ¡Ah!, hombres, ¿y ésto es ser sabios?

No por cierto: es probar que no es *la verdad* el objeto de vuestras disputas, ni la causa que defendéis, sino el de vuestras inclinaciones y vuestros errores; que no es el objeto, tal como es en sí lo que queréis probar, sino el objeto que vosotros veis; ésto es, que queréis hacer prevalecer *vuestra opinión*, vuestra manera de ver y de juzgar, y no la *evidencia de la cosa juzgada*. Es un *poder* que queréis *usar*, un *interés* que queréis *satisfacer*, una *prerrogativa* que os *atribuís*; es, en una palabra, *la lucha de vuestra vanidad*. Pero como cada uno de vosotros, *comparándose a los demás, encuentra su semejante y su igual*, resiste la dominación por el sentimiento *del mismo derecho*. Y todas vuestras disputas, peleas e intolerancias, son efecto de este *derecho* que no queréis ceder y de la *certidumbre que tenéis de vuestra igualdad*.

Luego, el único medio de estar acordes es volver a la NATURALEZA, y tomar por árbitro y regulador el orden de cosas que ella misma ha establecido, y entonces vuestra concordancia prueba también esta otra verdad:

Que los seres reales tienen en sí mismos un modo de existir idéntico, constante, uniforme, y que reside en vuestros órganos una manera igual de sentir.

Pero al mismo tiempo, y a causa de la movilidad de estos órganos por vuestra voluntad, podéis concebir afectos distintos y hallaros con los mismos objetos en relaciones diferentes; de modo que sois, con respecto a ellos, como un espejo que refleja, capaz de presentarlos tales como son en efecto y capaz de desfigurarlos y alterarlos, según los defectos y movimientos de su superficie.

De donde resulta que todas las veces que percibís los objetos tales como son, estáis acordes entre vosotros y con ellos, y esta semejanza entre vuestras sensaciones y el modo de existir de los seres, es lo que constituye para nosotros la VERDAD.

Que al contrario, siempre que no estáis acordes, vuestro disentimiento prueba que no representáis los objetos como son y que los variáis.

Dedúcese también de ésto, que las causas de vuestros disentimientos no existen en los mismos objetos, sino en vuestros ánimos y en el modo de percibir y de juzgar.

Para establecer la unanimidad de opinión, es preciso establecer bien de antemano la certidumbre, asegurarse perfectamente que los cuadros que se pinta el espíritu son idénticamente semejantes a sus modelos y que retratan los objetos correctamente y según son. Ahora bien, no es posible lograr este efecto sino en tanto que pueden dichos objetos presentarse y someterse al examen de los sentidos. Todo lo que no puede reducirse a esta prueba es por el hecho mismo incapaz de ser juzgado; y no hay ninguna regla, ningún término de comparación, ningún medio de certidumbre que pueda graduarlo.

De donde debe concluirse que para vivir en paz y en concordia, es preciso no hablar de tales objetos, ni darles ninguna importancia; en una palabra, que es indispensable trazar una línea divisoria entre los objetos comprobables y los que no pueden comprobarse y separar con una barrera insuperable el mundo de los seres fantásticos, del mundo de las realidades; es decir, que debe privarse de todo efecto civil a las opiniones teológicas o religiosas.

He aquí, ¡oh pueblos!, el fin que se ha propuesto una gran nación al romper sus cadenas y desechar sus preocupaciones; he aquí la obra que habíamos emprendido bajo su inspección y por sus órdenes, cuando vuestros reyes y sacerdotes vinieron a interrumpirla. Mas ¡oh reyes!, ¡oh sacerdotes!, vosotros podréis suspender todavía por algún tiempo la publicación solemne de las leyes de la NATURALEZA; pero ya no depende de vuestro poder trastornarlas ni destruirlas".

Entonces se levantó una gritería inmensa en toda la asamblea y la totalidad de los pueblos manifestó con un movimiento unánime su adhesión a los principios sentados por el legislador.

"Volved a emprender, le dijeron, vuestra santa y sublime obra y llevadla a su perfección: buscad las leyes que la NATURALEZA ha colocado en nosotros mismos para dirigirnos, y formado el auténtico e inmutable código; pero que no sea para una nación sólo, para una familia sólo; sino para todos nosotros sin excepción alguna. Sed el legislador de todo el género humano, como seréis su intérprete; mostradnos la línea que separa el mundo de las ilusiones del de las realidades y enseñadnos, después de tantas religiones de error y falsedades, la religión de la evidencia y de la VERDAD".

Entonces el legislador, continuando la investigación y el examen de los atributos físicos y constitutivos del hombre, de los movimientos y afectos que le rigen en el estado *individual* y *social*, desarrolló en esta forma las leyes en que la *naturaleza* ha fundado el bienestar y la dicha de la especie humana.

NOTICIA SOBRE LA VIDA Y LAS OBRAS DEL CONDE DE VOLNEY

Constantino Francisco Chassebeuf, que más adelante tomó el nombre de Volney, nació en Craon el 3 de febrero de 1757, en la clase media, que ofrece más ancho campo a los accesos y a las ventajas de la ilustración.

El padre de Volney, abogado de mucho crédito a quien el nombre de Chassebeuf no le agradaba, dio a su hijo el de Boisgirais, que tampoco fue más que provisional.

A los dos años de edad, Volney perdió a su madre y quedó en poder de una antigua criada campesina y de una vieja parienta, consentido por la una y severamente tratado por la otra. Por entonces era ya de salud delicada y esta fatal circunstancia no le abandonó en toda su vida.

A los siete años entró en un colegio que tenía en Ancenis un cura bretón y bien pronto hizo notables progresos en sus estudios.

Era taciturno y meditabundo, ya por naturaleza, ya por consecuencia del abandono en que le tenía su padre, y esta última causa inspiró interés a un tío suyo materno, única persona de su familia que le visitaba con alguna frecuencia. Este tío decidió al padre de Volney a que trasladara a su hijo a un colegio de Angers, donde acabó brillantemente sus estudios. A los diecisiete años, su padre, que continuaba ocupándose poco de él, lo emancipó, le entregó los bienes de su madre que ascendían a mil cien libras de renta y le dejó en completa libertad.

Volney siempre solitario y taciturno, sin tomar parte en las distracciones propias de los jóvenes de su edad, se entregó primero al estudio de la medicina y después al de las lenguas orientales.

Hacia el año 1776 llegó a París donde perfeccionó sus estudios de lingüística y de historia, y se dio a conocer con una memoria sobre la cronología de Herodoto, rompiendo una lanza con Larcher, como si quisiera seguir las huellas trazadas por el doctor Fréret.

En seguida fue presentado en la casa del barón de Holbach, conoció a Franklin, la sociedad de Madama Helvetius y todo esto influyó en él de tal modo que llegó a ser el discípulo, acaso más original de la mencionada escuela.

En 1781, heredó una fuerte suma, siete mil libras aproximadamente, y la mayor dificultad para él fue que no supo qué hacer con ellas.

"Mis amigos", dice él, "me aconsejaban de distintos modos: los unos que

gozara lo posible con aquella cantidad y los otros que procurara aumentar mi renta; pero yo eché mis cuentas y calculé que la suma era escasa para mejorar de un modo efectivo mi porvenir y crecida para disiparla en un momento. Felices circunstancias habían creado en mí desde la juventud la costumbre de estudiar; yo sentía placer, hasta pasión, por el estudio y concebí la idea de emplear aquella cantidad en satisfacer mis aficiones, abriendo más anchos horizontes a mi educación".

"Había leído y había oído decir que entre todos los medios de adornar el espíritu y de formar el raciocinio, ninguno mejor que los viajes. Proyecté uno; sólo me faltaba elegir el sitio y yo lo quería nuevo, o por lo menos, que tuviera atractivos".

Después de algunas dudas sobre la elección, se decidió por el Oriente, cuna de antiguas religiones, contribuyendo también a esta resolución algo de esa especie de curiosidad filosófica que le tenía como subyugado.

Volney hizo un viaje concienzudo, exacto, positivo y lo refirió con estilo propio y nuevo, aunque imperfecto. El Viaje por Egipto y Siria que apareció en 1787, le dio justo renombre.

Un viaje a Oriente era por entonces una cosa extraña y Volney se propuso ir con un palo en la mano por los mismos sitios que habían de recordar a Chateaubriand viajando como un hidalgo, a Byron como un gran señor y a Lamartine como un emir o como un príncipe.

Tenía a la sazón veinticinco años y dice; que antes de marchar quiso despedirse del tío que con cariño paternal le prodigó en Angers algunos cuidados durante su infancia, que a su lado durante algunos meses, se ejercitó en las marchas para irse acostumbrando a las fatigas que le esperaban y cuando se creyó bastante fuerte se puso en marcha a fines del año 1782.

Cuando salió de Angers, donde había pasado los primeros años de su estudiosa juventud, se detuvo un momento para contemplar aquellas techumbres pizarrosas que a lo lejos brillaban, y lloró.

Así fue; pero no es él quien lo dijo porque jamás hombre alguno, jamás viajero alguno, fue más sobrio y más discreto al referir sus propias impresiones.

En este momento solemne de la partida cambió el nombre de Boisgirais, que había llevado hasta entonces, por el de Volney, que iba a hacer célebre.

Cuando llegó a Oriente, después de descansar en Egipto, comprendió que nada adelantaría sin conocer el idioma y decidió encerrarse durante ocho meses en el monasterio de Mar-Hanna, en el Líbano, para aprender el árabe. Más adelante se reunió con un cheik beduino y se acostumbró a manejar la lanza y el caballo como un árabe del desierto. Descúbrese en su relato algo de lo que hizo personalmente, pero al contrario de lo que en casos semejantes han hecho otros escritores antes y después, Volney empleó en su obra un método de autor, más que de viajero.

En vez de referirnos sus jornadas, la forma en que empleaba el día y de obligarnos a seguirla paso a paso, nos ofrece el resultado de sus observaciones durante tres años.

"He desechado, como difuso y largo", dice él mismo, "el orden y el detalle de los itinerarios, así como las aventuras personales; aprecio las cosas en conjunto y en grandes cuadros que presenten los hechos y las ideas, porque siendo tan considerable la cantidad de libros que se produce, me parece justo economizar tiempo a los lectores".

No ha procurado rodear a su obra de ese encanto que tienen los relatos de los viajeros a quienes acompaña el lector durante su camino. No se encuentra en él nada de Montaigne. Volney rechaza esos atractivos; teme agregar a las cosas o a los hechos lo que no les corresponde y huye de presentar sus relatos en formas seductoras.

"Yo me he prohibido", dice, todo trabajo de imaginación, aunque no desconozco el efecto que la ilusión produce en muchos lectores; pero entiendo que los libros de viajes tienen más afinidad con la historia que con la novela. No presentaré los países que recorra más bellos que me lo hayan parecido, no retrataré a los hombres mejores o peores, sino como los haya visto, y creo que los presentaré tales como son porque no he recibido de ellos ni beneficios ni ultrajes".

No abusará del colorido ni prodigará el relato de las impresiones que dejen de conducir al fin capital de la obra; lejos de caer en estas exageraciones, se inclinará, tal vez con exceso, al extremo opuesto, aunque resulte árido.

La publicación de su viaje, en 1787, hizo célebre a Volney. Aunque por la forma no tenía este libro nada seductor, aunque rompió con las tradiciones que daban tono especial a los escritos de la época de Luis XVI, Volney encontró al público preparado, hasta cierto punto. Ya entonces el físico Laplace, el químico Lavoisier, el geómetra Monge y otros muchos, habían dado testimonios elocuentes de su genio, y Volney fue el viajero más estimado en esta nueva escuela sabia y positiva.

En el año siguiente, 1788, publicó un escrito de circunstancias titulado Consideraciones sobre la guerra de los turcos, demostrando que hablaba con conocimiento de causa y que no era su juicio del todo desfavorable a los proyectos de Catalina. En cuanto a las consecuencias de la guerra, opinaba que serían favorables a Rusia. La emperatriz como demostración de agradecimiento le envió por conducto de Grimm, una medalla de oro.

Más adelante, cuando Catalina se puso enfrente de Francia y al lado de la emigración de 1791, Volney devolvió la medalla con una carta dirigida a Grimm, carta que fue considerada como más pretenciosa que patriótica. La respuesta que obtuvo con el nombre de Grimm, pero que se atribuyó a Rivarol, fue una sátira amarga que desagradó mucho a Volney.

Su fama de ilustre viajero y la confianza que inspiraba a los hombres de letras, fueron las causas que le llevaron a los Estados Generales en 1789: fue elegido por sus compatriotas de Anjon, y las primeras palabras que pronunció fueron por la publicidad de las deliberaciones.

En la época en que se trataba de la venta de los bienes de la corona (en 1790) publicó un escrito breve sentando estos principios: "El poder de un estado está en razón de su población; ésta en razón de la abundancia; la abundancia en la razón de la actividad del cultivo, y éste en razón del interés personal y directo, es decir, del espíritu de propiedad. De donde se deduce que cuanto más se

acerca el cultivador a la clase pasiva de mercenario, es menor su industria y su actividad, y al contrario cuanto más se acerca a la condición de propietario libre y rico, desenvuelve más fuerzas y aumenta los productos de sus campos y la riqueza general del estado".

El autor llega a esta consecuencia: que un estado es tanto más poderoso, cuanto el número de sus propietarios es más grande, es decir, cuanto más dividida está en él la propiedad.

Conducido a Córcega por un espíritu de observación, que no es dado sino a los hombres cuyas luces son muchas y variadas, de la primera ojeada vio lo que se podía hacer para perfeccionar la agricultura en aquel país; pero sabía que entre los pueblos dominados por prácticas rancias, no hay otra demostración, ni otro medio de persuadir que el ejemplo. Compró pues una hacienda considerable, y empezó a hacer experiencias sobre todos los cultivos que creía poder naturalizar en aquel clima; la caña de azúcar, el algodón, el añil, el café atestiguaron bien pronto el feliz 'éxito de sus esfuerzos. Estos llamaron la atención del gobierno, y fue nombrado director de agricultura y comercio de la isla, en donde por falta de luces, todos los métodos nuevos eran tan difíciles de introducir.

No es posible apreciar los bienes que habrían debido esperarse de esta pacífica magistratura, pero se sabe que ni las luces, ni el celo, ni el valor de la perseverancia, podían faltar al que estaba revestido de ella: sobre ésto había dado las pruebas necesarias. Un sentimiento no menos respetable le hizo interrumpir el curso de sus tareas. Cuando sus conciudadanos de la bailía de Angers le nombraron diputado de la asamblea constituyente, hizo dimisión del empleo que tenía del gobierno, fundado en la máxima de que el mandatario de la nación no debe depender por un salario de los que la administran. Mas si por respeto a la independencia de sus funciones legislativas había renunciado a la plaza que ejercía en Córcega antes de su elección, no había por ésto renunciado a hacer bien a este país. Concluida la legislatura de la asamblea constituyente, este noble sentimiento le llevó de nuevo a Córcega, en donde llamado por los habitantes que ejercían en esta isla una grande influencia, y que invocaban el socorro de sus conocimientos, pasó na parte de los años 1792 y 1793.

A su vuelta publicó un escrito titulado Resumen del estado actual de Córcega. Fue un acto de valor: porque no era una exposición física, sino la exposición del estado político de una población dividida por muchos partidos, en que fermentaban odios inveterados. Volney reveló los abusos sin contemplaciones; solicitó el interés de Francia a favor de los corsos sin lisonjearlos, y denunció sin temor sus faltas y sus vicios: así el filósofo obtuvo el premio que debía esperar; fue acusado por aquéllos de hereje. Para probar que no era digno de esta calificación, publicó poco tiempo después una obrita titulada: La ley natural o principios físicos de la moral.

No tardó en ser el blanco de una inculpación mucho más peligrosa, y ésta, es necesario confesarlo, era merecida. Este filósofo, este digno ciudadano que en la primera asamblea nacional había colaborado con sus votos y sus talentos al establecimiento de un orden de cosas que no creía favorable a la felicidad de su patria, fue acusado de no amar sinceramente la libertad por la cual había combatido, es decir, de desaprobare la licencia. Una prisión de diez meses que no acabó sino después del 9 termidor, era na nueva tribulación reservada a su fortaleza.

La época en que recobró su libertad, fue aquélla en que el horror que habían

inspirado sangrientos excesos hacía volver los espíritus hacia otros pensamientos.

Después de tantos crímenes y desgracias se pedían a las letras consuelos, y se trató de organizar la instrucción pública. Para ésto importaba primeramente asegurarse de los conocimientos de aquéllos a quienes se debía confiar la enseñanza. Pero los sistemas podían ser diferentes y era necesario establecer los mejores métodos y la unidad de las doctrinas. No bastaba examinar los maestros, era preciso formarlos y crearlos nuevos, y con esta mira se formó en 1794, una escuela en que la calebridad de los profesores prometía nuevas luces a los hombres más instruidos. No era, como se ha dicho, comenzar el edificio por el techo, era crear arquitectos para dirigir todas las artes empleadas en la construcción.

Cuanto más difícil era esta misión, tanto más era importante la elección de los profesores; pero Francia, acusada entonces de haberse abismado en la barbarie, contaba talentos superiores, ya en posesión del aprecio de Europa, y se puede decir, gracias a sus vigiliass, que su gloria literaria estuvo también sostenida por conquistas. Sus nombres fueron designados por la opinión pública, y el de Volney se vio asociado a todo lo más ilustre que había en las ciencias y las letras.

Sin embargo, esta institución no llenó las esperanzas que se habían concebido, porque de los dos mil discípulos venidos de diversas partes de Francia, no todos estaban igualmente preparados para recibir estas altas lecciones; y porque no se había examinado bien hasta qué punto la teoría de la enseñanza puede estar preparada por la enseñanza misma.

Las lecciones de historia de Volney, que atraían un concurso inmenso de oyentes, llegaron a ser uno de los más bellos títulos de su gloria literaria. Obligado a interrumpirlas por la supresión de la escuela Normal, debía prometerse gozar en el retiro de la consideración que sus nuevas funciones acababan de añadir a su nombre; pero entristecido por el espectáculo que le presentaba su patria, sintió despertarse la pasión que en su juventud le había llevado al Africa y al Asia. La América civilizada atraía sus miradas. Todo allí era nuevo: el pueblo, la constitución, la tierra misma, objetos bien dignos de sus observaciones. Sin embargo, al embarcarse para este viaje, le agitaban sentimientos bien diferentes a los que en otro tiempo le habían acompañado a Turquía. Joven entonces, había partido alegre de un país en que reinaban la paz y la abundancia, para ir a viajar entre bárbaros; ahora, en edad madura, más entristecido por el espectáculo y la experiencia de la injusticia y la persecución, no iba, sin desconfianza, a pedir a un pueblo libre, asilo para un amigo sincero de la libertad que creía profanada.

El viajero había ido a buscar la paz más allá de los mares, y se vio expuesto a la agresión de un filósofo no menos célebre, el doctor Priestley. Aunque el asunto de esta discusión se reducía al examen de algunas opiniones especulativas que el escritor francés había anunciado en su obra titulada Las ruinas, el físico mostró en este ataque una violencia que no añade nada a la fuerza del raciocinio, y una dureza de expresiones que no se debía esperar de un sabio. Volney, tratado de ignorante y de Hotenote, supo conservar en su defensa todas las ventajas que le daban las faltas de su adversario. Respondió en inglés, y los compatriotas de Priestley no pudieron reconocer un francés en esta respuesta sino por su agudeza y por su urbanidad.

Mientras que Mr. de Volney se hallaba en América, se creó en Francia el cuerpo

literario, que, bajo el nombre de Instituto, tomó en pocos años un lugar distinguido entre las sociedades sabias de Europa. Desde luego se inscribió el nombre de nuestro viajero, y éste adquirió nuevos títulos a los honores académicos que le habían sido dispensados en su ausencia, publicando las observaciones que había hecho en los Estados Unidos.

Estos títulos se multiplicaron con los trabajos históricos y filológicos del académico. El examen y jurisdicción de la cronología de Herodoto, numerosas y profundas investigaciones sobre la historia de los pueblos más antiguos han ocupado largo tiempo al sabio que había observado sus monumentos y sus huellas en los países que había recorrido. La experiencia que tenía de la utilidad de las lenguas orientales, le había hecho concebir un vivo deseo de extender el conocimiento de ellas, y para propagarlo había conocido la necesidad de hacerle menos difícil. Con esta mira concibió el proyecto de aplicar al estudio de los idiomas del Asia, una parte de las nociones gramaticales que hemos adquirido sobre las lenguas europeas. Sólo el que conoce las relaciones que ofrecen, de semejanza o conformidad, puede apreciar la posibilidad de este sistema; mas se puede decir que éste había recibido ya la aprobación menos equívoca, el más noble estímulo, por la inscripción del nombre de su autor en la lista de la sociedad sabia y ya ilustre, que el comercio inglés ha fundado en la península de la India.

Volney ha desenvuelto su sistema en tres obras (1), que prueban que la idea de unir naciones separadas por distancias inmensas y por tantos y tan diversos idiomas, no dejó de ocuparle en el espacio de veinticinco años, mas temiendo que estos ensayos, cuya utilidad había penetrado, no fuesen interrumpidos después de su muerte, con la mano helada con que corregía la última obra, trazó en su testamento una cláusula por la cual fundaba un premio para la continuación de sus trabajos; así es como prolongó, más allá del término de una vida consagrada enteramente a las letras, los servicios gloriosos que les había dispensado.

En este discurso no se puede apreciar el mérito de los escritos que han honrado el nombre de Volney: este nombre había sido inscrito en la lista del Senado, y después en la cámara de los pares, a la cual pertenecían todas las ilustraciones.

El filósofo que había visitado las cuatro partes del mundo observando en ellas el estado social, tenía, para ser admitido en este recinto, otros títulos más que su gloria literaria, su vida pública, su presencia en la asamblea constituyente, la franqueza de sus principios, la nobleza de sus sentimientos, la prudencia y la constancia de sus opiniones que le habían hecho estimar entre los hombres firmes con quienes es tan grato encontrarse en la discusión de los intereses políticos.

Aunque ninguno tenía más derecho que él a formar opinión, ninguno se imponía mayor tolerancia con las opiniones contrarias. En las Asambleas del Estado, en las sesiones académicas, el hombre que las esclarecía tanto, votaba según su conciencia que nada podía hacer vacilar; pero el sabio olvidaba su superioridad para escuchar, para contradecir con moderación, y para dudar algunas veces. La extensión y la variedad de sus conocimientos, la fuerza de su razón, la gravedad de sus costumbres y la noble sencillez de su carácter, le habían conquistado en los dos mundos ilustres amigos, y hoy que este vasto saber ha ido a apagarse en la tumba, séanos permitido decir que era del corto número de hombres a quienes ha sido dado vivir para la posteridad.